



Boletín Oficial del Obispado de Ourense

Año CLXVII

Septiembre 2004

n.º 8

SUMARIO

La Voz del Prelado

Actividades del Sr. Obispo 913

IGLESIA DIOCESANA

SECRETARÍA GENERAL. Defunciones 915
 Lectura creyente de la palabra de Dios 917
 Crónica de la peregrinación diocesana a Turkuía 921

IGLESIA EN ESPAÑA

El Camino de Santiago, premio Príncipe de Asturias de la Concordia 926
 CEE. Carta Pastoral con ocasión de la Jornada Mundial de las Migraciones 935
 Ante la aprobación del anteproyecto de ley que modifica el cód. civil en materia de separación y divorcio .. 940
 El laicismo que viene 941

SANTA SEDE

SANTO PADRE. Ángelus. 947
 Audiencias Generales 951
 Carta a Su Santidad Alexis II, patriarca de Moscú y de Todas las Rusias 959
 Mensajes del Santo Padre 965
 Entrega al Santo Padre de la «Carta de los jóvenes cristianos de Europa» 967
 Discursos de Su Santidad Juan Pablo II 973
 Ceremonia de Beatificación de tres siervos de Dios 975
 Celebración de la Palabra para la veneración y entrega del icono de la Madre de Dios en Kazán 978
 Peregrinación Apostólica a Lourdes 980
 Mensajes de Juan Pablo II 987
 SANTA SEDE. Congregación para los Inst. de Vida Consagrada y las Soc. de Vida Apostólica 994
 Reflexiones sobre los problemas científicos y éticos relativos al estado vegetativo 1034
 Comunicado Final de la X Asamblea Gral. 1037
 Conclusiones del Encuentro de Mechelen (Bélgica) con los directores nacionales
 de Pastoral de Migraciones en Europa 1043

CRONICA DIOCESANA

Septiembre 1045

LA VOZ DEL PRELADO

ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO

AGOSTO

Día 28: Concelebración Eucarística Exequias por el E.D. del Emmo. Sr. Cardenal D. Marcelo González Martín, Arzobispo Emérito de Toledo, en la Catedral de Toledo.

SEPTIEMBRE

Día 4: Preside la Celebración Eucarística en Los Milagros a los jóvenes que durante la noche peregrinaron al Santuario de Los Milagros.
Preside la Celebración Eucarística en el Santuario de Los Milagros, predicando en este día la Novena Nuestra Madre.

Día 5: Preside la Celebración Eucarística de Toma de Posesión del Rvdo. D. Emilio Román como nuevo párroco de Santa María de Cortegada.

Día 6: Celebración Eucarística en el Santuario de Los Remedios de Vilamaior.

Día 7: Reunión del Consejo Episcopal.
Celebración Eucarística en la Capilla de Los Remedios de Ourense.
Preside el Santo Rosario de Antorchas en el Santuario de Los Milagros.

Día 8: Procesión y Celebración Eucarística en la fiesta de la Virgen del Portal en Ribadavia.

Día 9: Procesión y Celebración Eucarística en la fiesta de la Virgen de la Armada en Rabal.
Reunión con los sacerdotes responsables de la Formación Permanente por zonas en el Obispado.

Día 11: Preside la Celebración Eucarística e la Profesión Perpetua de una nueva Religiosa de las Hijas de la Divina Pastora (Calasancias) en la iglesia del Colegio Santo Ángel.

- Día 12:** Celebración Eucarística en la fiesta de la Virgen de los Clamores (A Clamadoira) en Cados – Muiños.
- Día 14-17:** XII Semana de formación permanente de los sacerdotes de Galicia en Poio.
- Día 15:** Inauguración en la S.I.B.Catedral de S. Martín de la Exposición “En olor de santidad. Relicarios de Galicia”.
- Día 17:** Celebración Eucarística en la fiesta de S. Cipriano en la iglesia parroquial de la Vera Cruz en Carballiño.
- Días 17-20:** En Roma acompañando a la Real Banda de Gaitas de la Excma. Diputación de Ourense en homenaje al Santo Padre por los XXV Años de Pontificado.
- Día 21:** Reunión del Consejo Episcopal.
- Días 23-25:** Reunión de la Comisión Teológica de Srs. Obispos en Los Molinos (Madrid).
- Día 26:** Preside la Celebración Eucarística de Toma de Posesión del Rvdo. D. José Ramón Villar Méndez como nuevo párroco de Santa María la Real de Entrimo.

IGLESIA DIOCESANA**SECRETARÍA GENERAL**

El Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo de la Diócesis ha tenido a bien realizar los siguientes nombramientos

Con fecha uno de septiembre de 2004:

Rvdo. D. Emilio Román Estévez

PÁRROCO por 6 años de: Cortegada, *Santa María*.

ADMINISTRADOR de: Valongo, *San Martín*.

Refoxos, *San Breixome*.

Con fecha uno de septiembre de 2004:

Rvdo. D. Evencio Domínguez Lorenzo

ADMINISTRADOR de: Redemuiños, *San Salvador*.

Leirado, *San Pedro*.

Rvdo. D. José López Gil

ADMINISTRADOR de: Quintela de Leirado, *San Pablo*.

Rvdo. D. Benito Fernández Ferreiro

ADMINISTRADOR de: Mociños, *Santa María*.

Rvdo. D. José Ramón González Alonso

ADMINISTRADOR de: Cexo, *Santa María*.

Rvdo. D. Iván Manuel Casas Domínguez

VICARIO PARROQUIAL de: Ribadavia, *Santo Domingo*.

ADMINISTRADOR de: Regodeigón, *San Cristóbal*

Villar de Condes, *Santa María*.

Abelenda das Penas, *San Andrés*.

Rvdo. D. Carlos Janeiro Bermúdez

VICARIO PARROQUIAL de: Sta. Eufemia la Real del Norte-Sto. Domingo.

Rvdo. D. Manuel Domínguez Domínguez

ADMINISTRADOR de: San Ciprián de Viñas, *San Ildefonso*.

Rante, *San Andrés*.

Con fecha veinte de septiembre de 2004:

Rvdo. D. José Ramón Villar Méndez

PÁRROCO por 6 años de: Entrimo, *Santa María la Real*.

ADMINISTRADOR de: Venceás, *Santo Tomé*.
Olelas, *Santa María*.
Illa, *San Lorenzo*.
Pereira, *San Facundo*.
Galez, *San Félix*.

Rvdo. D. Luis Javier González Seguí

VICARIO PARROQUIAL de: Couto, *San Francisco de Regis y Ntra. Sra. del Rosario de Fátima*.

ADMINISTRADOR de: Castro Laza, *San Pedro*.
Corrichouso, *Santiago*.
Carraxo, *Santa María*.

DEFUNCIONES

“Como Cristo que, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, así ellos también, liberados de la corrupción, no conocerán ya la muerte y participarán de la resurrección de Cristo, como Cristo participó de nuestra muerte”.

(De los sermones de S. Atanasio de Antioquía; Sermón 5, sobre la resurrección de Cristo). Oficio de difuntos.

Rvdo. D. Luis Rodríguez Portugal; Fallecido el 25 de septiembre de 2004. Había nacido en San Cristóbal de Cea el 18 de agosto de 1912; y después de cursar estudios en el Seminario de Ourense fue ordenado sacerdote el 21 de diciembre 1935. Durante tres años, entre 1936 y 1939, fue coadjutor de la parroquia de Santa María de Cartelle, encargándose al mismo tiempo de la parroquia de Santa María de Macendo. El 20 de octubre de 1939 fue nombrado Ecónomo San Bartolomé de Soutochao, hasta el año 1943 que pasó a Ecónomo de Santa María la Real de Oseira. Permaneció en Oseira hasta el 16 de noviembre de 1956, fecha en la que fue nombrado párroco de Santiago de Partovia. En 1965 pasó, como párroco, a la parroquia de Santa Eufemia la Real del Centro, en la ciudad, donde permaneció hasta su jubilación en septiembre de 1999, permaneciendo ligado a la parroquia en la atención al confesionario y con la celebración de la Santa Misa hasta la víspera de su fallecimiento. D. Luis, persona sencilla, deja una profunda huella en todos los que le conocieron, por su cercanía, su acogida y su sonrisa siempre pronta.

Descanse en Paz.

VICARÍA DE PASTORAL

LECTURA CREYENTE DE LA PALABRA DE DIOS. JORNADAS SOBRE EL LIBRO DEL APOCALIPSIS

18 – IX - 2004

DIMENSIÓN HISTÓRICA DEL APOCALIPSIS

1. *El movimiento apocalíptico*

1.1 *El movimiento apocalíptico en el judaísmo*

- Dos hitos históricos:
 - *El regreso del exilio de Babilonia, en el siglo VI a. C.*
 - *La dominación helenística y la revolución macabea, en el siglo II a. C.*
- Dos formas de afrontar la historia:
 - *El profeta*
 - *El apocalíptico*

1.2. *El movimiento apocalíptico en el cristianismo*

Muchos de los dichos pronunciados por Jesús son de carácter apocalíptico:

- Primera generación (30-70 d. C.): *«Documento O» el llamado discurso apocalíptico de Mc 13 y numerosos pasajes de las cartas de Pablo*
- Segunda generación cristiana (70-110 d.C.): *el libro del Apocalipsis.*
- En los años posteriores: *apocalipsis cristianos apócrifos (Pedro...)*

2.- *Situación de las comunidades*

2.1. *El Apocalipsis nace* en el seno de algunas comunidades de Asia Menor, situadas en ciudades del Imperio Romano y que atraviesan por momentos especialmente conflictivos.

2.2. *Situación típica de la lit. apocalíptica - Situación concreta de las comunidades cristianas:*

El Imperio Romano atravesaba por uno de sus momentos más florecientes:

- paz y bienestar.
- Persecución hacia los cristianos.
- Exclusión social a que se vieron sometidos sus miembros por dar testimonio de Jesús.

3. Algunas pistas para no olvidar la dimensión histórica cuando leemos el Apocalipsis

- Este libro ha nacido dentro de un movimiento social y religioso promovido por los marginados y los excluidos.
- La literatura apocalíptica trata de crear un universo de sentido para alentar la esperanza.
- Detrás de los símbolos y visiones de este libro vemos protesta y resistencia activa. El Apocalipsis no invita a la evasión, sino al compromiso.
- Jesús dio un sentido pleno a la esperanza apocalíptica al anunciar la llegada del Reinado de Dios.

DIMENSIÓN LITERARIA DEL APOCALIPSIS

1.- ¿Qué clase de libro es el Apocalipsis?

- Una revelación (Ap 1,1)
- Un mensaje profético (Ap 2,9)
- Una carta (Ap 1A)
- Un libro litúrgico (Ap 1,5b-7; 2,17)
- Un manual de resistencia (cf. «Situación histórica»)

El Apocalipsis es la revelación de un mensaje profético que fue enviado como carta circular a las iglesias de Asia, para ser leído en las asambleas litúrgicas como manual de resistencia.

2. ¿Qué recursos literarios utiliza el Apocalipsis?

- Lenguaje cifrado: los símbolos (Ap 6,1-8)
- Cartas: una revisión de vida
- Diálogos
- Himnos: clima celebrativo. Unión testimonio cristiano y alabanza
- Uso del Antiguo Testamento
- Visiones

3. ¿Cómo está organizado el libro del Apocalipsis? (U. Varuni)

- Introducción (Ap 1,1-8)
- Ap 1,9-3,22
- Ap 4,1-22,5
- Conclusión (Ap 22,6-21)

4. Autor, fecha y lugar de composición

- Autor: Juan (Ap 1,1.4.9; 2,8), alguien que desaparece para, dejar paso al mensaje de su obra a la que concibe como revelación, Apocalipsis.
- Fecha; en torno a los años 90. a finales del reinado de Domiciano.
- Lugar: En alguna zona de Asia Menor.

5.- *Algunas pistas para no olvidar la dimensión literaria cuando leemos el Apocalipsis*

• Antes de leer un pasaje concreto, averiguar en qué parte del libro estamos para situarnos en el conjunto, teniendo en cuenta el género literario que se utiliza en ese pasaje concreto.

• No tomar al pie de la letra el lenguaje que utiliza el autor. La mayoría de las veces tiene carácter simbólico, como él mismo nos indica con frecuencia.

• Leer despacio intentando descifrar el simbolismo utilizado. Dejarse impresionar, teniendo en cuenta que Juan redacta con imágenes lo que quiere transmitir.

• Estar atentos a las citas y alusiones a pasajes del AT. que es siempre una referencia importante para captar el mensaje.

LA DIMENSIÓN TEOLÓGICA DEL APOCALIPSIS

1. *Poner al descubierto lo que está oculto.*

- Apo-kalipsis: *des-ocultar y hacer visible la causa de los santos*
- Ideología dominante: La pax romana.
- Situación real del Imperio Romano: injusticia y opresión, desigualdad social, desigualdades religiosas.
- *Visiones: el autor del Apocalipsis se distancia de la situación que vive.*
- La tierra es el mundo regido por los poderes injustos.
- El cielo es el mundo de Dios.

2. *Una visión de la historia en profundidad .*

Interpretación de la historia en la que el pasado y el futuro están en función del presente.

• *El presente:* tiempo de crisis y de gracia en el que viven el autor y sus destinatarios.

• *El futuro:* Dios dará término a los sufrimientos y manifestará plenamente su señorío en la historia.

• *El pasado:* fundamenta la acción de Dios en el presente; es causa de confianza.

3. *El señorío de Dios y de Cristo*

3.1. *El señorío de Dios sobre la historia se defórmas distintas:*

- Dios es «el que es, el que era y el que viene» (Ap 1,4. 8: 4,8).
- Uso del pasivo divino («le fue dado»): el poder que Dios delega.
- Doxologías que encontramos en los himnos.

3.2. *La victoria de Cristo.*

- Señor de la Iglesia
- Cordero que ha sido degollado
- Signos de victoria. El jinete del caballo blanco...

4. Alabanza y testimonio

- *La lectura que el Apocalipsis desemboca en una propuesta de vida cristiana.*
- La alabanza: Es la actitud que han de tener los cristianos en su tribulación.
- El testimonio: «Espíritu profético», compromiso de vida.

5. Algunas pistas para no olvidar la dimensión teológica cuando leemos el Apocalipsis

• La lectura del Apocalipsis nos ayuda a desvelar nuestra situación desde una profunda experiencia creyente

• Los cristianos experimentamos nuevas formas de marginación y de exclusión. Son una bendición porque nos ayudan a desenmascarar la ideología dominante

• No debemos olvidar que el Apocalipsis está centrado en el tiempo presente. Si leemos con atención, descubriremos cómo subraya el señorío de Dios. Alabanza y testimonio: ¿Dos propuestas para una espiritualidad del siglo XXI?

CRÓNICA DE LA PEREGRINACIÓN DIOCESANA A TURQUÍA.

TRAS LAS HUELLAS DE SAN PABLO EN SU TERCER VIAJE APOSTÓLICO DEL 18 AL 27 DE AGOSTO DE 2004

PRESIDIÓ LA PEREGRINACIÓN EL EXCMO. Y RVDMO. SR. D. LUIS QUINTEIRO FIUZA

Día 18 de Agosto:

- A las 6'00 partíamos hacia Madrid para tomar el vuelo a Turquía, con destino a Adana, pasando por Estambul.
- Celebramos la Santa Misa en la capilla del aeropuerto de Barajas.
- A las 15'30 despegamos de Madrid, después de un compás de espera, motivado por las inundaciones en Estambul.
- Llegamos a nuestro destino a la 1'00 de la madrugada: Adana. En Turquía es una hora más.
- Felices y contentos, después de un vuelo sin problemas. Un poco cansados-

Día 19 de Agosto:

- No madrugamos. Dos autocares con sendos guías en lengua castellana, Jacob y Tina, nos encaminan a Antioquia de Siria, a escasos 30 kilómetros de Siria.
- Experiencia fuerte: la gruta de San Pedro y los primeros "cristianos". Allí celebramos la Santa Misa.
- Comida en Delfos, en una preciosa villa. Primer encuentro con los alimentos turcos.
- Visitamos el museo de los mosaicos en Antioquia.
- Experiencia fuerte: en un convento católico, encuentro con una chica voluntaria de Milán, la única católica en aquellas tierras. Nos cuenta su experiencia y nos explica cómo viven el ecumenismo: las mismas fechas en las fiestas litúrgicas, cáritas católica para todos los cristianos y catequesis organizada por el hijo del Pope ortodoxo. Su labor es testimonial.

Día 20 de Agosto:

- Visitamos la ciudad de Tarso: pozo de San Pablo y restos del antiguo pueblo, enmarcados en una plaza destinada a tal conmemoración.
- Nos encaminamos a Capadocia. Non concedieron permiso para celebrar en una de aquellas iglesias, excavadas en roca. Se llamaba la iglesia de la Plata Vieja. Encuentro con el mundo eremítico, cenobítico y de la Iglesia perseguida.
- Comimos en un caravanserai (edificio para acoger y guarecer a los camellos y los camelleros, que cruzaban por estas tierras). Tortilla española, que se agradeció mucho.

· Pasamos por la ciudad de Nisa y nos reencontramos con Basilio y Gregorio Niseno. Más arriba con Gregorio Nacianceno.

Día 21 de Agosto:

· Experiencia fuerte: ya en Capadocia, celebramos la misa en una iglesia escavada en roca y perdida entre cepas, tortugas y desierto, con el permiso del hotel que nos dejó la llave.

· Llegamos al valle del Göreme: museo al aire libre en el que visitamos la iglesia de la Manzana, de la Serpiente, de la Hebilla; pudimos comprender la perfecta conjugación entre vida eremítica y cenobítica: comedor común, despensa común y misa dominical común. Todo según la regla de San Basilio.

- Compras al atardecer: turquesas, pieles, collares...
- Dormimos en Iconio.

Día 22 de Agosto:

· Celebramos la misa en la iglesia de San Paulo. Nos recibieron dos religiosas. Son atendidas por el Sr. Obispo de Esmirna y por algún sacerdote que baja de Ankara.

· Experiencia fuerte: nos dan su testimonio en tierras de Turquía: presencia testimonial, caritativa y acogedora.

· Visitamos Antioquia de Pisidia bajo un sol de rigor. Leemos el discurso de Pablo sobre los restos de la sinagoga, luego basílica; visitamos la ciudad de Hierápolis, famosa por sus aguas termales y por sus muchos sepulcros bien conservados. Estuvimos en Pamukale, nubes de algodón; efecto producido en la roca por las aguas calizas de la zona.

Día 23 de Agosto:

· Visitamos una de las siete Iglesias del Apocalipsis: Laodicea. “No eres frío ni caliente”: se entiende muy bien la expresión al lado de las aguas termales.

· Afrodisias, ciudad del culto a la diosa Afrodisia. El comercio, las relaciones, todo giraba en torno al templo de la diosa. El cristianismo tardó muchos siglos en entrar en esta ciudad. Cantamos la “rianxeira” en el odeón de esta ciudad.

· Visitamos Dídima y, después de pasar delante de la medusa guardiana, visitamos el colosal templo de Apolo, que por lo visto nunca estuvo terminado.

· Experiencia fuerte: Celebramos la eucaristía en el teatro de Mileto y leímos la despedida de Pablo de los cristianos de Éfeso.

Día 24 de Agosto:

· Experiencia fuerte: día mariano por esencia. Peregrinamos de mañana al santuario de la Virgen de Éfeso, la Casa de María; allí celebramos la Santa misa.

· Nos acogieron unas religiosas y sacerdotes del padre Kolbe.

· Visitamos la ciudad de Éfeso: odeón, fuente, biblioteca, teatro con “rianxeira” incluida e iglesia del concilio de Éfeso: allí rezamos el ángelus y profesamos nuestra fe con el Credo.

- Por la tarde visitamos la iglesia de San Juan Evangelista, con el recitado del prólogo de su evangelio.
- Tomamos vuelo en Esmirna para Estambul.

Día 25 de Agosto:

- Experiencia fuerte: celebramos la Santa Misa en la iglesia de San Antonio, regentada por los PP. Franciscanos. Esbelta y espléndida, neogótica, con unas vidrieras muy bonitas.
- En esta iglesia estuvo el Papa, Pablo VI, rezando por la unidad de los cristianos.
- Visitamos la mezquita Azul o del Sultánhamet. Seis minarettes, amplia y otomana. Remarca muy bien los elementos de toda mezquita.
- Vista del palacio del Sultán: museo de vestuarios, armas, cerámicas; exposición de ciencia e islamismo; relicarios varios...
- Por la tarde, de compras por el Gran Bazar y regateo que te pego.

Día 26 de Agosto:

- Experiencia fuerte: celebramos la Santa Misa en la catedral del Espíritu Santo, ubicada en el colegio francés de Notre Dame de Sión.
- Allí nos recibió el Excmo. e Rvdmo. Sr. Vicario Apostólico en Estambul.
- Visitamos Santa Sofía, ahora museo musulmán – cristiano. Interior impresionante; sin recuperar el 90 % de los mosaicos, tapados por colgaduras islámicas; sin recuperar el pantocrátor de la cúpula, relleno con suras del Corán. ¡Una lástima!
- Paseo por el Bósforo, que une el mar de Mármara con el mar Negro. Puente entre Oriente y Occidente, mucho comercio, mucho tráfico.

Día 27 de Agosto:

- Despertamos a las seis, las cinco en España. Desayuno, aeropuerto, escaneo múltiple de equipajes por seguridad y vuelo a Madrid.
- Celebramos la Santa Misa en la capilla del aeropuerto de Barajas, después de dejar las maletas ya en el autocar.
- Reponemos fuerzas y nos encaminamos a Ourense con merienda cena en Benavente.
- Llegamos a la ciudad de las Burgas a la hora prefijada: las 22'00.

Marco en el que se realizó la peregrinación diocesana

A nivel espiritual: Guiones de espiritualidad y reflexión teológica para cada día; rezo de laudes y vísperas, Santa Misa y rezo del Rosario.

A nivel cultural: espléndido trabajo confeccionado por D. Francisco Botana Blanco y ofrecido a todo el grupo. Dos guías en lengua castellana. Entradas a las iglesias, mezquitas y museos.

A nivel humano: convivencia y confraternización; solidaridad y ayuda ante la necesidad o apuro: ambiente muy agradable.

A nivel organización: viajes Halcón ha sabido plasmar nuestros deseos, en los que se mezclaban espiritualidad, cultura y convivencia.

VICARIATO APOSTÓLICO DE ESTAMBUL. 26 – VIII – 2004***RECEPCIÓN DE LA PEREGRINACIÓN DIOCESANA DE OURENSE EN EL VICARIATO APOSTÓLICO DE ESTAMBUL.***

Saludo del Sr. Vicario de Pastoral, D. José Pérez Domínguez (traducido simultáneamente al turco)

Excmo. y Rvdmo. Monseñor D. Luis Penades, Vicario Apostólico para el oriente cristiano:

Somos un grupo de peregrinos de España, de la diócesis de Ourense, perteneciente a la provincia eclesiástica de Santiago de Compostela. Nos preside nuestro Obispo, el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Luis Quinteiro Fiuza, acompañado de sacerdotes y cristianos laicos de su diócesis.

Tenemos el gusto de informarle de nuestra peregrinación por los lugares en los que San Pablo anunció el Evangelio en su tercer viaje apostólico. Desde Antioquía de Siria, pasando por Tarso, la Capadocia, Iconio, Antioquía de Pisidia, Mileto y Éfeso, llegamos en el día de ayer, 25 de Agosto, a Estambul, la antigua Constantinopla, la no tan antigua Bizancio.

Agradecemos la generosa acogida que el pueblo de Turquía nos ha ido prestando en los distintos sitios geográficos.

Echamos de menos en todo el recorrido comunidades cristianas en tierras que, por primera vez, acogieron el Evangelio, anunciado por Pablo y sus compañeros.

Rezamos por Ustedes y rezamos con Ustedes. Sabemos que su labor evangelizadora no resulta fácil en este ambiente islámico y, por otro lado, tan laicista. Por desgracia, aunque por otros motivos, tampoco nos está resultando fácil emprender la nueva evangelización en el pueblo español.

Monseñor, hemos aprendido una gran lección: debemos despertar y valorar la fe cristiana. La historia del pueblo Turco nos llama a una profunda reflexión y a una sincera conversión al Señor.

El Papa, Juan Pablo II, nos invita a vivir la esperanza, que se fundamenta en Jesucristo, muerto y resucitado, y presente en su Iglesia. Hagamos nuestra esta invitación. ¡Quién espera en Jesucristo nunca queda defraudado!.

Excmo. y Rvdmo. Monseñor, D. Luis Penades, esta recepción ha sido para nosotros una gracia de Dios. Se lo agradecemos profundamente.

Cuente con nuestro apoyo moral y con nuestras oraciones. ¡Muchas gracias y que Dios se lo pague!

Respuesta del Excmo. y Rvdmo, Monseñor D. Luis Penades, Vicario Apostólico en Estambul:

Estas fueron las ideas expuestas:

- Gratitud por la visita de la peregrinación de Ourense.
- “Importancia de actualizar el mensaje de Pablo, siguiendo sus pisadas por tierras de Turquía”.
- “Nos dais ánimo e ilusión para testimoniar a Cristo en estas tierras”.
- “En Esta casa vivió el que luego fue el Papa Bueno, Juan XXIII, como nuncio apostólico”.
- Aquí estuvieron de visita el Pablo VI y Juan Pablo II, rezando y trabajando por la unidad de los cristianos y por la relación con la religión del Islán.
- “Esta es vuestra casa; lástima que tengáis que marcharos”.

Agradecimiento del Sr. Obispo, D. Luis Quinteiro Fiuza:

Estas fueron las ideas expuestas:

- “El encuentro viene a culminar esta magnífica peregrinación diocesana”.
- “Revivimos los deseos de Unidad de los Cristianos y experimentamos las nó fáciles relaciones con la religión islámica”.
- “Sois para nosotros un ejemplo de testimonio valiente de la fe”.
- “Contad con nuestro apoyo moral y con nuestra oraciones”.
- “Ahora entendemos un poco mejor a Juan XXIII y al concilio Vaticano II por él convocado”.
- “Muchísimas gracias por habernos recibido”.

Saludo a todos los miembros de la peregrinación diocesana y entrega de un recuerdo a todos ellos (un icono del Pantocrátor o de la Virgen).

IGLESIA EN ESPAÑA

EL CAMINO DE SANTIAGO, PREMIO PRÍNCIPE DE ASTURIAS A LA CONCORDIA

El Arzobispado compostelano, en el marco de este Año Santo, se alegra de esta distinción que el Camino de Santiago acaba de recibir, premio Príncipe de Asturias a la Concordia por su contribución a la construcción de Europa y a la creación de la conciencia europea durante siglos, agradeciendo así este reconocimiento.

Este premio es un signo de que Europa nació peregrinando y que las raíces europeas se encuentran en el Cristianismo, que asentó los valores comunes de referencia a todos los países miembros.

Santiago, 7 de septiembre de 2004

Con ocasión de la concesión del Premio Príncipe de Asturias a la Concordia al Camino de Santiago, reproducimos, de nuevo, un amplio artículo publicado en enero en la página web especial del Año Jubilar Compostelano 2004. En este artículo se repasa la historia y la tradición jacobea y del Camino de Santiago.

APUNTES DE HISTORIA, ARTE, TRADICIÓN, RELIGIOSIDAD

Jesús de las Heras Muela

Desde el 25 de julio de 1122 cada vez que el día de Santiago cae en domingo se celebra, en la ciudad del Apóstol, año santo y jubilar. Así lo dispuso el Papa de entonces, Calixto II. Medio siglo después, el Papa Alejandro III, en 1179, mediante la Bula «Regis aeterni», le confirió carácter de perpetuidad a esta gracia jubilar. Desde entonces, el año jubilar compostelano se repite en secuencias de 11, 6, 5 y 6 años y vuelta a comenzar. Cada siglo hay catorce años jubilares. 2004 es año santo, el 118 año jubilar compostelano de la historia y el primero del tercer milenio. Los últimos años jubilares compostelanos fueron en 1976, 1982, 1993 y 1999, y los próximos serán en los años 2010 y 2021.

Las esencias del año santo compostelano

La veneración de las reliquias del Apóstol Santiago centra toda la historia y tradición jacobea. La esencia del año santo compostelano es, pues, la veneración de la tumba del primer Apóstol que bebió el cáliz del Señor Jesús.

A partir de esta creencia, avalada científicamente tras los estudios y hallazgos arqueológicos en la tumba del Apóstol a finales del siglo pasado y la correspondiente Bula del Papa León XIII «Deus omnipotens» de 1894, los «caminos» de Santiago pasan por la búsqueda, por el esfuerzo, por la reconciliación, por la gran «perdonanza», tal y como recoge la tradición jacobea.

El camino de Santiago se convertirá así en símbolo y metáfora de la condición cristiana y humana. La búsqueda del perdón de Dios por los pecados cometidos y la necesidad de la reconciliación configuran también la entraña del Jacobeo, que está lucrado por la Iglesia con indulgencia plenaria.

La tradición jacobea se inserta plenamente en la clave de las grandes peregrinaciones de la Edad Media -Roma, Jerusalén y Santiago se convertirán en los tres grandes y hasta competitivos focos de peregrinaciones- y en el entonces preponderante culto a las reliquias. En tiempos todavía de milenarios y de una visión teocéntrica de la realidad, esta tradición surgirá también como camino de penitencia y conversión.

Es «año de la gran perdonanza, del perdón de los pecados y de las penas de los pecados, año de la reconciliación entre los adversarios, año de múltiples conversiones y de penitencia sacramental y extrasacramental».

Ganar el Jubileo

Para ganar el jubileo compostelano se necesitan cuatro requisitos: visitar la catedral y la tumba del Apóstol; rezar por las intenciones del Papa; y ,quince días antes o después de la peregrinación a la catedral, confesarse y comulgar. A estos cuatro requisitos, bueno sería añadir, fiel al espíritu de la tradición de la Iglesia, otro: una obra de caridad.

De este modo, el año santo será ocasión privilegiada para la gran «perdonanza» y para la conversión, que los peregrinos del Medievo, simbolizaban entrando a la catedral compostelana por la puerta del perdón y saliendo, una vez cumplidos los citados requisitos, por la puerta de la gloria.

El Jubileo compostelano, con su indulgencia plenaria y demás prerrogativas, antecederá en más de un siglo al Jubileo romano de los años santos -cada 25 años-, instituidos en el año 1300 por el Papa Bonifacio VIII.

El más masivo año santo compostelano de la historia

El final del Medievo, el barroco y el final del siglo XX han sido y están siendo los grandes momentos de la peregrinación y popularidad jacobea. La actual repercusión mediática, social y cultural del llamado Xacobeo es extraordinaria y hasta excesiva.

Así, cuando el próximo 31 de diciembre se cierre la puerta santa, la puerta del perdón de la Catedral compostelana, cerca de seis millones de personas habrán peregrinado a Santiago de Compostela. De ellos, más de 150.000 habrán sido propiamente peregrinos, es decir, habrán recorrido, al menos, cien kilómetros a pie o a caballo, o doscientos en bicicleta.

Por lo que se respecta a grupos de peregrinos formalmente constituidos como tales o peregrinaciones varias, en junio de este año jubilar hubo 655 peregrinaciones organizadas, de las 428 procedían de instituciones eclesiales.

En los últimos años santos, acudieron a Santiago 183 peregrinaciones en 1948, 470 en 1954, 387 en 1965, 602 en 1971 y 2.483 en 1993. En 1999 hubo 5.557 peregrinaciones organizadas.

Más de 150.000 peregrinos

En 1993, fueron 99.436 los peregrinos reconocidos como tal por la Oficina compostelana del peregrino y más de seis millones las personas que viajaron hasta la capital gallega. Seis años más tarde, en el último Jubileo el número de peregrinos en sentido estricto ascendió a 154.613. Todo parece indicar que en 2004 se superará de nuevo esta última cifra.

En el último Jubileo, en 1999, la motivación religiosa alcanzó el 74,39% del total; el 23,52% peregrinó por una motivación religiosa-cultural; y el 2,07% por un motivo exclusivamente cultural. En cuanto al medio utilizado, el peregrino a pie fue el más numeroso, con un 82,80%; en bicicleta llegó el 15,55%; a caballo el 0,92%, y por mar el 0,72%.

Sin duda la ruta preferente ha sido siempre el ya tradicional camino francés, por el que llegaron a Compostela, en el año 1999 el 80,64% de los peregrinos. El camino portugués fue la opción tomada por el 7,92%; seguido del Camino del Norte, con un 6,01%; la Ruta de la Plata, con el 2,70%; y el Camino Inglés, con un 1,81%.

En lo referido al desglose por meses, cabe destacar el desbordamiento de peregrinos en los meses de verano, especialmente, por este orden, agosto y julio, donde las cifras se aproximan al 30% del total. Los estudiantes son el grupo más numeroso, configurando el 38,07%, seguidos de los empleados, con un 13,00%; y los profesionales liberales, con el 10,63%.

El número de peregrinos españoles en el Jubileo de 1999 ascendió a 136.198 de los 154.613. En cuanto a los peregrinos extranjeros los más numerosos fueron los europeos, con 13.910, de 37 países diferentes. De América llegaron 4.160, de 22 nacionalidades. De África llegaron 44 peregrinos de 17 países diferentes; por última Oceanía aportó 130 peregrinos, de 2 países diferentes.

Peregrinos y viajeros

Aquellos que recorren, al menos, cien kilómetros a pie o doscientos en bicicleta o a caballo serán considerados propiamente como peregrinos y recibirán la «compostela», el pergamino acreditativo. Treinta y un mil peregrinos caminaron hasta Santiago en 1998; casi cien mil, en 1993, el último año santo.

El 80% de los peregrinos a pie o caballo o en bicicleta confiesan que su motivación es fundamentalmente religiosa. El 18% dice hacer el camino por motivos religioso-culturales y el 2%, por razones tan sólo culturales o turísticas.

Los caminos de Santiago, con su universalismo, son también, en cualquier caso, caminos de cultura, de historia y tradición y al final del camino, la experiencia demuestra que el peregrino se encuentra interiormente más renovado y purificado.

La práctica totalidad de los municipios y parroquias de Galicia peregrinan en los años santos hasta Santiago. Empresas, instituciones varias y hasta variopintas, parroquias, cofradías, movimientos, comunidades, congregaciones, hermandades, colegios, asociaciones y particulares sin fin de nuestra sociedad y de nuestra Iglesia tienen o han tenido su peregrinación y su encuentro jubilar en Santiago, a la vera de la tumba del Apóstol, en compromiso de renovación de nuestras raíces cristianas.

Peregrinos ilustres

En el pasado Año Santo Compostelano 1999, el domingo, día 18 de julio, el Príncipe de Asturias, Felipe de Borbón, acudía a la Catedral compostelana como peregrino tras recorrer a pie 25 kilómetros. Era hasta ahora uno de los últimos peregrinos más afamados e ilustres.

El Cid, Raimundo Lulio, Francisco de Asís, Brígida de Suecia, Domingo de Guzmán, Fernán González, el rey Jaime el Conquistador, Vicente Ferrer, los Reyes Católicos, Juan de Austria, Felipe II, Giuseppe Angelo Roncalli, antes de ser el Papa Juan XXIII, el actual Papa Juan Pablo II, en dos multitudinarias y emblemáticas ocasiones -en noviembre de 1982 y en agosto de 1989- forman parte de este elenco de ilustres y hasta santos peregrinos... Y es que, como ya escribiera Dante en el final del Medievo, «peregrinos sólo los de Santiago».

Los dos viajes del Papa Juan Pablo II a Santiago de Compostela, y de una manera muy particular, su visita en agosto de 1989 en el marco de la Jornada mundial de la juventud, que atrajo a cerca de medio millón de jóvenes de todo el mundo, han sido, sin duda, uno de los factores que más han contribuido al actual momento de pujanza -hasta desborda- de las peregrinaciones jacobeanas. En el emblemático Monte del Gozo, a cinco kilómetros de la Catedral compostelana, un hermoso monumento recuerda al Papa Juan Pablo II peregrino jacobeano.

El campo de estrellas

El camino de Santiago y la devoción al Apóstol nacieron en los finales del primer milenio de la era cristiana como respuesta a la creencia y fervor popular de que en estos confines de Galicia y de España, en un «campo de estrellas», se hallaba la tumba del Apóstol Santiago, uno de los predilectos del Señor y el primero en beber su cáliz de martirio.

El Obispo Teodomiro, el monje Pelayo y el Rey Alfonso II el Casto son los primeros protagonistas y nombres propios de esta historia. A ellos, y por diferentes motivos, le seguirán otros como los Papas, ya citados, Calixto II y Alejandro III, los Obispos Godescalco y Gelmírez o Aymeric Picaud.

En el año 813 el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, Carlomagno, acuñaba monedas alusivas al Apóstol y a su enterramiento en el Finisterre y el camino

a Santiago se irán haciendo camino al andar. El ser humano, «homo viator», encontraba en el camino de Santiago una de las expresiones más simbólicas y hasta metafóricas de su misma condición y destino, acrentado por la índole cristiana y religiosa de este camino.

En el siglo XII el camino y la devoción jacobea adquiere tal relieve en la Iglesia que los Papas Calixto II y Alejandro III, grandes devotos de esta tradición, instituyen, tal y como decíamos al comienzo, el año santo jubilar, haciéndolo coincidir siempre que el día de Santiago, 25 de julio, caiga en domingo, lo que sucede en la secuencia de años ya indicada.

Camino de Europa, camino del hombre, camino de las estrellas

El camino de Santiago fue desde sus comienzos camino de Europa y de cristiandad unida. De ahí, aquel memorable discurso del Papa Juan Pablo II, en su primera visita a Santiago, el 9 de noviembre de 1982, cuando recordó que Santiago está en las raíces de Europa y cuando pronunció aquella célebre frase: «Europa, sé tú misma», aludiendo a su identidad e historia cristiana, alentada y significada en Santiago de Compostela y en su camino.

El bajo medievo, el barroco y los finales del siglo XIX y XX han sido los momentos más esplendorosos de esta tradición, promovida, en sus albores, por los monjes cluniacenses, quienes convirtieron el Camino en instrumento de evangelización, de renovación y de purificación, en una época donde, como queda dicho, las peregrinaciones y el culto a las reliquias eran el corazón de la religiosidad popular.

Junto a ello, la tradición jacobea intensifica su dimensión penitencial y el año santo es también el año de la «gran perdonanza», a la par que el camino se traduce asimismo en el surgimiento y crecimiento de burgos y ciudades y de una red de infraestructuras al servicio de los peregrinos.

El camino se transforma también en camino de leyendas como las del gallo o la gallina de la Catedral de Santo Domingo de la Calzada, la del paso honroso del río Orbigo en tierras leonesas, la piedra a recoger en Triacastela o los himnos y cánticos...

Mientras tanto, el camino de Santiago, camino hacia Finisterre, se convertirá también en un gran símbolo de la condición humana, creyente y cristiana y de su destino peregrino en búsqueda de perdón, de reconciliación y su misma identidad.

España y América

Como afirmaron los historiadores y ensayistas Claudio Sánchez Albornoz y Américo Castro el camino de Santiago y la creencia en la autenticidad de las reliquias del Apóstol en este nuestro «campo de estrellas» fueron uno de los elementos constituyentes e integradores de la identidad nacional española. Tanta verdad es decir «España de Santiago» como «Santiago de España», tal como se puso de relieve en la reconquista o en el descubrimiento y evangelización de América.

Como botón de muestra, en la Iglesia Católica hay nueve diócesis con el nombre de Santiago: desde Cabo Verde a Chile, desde Argentina a Cuba, desde España a República Dominicana, desde Panamá a Venezuela, desde México a Nicaragua..., amén de otras muchas dedicadas en su patronazgo a este santo apóstol.

A luz de todo ello, nacerá el Voto y la Ofrenda nacionales a Santiago, quien se convertirá en el patrón de España y cuya devoción se transplanta pronto por las tierras americanas, como lo demuestran las referidas ciudades, al igual que otras muchas localidades y lugares puestos bajo el nombre del Señor Santiago.

El camino francés

Al menos, seis rutas históricas son camino de Santiago. El camino francés -con entradas en España bien por Roncesvalles o Jaca y con ruta única desde Puente la Reina- es el más célebre y popular de todos ellos. Es el camino glosado, descrito y dividido en etapas por el «Liber Sancti Jacobi» o «Codex Calixtinus», en el siglo XII. Es el camino que recorrieron los primeros peregrinos como el Obispo Godescalco de Le Puy y Aymeric Picaud -quizás el Papa Calixto II-, autor del citado «Códice». Son ochocientos excepcionales kilómetros de hondura, de belleza, de arte, de historia, de naturaleza, de espiritualidad.

Al camino francés se accedía, desde la Europa central y del este, por otras cuatro vías: la vía turonense -por Tours-, de los ingleses y flamencos; la vía lemovicense -por Limoges- que recorrían los peregrinos de Bélgica, Champaña y Las Ardenas; la vía podiense -por Pau-, utilizada por borgoñones y alemanes; y la vía tolosana -por Montpellier- o egidiana, que servía a los peregrinos de la Provenza y de Italia.

Patrimonio de la humanidad

En 1982 la Unesco declaraba al Camino francés de Santiago patrimonio de la humanidad. Los ochocientos kilómetros entre Jaca o Roncesvalles y Santiago -el camino francés, camino jacobeo por excelencia- bien merecían esta declaración.

Y es que, en este cerca de millar de kilómetros, encontramos lo mejor del románico, del gótico y del barroco, traducido en iglesias, ermitas u hospitales, trenzado, todo ello, con historias y leyendas inefables y hasta inmortales.

Tanto en su arte como su naturaleza el camino de Santiago es camino de espiritualidad, de belleza y de cultura excepcionales. Jaca, Roncesvalles, Leyre, Puente la Reina, Alfaró, Santo Domingo de la Calzada, San Juan de Ortega, Burgos, Castrojeriz, Frómista, Villarcázar de Sigra, Carrión de los Condes, Sahagún, León, Astorga, Villafranca del Bierzo, Ponferrada, O Cebreiro, Triacastela, Lugo, Samos, Sarria, Portomarín, Palas del Rey, Melide y Santiago son algunos de los lugares y de las tierras fecundadas y embellecidas por el camino.

Todos los caminos conducen a Santiago

Hay todavía otros varios caminos más con destino a Santiago. Todos los caminos conducen a Compostela. Los dos primeros son el camino del norte, que entra en

Galicia por Ribadeo, desde Irún, atravesando toda la cornisa cantábrica; y el camino inglés, que comienza en A Coruña y por el que llegaban los peregrinos del norte de Europa y de las islas del norte del Atlántico.

También hay un camino portugués, cuya puerta de acceso era la bella y medieval ciudad de Tui. La vía desde el interior de España es el llamado camino del suroeste o vía de la plata, que surgía de la prolongación hasta Galicia de la calzada romana que comunicaba la ciudades de Mérida y Astorga.

Restan todavía dos caminos de mar por tierras gallegas: el camino de Fisterra-Muxia, el camino del fin de la tierra; y la ruta marítima del mar de Arousa y río Ulla, que conmemora la llegada en barco de los restos del Apóstol Santiago desde Tierra Santa y cuyos puntos de entrada son los municipios de Ribeira, en el norte, y de Sanxenxo, en el sur.

Existía también el camino del Mediterráneo y después camino catalán, que entraba en España por Barcelona y seguía por Lérida, Zaragoza, Soria y Burgos, para enlazar ya con el camino francés. El llamado camino aragonés es el que desde Jaca transcurre, dentro del camino francés y recorriendo pasajes de gran belleza natural y artística, por tierras aragonesas.

Experiencia de Iglesia

El camino de Santiago de Compostela -su tradición, su jubileo, su alma e historia- supone la oportunidad privilegiada de sentir y de vivir la Iglesia en su variedad, en su pluralidad, en su misma vitalidad y condición peregrina.

Ir a Santiago como peregrino es una reconfortante experiencia eclesial, cristiana y humana. El camino en si mismo, la tan numerosa presencia de fieles, las largas filas para venerar los lugares de la tradición jacobea, los penitentes en confesión -quizás una de las dimensiones y realidades a potenciar y cuidar más por parte de todos-, la tan abultada presencia de cristianos en las Eucaristías y las posibilidades de participación en la misma mediante la comunicación de los peregrinos presentes, la presentación de una o dos Invocaciones al Apóstol y la realización de las ofrendas, las muy abundantes comuniones y los bancos siempre repletos en la capilla de la adoración son experiencias hermosas y profundamente eclesiales e inequívocos motivos para el gozo y la esperanza. Peregrinar a Santiago es, sí, una plenificadora experiencia de Iglesia.

La condición del peregrino

A Santiago hay que ir siempre como peregrino. El auténtico peregrino, como apuntábamos antes, debe además penetrar en el Santuario compostelano por la puerta santa, la puerta del perdón para salir después por el pórtico de la gloria, como los auténticos y renovados peregrinos de ayer, de hoy y de siempre.

El peregrino debe ir en actitud de búsqueda, de apertura, de disponibilidad. Sin demasiadas ataduras ni condicionamientos. Puede seguir portando el sombrero de ala ancha, el abrigo marrón con esclavina, el bordón, la calabaza, el zurrón y la concha venera, como manda la tradición.

Pero, en cualquier caso, deberá ir siempre libre de amarras y experimentar progresivamente la transformación del paso del camino y de su raudal de gracia y del encuentro con los otros peregrinos, compañeros del mismo camino.

Y es que la experiencia jacobea para ser verdadera y plenificadora debe pasar por la renovación y por la potenciación de su dimensión espiritual y cristiana, que no tiene porque entrar en contradicción con los otros aspectos culturales, históricos o turísticos de Santiago. También estos otros «caminos» pueden y deben conducir a Santiago.

Los caminos del Jubileo

Ganar el Jubileo es meta del camino, aún cuando el camino en sí mismo es ya gracia. Ganar el Jubileo es salir adecuadamente por el pórtico de la gloria y experimentar el gozo de la gracia de Dios de manos del Apóstol y del don excepcional de la «gran perdonanza», el corazón del jubileo compostelano.

Para ello, para ganar el jubileo, es preciso recorrer los «caminos» del jubileo, las condiciones y requisitos que se precisan para lucrarse con la gracia jubilar y que ya enumerábamos: confesión sacramental, participación en la Santa Misa y recepción de la Eucaristía y oración por el Papa y la Iglesia. Como dijéramos también anteriormente, bueno será hacer alguna obra de caridad como fruto granado de la peregrinación y como signo de la nueva vida cristiana que debe iniciarse tras un camino con un «antes» y un «después».

Deberán asimismo recorrerse también los otros «caminos» de la tradición jacobea: persignarse tres veces sobre un cruz esculpida en piedra por la piedad de los peregrinos en las jambas de la puerta santa, venerar y orar ante las reliquias del Apóstol en su hermoso «sagrario» de plata, abrazar la imagen peregrina de Santiago, posar los dedos de la mano derecha en los cinco huecos que la historia ha labrado en el pie del parteluz del pórtico de gloria e inclinar tres veces la cabeza -los célebres y tan reiterados «croques»- ante Maese Mateo, el autor, en 1188, de esta verdadera e inigualable «capilla sixtina» del románico.

Deberán igualmente ser rociados por el incienso del «botafumeiro», en permanente ofrenda y alabanza al Señor Jesús, a su Apóstol Santiago y a los peregrinos de todos los tiempos. El «botafumeiro» es uno de los signos más reconocidos, más populares y hasta más hermosos de toda la tradición jacobea.

El pórtico de la Gloria

El camino de Santiago y la tradición jacobea son todo esto. Pero es aún más: es signo del proceso interior y exterior del hombre en búsqueda de su transformación y de su mismo destino. Es, como afirmáramos antes, metáfora de vida humana y cristiana.

En la época histórica, como queda ya dicho, los peregrinos de los años santos accedían a la Catedral compostelana por la puerta del perdón, la puerta del año santo, y tras orar, recibir los sacramentos y abrazar al Apóstol, salían del templo, en gracia

de Dios y transformados, por la puerta de la Gloria. Todo un signo a valorar y seguir potenciando y urgiendo en esta hora de popularidad y de multitudinarias visitas a Santiago.

Hasta el 31 de diciembre

La puerta del perdón -la puerta santa- de la Catedral de Santiago de Compostela está abierta desde el atardecer del 31 de diciembre de 2003. Estamos en año santo compostelano, en el 118 año jubilar de toda la historia, en el primero del tercer milenio del cristianismo.

Todos los caminos de España y de Europa, y por extensión, del mundo conducirán a lo largo de estos 366 días -2004 es año bisiesto- a Santiago de Compostela, corazón de Galicia, Finisterre legendario, cuna de la Iglesia Católica en España y patria común de Europa y de América. Como exclamaran los peregrinos del Medievo, desde el Monte del Gozo, y quizás de todos los tiempos, «¡más allá, más arriba», «E-ultra-eia, E-sus-eia». Todos tenemos cita en Santiago.

*Conferencia Episcopal Española***CARTA PASTORAL CON OCASIÓN DE LA JORNADA MUNDIAL DE LAS MIGRACIONES**

Madrid, 26 septiembre de 2004

Cardenal Antonio M^a Rouco Varela
Arzobispo de Madrid y Presidente de la CEE

Mis queridos hermanos y hermanas en el Señor:

Celebramos este año la Jornada Mundial de las Migraciones bajo el lema: «Migraciones desde una óptica de paz», propuesto por Juan Pablo II. Con esta ocasión, invito a todas las comunidades eclesiales de nuestra Diócesis, compuestas por emigrantes y madrileños, y con ellas a todos los hombres de buena voluntad, a trabajar incansablemente para construir la paz, una sociedad digna del hombre¹.

Servir al Evangelio de la esperanza

Al inicio de este nuevo milenio, se hace más viva la esperanza de que las relaciones entre los hombres se inspiren cada vez más en el evangelio que propugna una fraternidad verdaderamente universal. Sin compartir este ideal no podrá asegurarse de modo estable la paz. Proclamado por las grandes cartas de los derechos humanos y puesto de relieve por las grandes instituciones internacionales, en la revelación de Dios en Cristo, la fraternidad está expresada con toda radicalidad: «Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor»².

Deseo de corazón que todas nuestras comunidades, trabajando con todos los hombres de buena voluntad, se esfuercen incansablemente en la promoción de los auténticos valores que son la base de una civilización digna del hombre³. Con su vida, y sobre todo con su muerte en la cruz, Jesús nos mostró cuál es el camino que debemos recorrer. Con su resurrección nos aseguró que el bien triunfa sobre el mal. Hemos sido elegidos para trabajar para que el hombre sea más hombre⁴ y no se le impida que pueda llegar a la meta verdadera: la participación plena en la vida de Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Transformar la sociedad es ciertamente una ardua tarea. Pero son posibles «un cielo nuevo y una tierra nueva “donde habite la justicia”... Allí no habrá ya muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor, porque todo lo viejo se ha desvanecido»⁵. Se trata de convertir nuestra existencia en don para los otros, de transformar nuestra vida en sal del mundo y arriesgarlo todo por la persona de Cristo. Dios, que es amor, gracia, gratuidad total, en quien no hay traza alguna de cálculo, nos comunica su capacidad de amar desinteresadamente⁶. En ella se funda y adquiere su más profundo sentido toda iniciativa creadora de bondad y toda la dignidad del hombre hecho a imagen y semejanza de Dios⁷.

Juntos, inmigrantes y ciudadanos de Madrid, contribuyamos decididamente a hacer de nuestra sociedad madrileña, una comunidad de hombres y pueblos: un pueblo solidario, alentado por la esperanza de que nadie quedará excluido y no tendrá que sentirse preocupado porque pueda correr peligro la salvaguardia de la dignidad del hombre a la hora de articular las relaciones mutuas: religiosas, sociales, laborales, económicas... ¡Hay que preparar a las generaciones futuras un entorno más conforme con el designio del Creador! Y en este proceso debemos implicarnos todos desde la familia a la escuela, pasando por las organizaciones sociales y las instituciones⁸. Semejante actitud exige una conversión de corazón y el testimonio de vida de todos: inmigrantes y madrileños, clero, religiosos y laicos⁹.

¿Pero qué significa empeñarse en servir al Evangelio de la esperanza? La respuesta hemos de ir desgranándola día a día a la luz de unos comportamientos concretos que veremos a continuación.

Servir al hombre en la sociedad

Debemos de estar dispuestos, por encima de nuestros orígenes, a defender la dignidad de toda persona, fundamento de la justicia y de la paz, principio ético máximo e indispensable de la vida económica y política, y único camino para un futuro digno del hombre. Esto implica reconocer que las personas valen por sí mismas, por ser hijos de Dios. Es necesario, pues, que, educados en los valores evangélicos, nos dediquemos con ahínco a buscar modos de convivencia respetuosos de todos en los más diversos ámbitos de la vida social. Con este espíritu hemos de asumir las distintas responsabilidades que estamos llamados a ejercer privada y públicamente.

Hacia una cultura de la acogida

«Acojamos cotidianamente con renovado frescor el Don de la caridad que Dios nos ofrece y de la que nos hace capaces»¹⁰. Hagamos posible el nacimiento y el desarrollo de una cultura madura de la acogida que posibilite procesos de auténtica integración de los inmigrados, acogidos legítimamente en el tejido social y cultural de nuestro pueblo, y que nos estimule a contemplar con más hondura a la persona humana y a acercarnos al otro con la respetuosa actitud de quien es consciente de que no sólo tiene algo que decir y que dar, sino también mucho que escuchar y recibir¹¹.

Ciertamente la sociedad madrileña está llamada a contribuir a garantizar a los trabajadores inmigrantes la equiparación en derechos y deberes. Aunque, por supuesto, mirando al conjunto de la sociedad española en general y dentro del marco constitucional. Y, por otra parte, la comunidad eclesial se ve urgida a hacer de la Iglesia diocesana la casa y la escuela de comunión y de oración, viviendo una gratuidad sin limitaciones en la acogida: saliendo al encuentro del inmigrante para vivir juntos y abriéndose con simpatía al hombre concreto con sus tradiciones culturales y costumbres, pese a que no sean siempre coincidentes con los nuestras. Y, de modo especial, está llamada a proponer el mensaje cristiano a todos y,

naturalmente, a integrar en la vida y celebraciones de la fe de nuestras comunidades el patrimonio cultural y espiritual de los inmigrantes católicos.

Y en justa y necesaria correspondencia, los trabajadores inmigrantes, establecidos entre nosotros con sus familias, parte integrante de nuestra sociedad y de la comunidad cristiana, están también llamados a asumir su responsabilidad en la tarea, esforzándose ciertamente por ser ellos mismos en estas nuevas condiciones de vida, pero, a la vez, adoptando una actitud positiva y abierta ante los valores religiosos y culturales de nuestro pueblo: conociéndolos y respetándolos, junto con los de los demás grupos de inmigrantes. Habrán de desarrollar también con confianza el sentimiento de pertenencia a nuestra sociedad y los católicos deberán participar en la vida de la Iglesia que es la suya. De esta suerte expresarán positivamente su voluntad de integración. Una vez más, invito a los inmigrantes católicos a ocupar el lugar que les corresponde en nuestra Iglesia diocesana. No perdáis vuestras raíces, pero sed lúcidos y realistas: el tiempo que habéis proyectado trabajar en España puede prolongarse más de lo que imagináis y sería una grave pérdida prescindir de vuestros valores y desaprovechar la ocasión para un diálogo integrador so pretexto de que será por poco tiempo. Enriquecednos con vuestras tradiciones humanas y cristianas y juntos respondamos a la llamada de Dios que nos envía a construir un mundo de justicia y de paz¹².

De otra forma, los derechos sin deberes se convierten en privilegios, nada dignos del hombre, así como igualmente los deberes sin derechos serían una exigencia vacía e injusta.

Formación humana y pertenencia cultural

Andar el camino necesario para la construcción de un mundo reconciliado por la muerte y resurrección de Jesucristo, que nos hace capaces de mirar con serenidad el propio futuro, exige también de todos nosotros saber afrontar el reto que nos plantea la creciente pluralidad cultural y religiosa que caracteriza a nuestra sociedad. Esperanza enraizada en nuestros corazones por «la gracia de Dios mediante Cristo Jesús» que con su «sangre ha adquirido para Dios hombres de toda raza, pueblo y nación, y los has constituido en reino para nuestro Dios, y en sacerdotes que reinarán sobre la tierra»¹³. De nuevo, se nos presenta una tarea común a inmigrantes y madrileños: el deber de que desde la apertura y desde el conocimiento sereno de las otras culturas, no condicionado por prejuicios negativos, evitemos el riesgo de que el sentido de pertenencia cultural se transforme en cerrazón y en gueto. Hemos de cobrar conciencia de que sólo el acercamiento respetuoso a las diversas culturas, sin olvidar «la singularidad y absoluted» de la persona de Jesucristo y consecuentemente del mensaje evangélico¹⁴, nos lleva a reconocer la riqueza de la diversidad y dispone los ánimos a la recíproca aceptación, en la perspectiva de una auténtica colaboración que responda a la originaria vocación de unidad de toda la familia humana. Hemos de saber conjugar la acogida que se debe a las manifestaciones culturales de los inmigrantes con la importancia que hay que atribuir a la estima de la cultura propia

de nuestro pueblo para el crecimiento equilibrado y una convivencia enriquecedora de nuestra sociedad¹⁵.

En las comunidades cristianas tenemos que saber hacer frente a este reto de la diversidad y del desarraigo con la educación ofrecida desde la vivencia y celebración de la fe. Los pastores se esforzarán por abrir nuevos horizontes de futuro a través de encuentros y convivencias interculturales y mediante una continua y abnegada evangelización; y ayudar así, desde su propia misión, a proceder con discernimiento en materia tan delicada y compleja¹⁶.

Una ciudad digna del hombre

Es preciso, además, asumir por parte de todos, madrileños e inmigrantes, la responsabilidad de crear las condiciones aptas para conseguir una comunidad civil integrada: en la que todos seamos parte constitutiva de la ciudad como espacio social, cultural, político y de convivencia, en el que nadie quede excluido. Para ello es imprescindible el cumplimiento y respeto responsable de la normativa legal en este ámbito de la inmigración. No son cuestionables la responsabilidad y el derecho de los Estados para legislar sobre la regulación de los flujos migratorios. «A las autoridades públicas corresponde, nos dice Juan Pablo II, la responsabilidad de ejercer el control de los flujos migratorios considerando las exigencias del bien común. La acogida debe realizarse siempre respetando las leyes y, por tanto, armonizarse, cuando fuere necesario, con la firme represión de los abusos»¹⁷. La situación, efectivamente, es compleja y los equilibrios en la convivencia social son frágiles. No cabe duda de que en esta materia corresponde a la autoridad del Estado equilibrar bienes y conjugar factores imprescindibles con sentido de justicia y equidad si se quiere que el problema de la inmigración pueda encontrar una solución justa, solidaria y respetuosa de la dignidad de la persona¹⁸. Me congratulo de que con las normas administrativas previstas gran parte de los inmigrantes que se encontraban en situación de irregularidad puedan acceder a la legalidad.

Invitación a los jóvenes.

Finalmente, deseo dirigir una invitación especial a los jóvenes. Queridos jóvenes de cualquier pueblo, lengua, credo y cultura, os espera una ardua y apasionante tarea: en el respeto de todos, ser hombres y mujeres capaces de solidaridad, de paz y de amor a la vida, dispuestos a conocer y acoger el Evangelio. Empeñaos en que caigan las barreras de la desconfianza, de los prejuicios y de los miedos que, por desgracia, existen y tienen su origen en el pecado. Hacedos artífices de la paz, invitando a todos a erradicar del corazón cualquier hostilidad, egoísmo y partidismo y, con la ayuda de la gracia, favorecer en cualquier circunstancia la inviolable dignidad de la persona humana¹⁹.

Es posible llevar a cabo esta apasionante misión. Dejémosnos guiar por el Espíritu Santo. En el Día de Pentecostés, el Espíritu de Verdad manifestó el designio salvífico para todo el género humano. Al escuchar a los apóstoles, los numerosos peregrinos

reunidos en Jerusalén exclamaron admirados: “les oímos hablar en nuestra lengua las maravillas de Dios”²⁰. Desde aquel día la Iglesia prosigue su misión, proclamando las maravillas que Dios no cesa de realizar entre los miembros de las diferentes razas, pueblos y naciones²¹. En nuestro Vademécum pastoral²² encontrareis los instrumentos necesarios para profundizar en estas y otras tareas.

Con esta certeza, reitero mi invitación a todos a ser testigos del Evangelio y agentes de paz, alumbrando la esperanza. Os hago esta invitación en vísperas de la celebración de la Asamblea Sinodal del III Sínodo diocesano de Madrid, en la que, sin duda, tendremos presente a todos estos hermanos que llaman a nuestra puerta²³. Que la maternal intercesión de Santa María nos sostenga en el propósito emprendido. A ella le encomiendo los esfuerzos y logros de cuantos recorren con sinceridad el camino de la fe, fuente de fraternidad, de diálogo y de paz en medio de la rica diversidad de este vasto mundo de las migraciones.

Con mi afecto y bendición

NOTAS

- 1.- Cf. . JUAN PABLO II. Mensaje Jornada Mundial de las Migraciones. 2004.
- 2.- Cf. I Jn, 4,8. JUAN PABLO II. Mensaje de la Jornada Mundial de la Paz. 2001.
- 3.- Cf. JUAN PABLO II. Ecclesia in Europa, n. 86-102.
- 4.- Cf. JUAN PABLO II. Mensaje Jornada Mundial de las Migraciones. 2004.
- 5.- Cf. Ap 21, 1.4.
- 6.- Cf. . JUAN PABLO II. Ecclesia in Europa, n. 102
- 7.- Gen 1, 27 y 2,7.
- 8.- Cf. JUAN PABLO II. Ecclesia in Europa, I.c.
- 9.- Cf. JUAN PABLO II. Mensaje a la Asamblea Plenaria del Pontificio Consejo para la Pastoral de los Emigrantes e Itinerantes, 18-05-2004.
- 10.-JUAN PABLO II. Ecclesia in Europa, nº 104.
- 11.-Cf. JUAN PABLO II. Mensaje a la Asamblea Plenaria del Pontificio Consejo para la Pastoral de los Emigrantes e Itinerantes, 18-05-2004.
- 12.-Cf. ANTONIO MARÍA ROUCO VARELA. Acogida generosa e integración digna del trabajador inmigrante y su familia. Colección Cartas Pastorales, nº 16.
- 13.-Ap 5, 9-10.
- 14.-Cf. Dominus Jesús, nº 15.
- 15.-Cf. JUAN PABLO II. Mensaje de la Jornada Mundial de la Paz. 2001
- 16.-Cf. JUAN PABLO II. Mensaje a la Asamblea Plenaria del Pontificio Consejo para la Pastoral de los Emigrantes e Itinerantes, 18-05-2004, y Mensaje de la Jornada Mundial de las Migraciones 1995.
- 17.-Cfr. JUAN PABLO II. Ecclesia in Europa, nº 101.
- 18.-Cf. ANTONIO MARÍA ROUCO VARELA. Acogida generosa e integración digna del trabajador inmigrante y su familia.
- 19.-JUAN PABLO II. Ecclesia in Europa, nº 104.
- 20.-Hechos 2, 11.
- 21.-Cf. JUAN PABLO II.
- 22.-Cf. La pastoral de los inmigrantes, camino para la realización de la misión de la Iglesia, hoy. Vademécum. Sección Especial de Pastoral Arzobispado de Madrid.
- 23.-Cf. ANTONIO MARÍA ROUCO VARELA. Levantad los ojos. Alumbrando la esperanza. Colección Cartas pastorales, nº 25, Sínodo.

ANTE LA APROBACIÓN DEL ANTEPROYECTO DE LEY POR EL QUE SE MODIFICA EL CÓDIGO CIVIL EN MATERIA DE SEPARACIÓN Y DIVORCIO

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA NOTA DE PRENSA

Viernes, 17 de septiembre de 2004

El anteproyecto de Ley sobre el divorcio aprobado hoy por el Gobierno pretende salir al paso del gravísimo problema social del incremento permanente del número de las rupturas de matrimonios y de los dramas personales que las acompañan. Sin embargo, los medios que se arbitran suscitan una seria preocupación. Muy probablemente lo que vendrá serán más divorcios y más sufrimiento. Porque la Ley no parte de una buena concepción antropológica del matrimonio como institución social fundamental, sino más bien de una ideología individualista que lo reduce a un mero contrato entre particulares. A este respecto recordamos lo declarado por la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal en la Instrucción Pastoral “La familia, santuario de la vida y esperanza de la sociedad”:

“Evidentemente, si se pierde el sentido sagrado del matrimonio, se acabará por valorarlo simplemente como un contrato entre particulares, y, por consiguiente establecido a su arbitrio y dependiente de su voluntad, la cual puede cambiar y llegar a romperlo. Tal concepción hace incomprensible la indisolubilidad del matrimonio. Un compromiso para toda la vida sería algo prácticamente imposible y podría darse el caso de que llegara a ser insoportable. En esa óptica, el divorcio es concebido como un derecho, incluso como una condición para contraer matrimonio, una cláusula de ruptura. Esta mentalidad introduce una inestabilidad estructural en la vida matrimonial, que la hace incapaz de afrontar las crisis y las dificultades con las que inevitablemente se encontrará”.

“Como ocurre con otros hechos dolorosos de nuestra sociedad, el modo cultural de presentar el divorcio intenta ocultar el drama -humano, psíquico, social- del fracaso matrimonial. Con el lema de ‘reconstruir la vida’ -quizá con ‘otra pareja’- se pretende solucionar el drama solventando los problemas técnicos (jurídicos, económicos), pero sin querer entrar en los verdaderos problemas antropológicos y éticos”.

EL LAICISMO QUE VIENE

Mons. Fernando Sebastián Aguilar
Arzobispo de Pamplona y Obispo de Tudela.

El Señor Presidente del Gobierno nos anuncia leyes “progresistas, laicas y modernas”. ¿Qué son leyes progresistas? Y ¿cuáles son las verdaderamente modernas? Esto de ser más o menos moderno es muy relativo y no da garantías de nada. Tan moderna es la bomba atómica como la Sociedad de Naciones. Parece más bien que lo que nos interesaría a los españoles es que el gobierno promoviera leyes inteligentes, prácticas, justas, capaces de favorecer verdaderamente el bien auténtico y general de los españoles.

En principio, todas las leyes que salen del Parlamento, son leyes laicas, es decir, promulgadas por una autoridad civil, no sagrada, sin ninguna pretensión trascendente. El Parlamento no es el Sinaí. Afortunadamente. Leyes laicas son también las que proceden de una mentalidad laica, o más bien laicista

Seguramente el Señor Presidente se refería a leyes elaboradas, aprobadas y promulgadas con una visión laica de la sociedad y del hombre, es decir, sin referencia a Dios, sin tener en cuenta la ley de Dios, incluso sin tener en cuenta la fe en Dios que puedan tener algunos ciudadanos, pocos o muchos. Eso sería tanto como anunciarnos leyes discriminatorias, que se ajustan a la mentalidad de unos y no tienen en cuenta la mentalidad de otros, que favorecen a los que no creen en Dios e ignoran a los que sí creen en El y quieren vivir de acuerdo con su voluntad.

Según esto, al prometernos leyes laicas, el señor Presidente puede estar anunciando leyes que no tengan en cuenta la ley de Dios, ni las exigencias de la moral natural, leyes que favorezcan la concepción laica de la vida, según la cual no hay ningún ser creador, sino que somos hijos del azar, y por tanto dueños absolutos y únicos responsables de nuestra existencia, sin que pueda haber ningún valor absoluto ni tengamos que dar cuentas de nada ante nadie. Estamos solos en el mundo y entre todos tenemos que ir modelando nuestra humanidad como mejor nos parezca. No hay referencias morales que orienten nuestra vida, la opinión pública, el consenso, y en última instancia la conveniencia de los grupos más influyentes son las únicas fuerzas que de verdad rigen nuestra vida. No tenemos raíces firmes ni rumbos orientadores.

Parece que nuestros gobernantes consideran un bien importante para España y para los españoles, el ir prescindiendo de cualquier influencia religiosa en las leyes y por tanto en la configuración de las relaciones sociales entre nosotros y de los bienes que en nuestra convivencia podamos encontrar. Quieren una España laica, en la que la religión sea, a lo más, una afición privada de algunos ciudadanos, tolerable sólo en la medida en que no pretenda aparecer ni ser tenida en cuenta en la vida pública, en las leyes, en la cultura, en los comportamientos, en los usos y costumbres, en los criterios morales y normativos de nuestras conductas. No se trata sólo de impedir que los eclesiásticos influyan en la vida política, se trata más bien de que no influyan tampoco

las convicciones religiosas de nadie, ni siquiera de los políticos. Esto es tanto como amordazar las conciencias, destruir la fuerza vital de la religiosidad y de la fe.

Ante este propósito a los creyentes se nos presentan muchas dificultades. Las leyes tienen que responder al conjunto de la sociedad, a la voluntad y a las creencias de los ciudadanos, y no a las opiniones particulares de los gobernantes. Un gobernante puede ser ateo, como un partido puede ser partidario del agnosticismo, pero no tienen por qué tratarnos a los demás como si también lo fuésemos, y menos todavía utilizar los recursos del poder político para convencernos de su ateísmo. Tampoco sería justo lo contrario. Si en España hay treinta millones de ciudadanos que creen en Dios ¿es justo que a la hora de legislar no tengan en cuenta nuestras creencias y sí tengan en cuenta únicamente las creencias de los demás? Eso no es gobernar para el bien de todos.

Y yendo más al fondo de la cuestión, hay que preguntar por qué la fe de cada uno no puede influir en sus concepciones o actuaciones políticas. En la sociedad democrática cada uno puede manifestarse como es, todos somos iguales ante las leyes y todos tenemos el mismo derecho a intervenir en la vida pública según nuestras propias convicciones, respetando los derechos y la libertad de los demás. La fe religiosa es parte esencial de la mentalidad del creyente y de la cultura de los pueblos. No se puede actuar como si no existiese, ni se la puede recluir a la vida puramente privada, sin mutilar la vida real de los ciudadanos, sin perturbar el patrimonio cultural de la sociedad, sin traspasar los límites y las atribuciones de una autoridad justa y justamente ejercida.

Recientemente el Señor Presidente nos ha dicho que él no permitirá que nadie imponga a los demás sus creencias morales. Afirma que él respeta el orden moral, pero que el orden cívico se regula por ley en el Parlamento. Frases contundentes. Pero a lo mejor esta contundencia es más aparente que real. Porque no se trata de imponer las creencias morales de nadie, sino de exigir a los legisladores que, por el bien de los ciudadanos, respeten en sus actividades legislativas, las exigencias de un orden moral objetivo, inscrito en la naturaleza del hombre y formulado suficientemente por la recta razón a lo largo de la historia. Es cierto que el orden cívico se regula por ley en el Parlamento. Nadie lo discute. Pero los parlamentarios no son creadores del bien y del mal, no pueden legislar como les convenga, si quieren ser justos tienen que actuar según una ley moral superior y anterior al Parlamento, que fundamenta objetivamente los derechos de los ciudadanos a cuyo bien general las leyes deben ordenarse. Sin el respeto al orden moral objetivo la mejor democracia degenera en tiranía.

Por otra parte, la mentalidad laicista no tiene legitimación ni teórica ni práctica. Teóricamente la existencia de Jesucristo y la validez de su testimonio sobre la existencia y la providencia misericordiosa de Dios tienen tanto fundamento, al menos, como la opinión contraria. En una sociedad donde haya cristianos y no cristianos, creyentes y ateos, un gobierno que quiera ser justo con todos los ciudadanos, no puede identificarse con ninguna de las dos partes. La confesionalidad religiosa y católica no puede ser sustituida por la confesionalidad contraria de la militancia atea. El progreso no consiste en sustituir una confesionalidad por otra, sino en adoptar el camino de la no confesionalidad, bien entendida y lealmente aplicada,

como neutralidad positiva del gobierno en materia religiosa. Si nadie puede imponer un orden moral objetivo, ¿es que el gobierno laicista puede imponernos su permisivismo moral? ¿Es que van a ser los grupos de presión los que determinen los criterios y las actuaciones del Parlamento?

Dicho con todo respeto, los cristianos pensamos que este propósito de gobernar con leyes laicas no tiene fundamento teórico serio, ni es verdaderamente progresista, sino que supone un retroceso a tesis y formas ya superadas. A muchas personas, incluso a algunos cristianos, les parece normal que las actividades religiosas de los ciudadanos no se puedan financiar con fondos públicos. Es cierto que las actividades religiosas no son de todos, pero tampoco lo son el deporte, ni el teatro, ni el cine, ni otras muchas cosas que se financian con dinero público sin que nadie lo discuta. Volvemos a la misma cuestión de siempre, el Estado y la autoridad política tienen que aceptar sinceramente que la fe religiosa es un derecho de los ciudadanos, cuyo ejercicio cualifica la vida y las actividades de la persona, enriquece el patrimonio cultural de la sociedad y facilita la convivencia justa y pacífica de los ciudadanos. O dicho de otra manera, el ejercicio de la libertad religiosa de los creyentes, forma parte del bien común que el gobierno debe proteger y fomentar. Si esto es así, ¿por qué hay que ignorarla y dejarla fuera de la actuación positiva del gobierno en igualdad de condiciones con otras muchas actividades espirituales y culturales de los ciudadanos? ¿Por qué hay que excluir la enseñanza de la religión en el programa escolar? ¿Por qué hay que prohibir los signos religiosos en los centros públicos y comunes? ¿A quién ofenden? ¿A quién hacen daño? Ojalá nuestros gobernantes encuentren tiempo para pensar un poco más en estas cuestiones.

Los católicos españoles sabemos lo que es vivir con un gobierno de preferencias laicistas. En el momento presente, los protagonistas de esta oleada laicista parecen ignorar algunos hechos recientes muy importantes. Cuando presentan la Iglesia católica como poco adaptada a las exigencias de la democracia, no tienen en cuenta la renuncia de la Iglesia y de los católicos españoles al confesionalismo católico, a favor de la reconciliación y de la igualdad de todos los ciudadanos. Y olvidan también que la Constitución se construyó a partir de un consenso social uno de cuyos elementos era el entendimiento entre creyentes y no creyentes, gracias al concepto de no confesionalidad aceptado por todos. Implantar ahora un confesionalismo laicista sería negar aquel consenso constitucional y volver a la situación absurda y peligrosa de las dos Españas.

Es necesario que entre todos hagamos lo posible para encontrar de nuevo aquel espíritu de respeto y sincera voluntad de convivencia que hizo posible la transición política y que resulta indispensable mantener para garantizar la serenidad y la estabilidad de nuestra sociedad. En este escrito me dirijo principalmente a los cristianos y por eso intentaré responder a esta pregunta clave: ¿cómo tenemos que actuar los católicos en estas circunstancias?

1. Mi primer consejo es simplemente el consejo tantas veces repetido por el señor a sus discípulos, “No temáis”. El está con nosotros. Ha vencido al mundo. Su victoria es también la nuestra. Nuestra victoria es la fe. No perdamos la confianza en la

providencia de Dios, fuerte y misericordiosa. La Iglesia ha vivido siempre entre dificultades y los cristianos han padecido con frecuencia por presentarse y actuar como discípulos de Jesús. Estos sufrimientos nos purifican y fortalecen. Recordemos las palabras de San Pablo, “la debilidad de Dios es más fuerte que la fuerza de este mundo; la locura de Dios más sabia que la sabiduría del mundo”. “Nos basta la fuerza de Dios, de modo que cuando somos débiles, si confiamos en El, entonces es cuando somos más fuertes”. Que las argumentaciones del laicismo no nos hagan dudar de la verdad y del valor de nuestra fe ni de las instituciones y actuaciones de la Iglesia. No nos dejemos paralizar por la inseguridad o por el miedo. No nos avergoncemos del evangelio. No nos desanimemos por ser pocos o por quedar excluidos de las zonas de poder. Nuestra fuerza está en la fuerza de su palabra y de su vida. Precisamente en estas circunstancias es cuando más tenemos que anunciar con sencillez y fidelidad el mensaje de Jesús, conservado y actualizado continuamente por la Santa Madre Iglesia. Este es el mejor servicio que podemos hacer a nuestros conciudadanos. Esta es nuestra misión y nuestra primera obligación. Es la hora de la fidelidad y de la fortaleza. La hora de los testigos.

2. La primera condición para llegar a tener una suficiente influencia moral es vivir en conformidad con nuestra fe. Queremos ser discípulos de Jesús. Y El redujo su mensaje a dos mandamientos bien sencillos: Amar a Dios como Padre nuestro que es, y al prójimo como a nosotros mismos. Y esto de manera efectiva, visible, realista. La fuerza de la Iglesia no está en los instrumentos técnicos ni en las estrategias de opinión que otros utilizan. La fuerza de la Iglesia está en la fe, en la piedad, en la ejemplaridad de los cristianos. Si vivimos de verdad nuestra fe, el testimonio de nuestra vida aclarará muchos malentendidos y más tarde o más temprano convencerá a los hombres y mujeres que buscan la verdad.

Comencemos por asegurar la Misa de los domingos. La marcha de los acontecimientos nos está pidiendo una clara definición de nuestra vida. En torno a la Misa dominical tiene que desarrollarse la vida espiritual de cada uno, la oración diaria, el esfuerzo por vivir en gracia de Dios, la celebración sacramental del arrepentimiento y del perdón. Y con la piedad personal, la comprensión y el ejercicio de la vida matrimonial y familiar según la voluntad de Dios, manifestada por Jesucristo y anunciada por la Iglesia. La familia cristiana, estable y fecunda, es signo elocuente de la fuerza humanizadora y santificadora del amor de Dios, presente y actuante en las raíces del amor humano. A partir de aquí podremos ofrecer el testimonio de una vida sobria, alegre, justa, generosa, amante y defensora de la vida y del mundo, sin desmayos, que busca de verdad el Reino de Dios y el bien de los hermanos, sin quedarse en apariencias engañosas o en intereses oportunistas. La verdad de Dios, respaldada por el testimonio de una vida sincera y santa, acaba abriéndose camino en todos los corazones. Un verdadero testimonio de vida cristiana requiere la unidad en la fe, en la aceptación integral y equilibrada del evangelio de Jesús, tal como lo han vivido los santos, como lo anuncian y predicán los pastores de la Iglesia, en comunión espiritual y visible con el Papa. La disidencia, las divisiones, las condescendencias

injustificadas, debilitan la credibilidad del evangelio y dan argumentos a quienes, de una manera o de otra, pretenden ocultar la luz que ha venido a este mundo. En cambio, el testimonio visible de una vida santificada y sosegada por el Espíritu de Dios, puesta de verdad al servicio de los demás, vivida en una comunión cercana y universal, gozosa y esperanzada, serena y operante, en este mundo nuestro tan egoísta y dolorido, será la mejor apologética y el argumento más convincente.

3. En la respuesta al laicismo es importante que sepamos centrarnos en lo fundamental. No se trata de si los curas y los obispos mandamos mucho o poco, Ni resolveríamos nada con una Iglesia más tradicional o más moderna. La cuestión de fondo está en saber si hay Dios o no, si nuestra vida está presidida por un Alguien original, creador y providente, del cual nos habló Jesucristo de manera definitiva, o vivimos solos en el mundo, como dueños únicos y exclusivos de nuestra vida personal y colectiva. Lo que de verdad se debate en nuestra sociedad, aunque no se formule claramente, es, si para vivir auténticamente nuestra condición humana, tenemos que tener en cuenta la presencia del Dios de Jesucristo cerca de nosotros, o más bien hemos de prescindir de cualquier referencia religiosa como perteneciente a un estadio anterior del desarrollo humano.

Centremos nuestro esfuerzo en ofrecer a nuestros conciudadanos la posibilidad de conocer a Dios mediante el testimonio de Jesús, y de aceptar su providencia, no como una amenaza para nuestra libertad, sino como la tierra firme que nos permite construir una vida verdaderamente personal y espiritual, en libertad y justicia, en amor fraternal y esperanza de eternidad. Anunciamos con humildad y claridad, con honestidad y respeto, nuestra manera de entender las cosas. No queremos imponer nada a nadie, pero tampoco podemos callar el evangelio de Jesús, ni podemos ocultar los signos de la presencia de Dios entre nosotros. Invitemos a los hombres y mujeres de buena voluntad a buscar con nosotros la verdad de nuestra humanidad en Jesucristo, como clave definitiva para la comprensión y el desarrollo de nuestra vida.

Confiemos en la buena voluntad de los que viven fuera de la Iglesia. No neguemos a nadie la posibilidad de llegar al conocimiento y adoración del Dios de Jesucristo. Todos son hijos suyos. Por todos murió Cristo y a todos les llega la asistencia del Espíritu Santo. Esperemos con tranquilidad la hora de Dios. Si la luz de Dios vuelve a brillar en los corazones de los hombres y en el corazón de nuestra sociedad, todo resultará claro y aceptable. Sin esta aceptación cordial de Dios como fundamento y centro de la vida, ni la moral natural, ni las enseñanzas de la Iglesia ni la vida de los cristianos alcanzarán el reconocimiento y la estima que merecen.

4. Cuanto queda dicho son actuaciones puramente religiosas y en cierta manera internas a la vida de la Iglesia. Pero a la vez que miembros de la Iglesia, los cristianos somos miembros de la sociedad, ciudadanos como los demás, con los mismos derechos y las mismas obligaciones. Y es lógico que pretendamos influir en la marcha de los asuntos públicos y comunes según nuestras convicciones personales y comunitarias. Todos los miembros de la sociedad tienen que procurar el bien común según sus posibilidades personas e institucionales. También los cristianos. Y por

supuesto, como todos los demás, según nuestra conciencia y nuestras propias convicciones. Es un derecho y una obligación.

Dicen que si la Iglesia quiere influir en la política. Evidente. Al menos como cualquier otra institución. Pero la influencia de la Iglesia en la vida política no es de naturaleza política, sino eclesial, es decir, de naturaleza religiosa y moral. La Iglesia influye en la vida social y política, según su propia naturaleza, con sus actividades propias y, por supuesto, respetando las normas civiles comunes, legítimas y justas. Anunciando la doctrina de Cristo, educando las conciencias y animando a sus fieles a vivir santamente, la Iglesia influye en el comportamiento global de las personas, y de esta manera influye también en el ejercicio de sus actividades profesionales y en sus actividades sociales, públicas y políticas.

Es cierto que la Iglesia, como comunidad religiosa que es, no interviene como tal en el desenvolvimiento técnico y directo de la vida política, pero sí interviene libremente en la formación de la conciencia social y moral de las personas que luego actúan en la vida política. La vida política, en su conjunto, la de los votantes y la de los dirigentes, es una actividad humana, personal y libre, cuya legitimación moral está en la promoción y defensa del bien público. Como actividad humana, toda acción política tiene que ser moral y justa y esta justicia no le puede venir en última instancia de sí misma, ni de los consensos circunstanciales o de las presiones de un grupo determinado, sino que le ha de venir de la conformidad con una referencia objetiva, ya sea de naturaleza religiosa o simplemente ética, que vincula la conciencia de todos los hombres, también de los políticos, y que radica en el ser mismo del hombre, de cada persona, considerado como creatura de Dios o como realidad última en el orden práctico a la que se le reconoce un valor absoluto.

El reconocimiento de esta referencia moral es la garantía del respeto a la persona y a la sociedad, cuyos derechos no provienen de las instituciones políticas, sino que son anteriores y superiores a todas ellas, fundados en su propio ser y, para nosotros los creyentes, en la sabiduría y el amor de Dios. Un poder político, ejercido sin el reconocimiento de una norma moral objetiva, es un peligro gravísimo para el bien de la sociedad. Basta con repasar la historia del siglo pasado para comprenderlo.

La Iglesia contribuye de forma importante a la clarificación y fortalecimiento de esta conciencia moral de los ciudadanos que quieren escucharla. No impone sino que propone. Y luego cada persona, también los cristianos, actúan en consecuencia. Así es como ella contribuye al bien común, también al bien común temporal y político, dentro de un marco legal estrictamente democrático. La lástima es que hoy, en España, muchos cristianos no actúan en la vida profesional y política de acuerdo con las exigencias de la fe. Decir esto no es volver a fórmulas superadas de clericalismo o de confesionalidad, no es fruto de añoranzas inconfesadas de épocas pasadas. Es simplemente animar a los cristianos a ofrecer a la sociedad los bienes de naturaleza moral y temporal que nosotros hemos descubierto gracias a la iluminación de la fe y a la primacía del amor al prójimo como norma suprema de comportamiento en el conjunto de nuestra vida personal, familiar, profesional, cultural y política. ¿Hay en esto algo contra las leyes de la democracia?

SANTA SEDE**SANTO PADRE****ÁNGELUS**

Domingo 29 de agosto de 2004

1. Hoy, 29 de agosto, la tradición cristiana recuerda el *martirio de san Juan Bautista*, «el mayor entre los nacidos de mujer», según el elogio del Mesías mismo (cf. *Lc* 7, 28). Ofreció a Dios el supremo testimonio de la sangre, inmolando su existencia por la verdad y la justicia; en efecto, fue decapitado por orden de Herodes, al que había osado decir que no le era lícito tener la mujer de su hermano (cf. *Mc* 6, 17-29).

2. En la encíclica *Veritatis splendor*, recordando el sacrificio de san Juan Bautista (cf. n. 91), afirmé que el martirio es un «signo preclaro de la santidad de la Iglesia» (n. 93). En efecto, «es el testimonio culminante de la verdad moral» (*ib.*). Aunque son pocos relativamente los llamados al sacrificio supremo, existe sin embargo «un testimonio de coherencia que todos los cristianos deben estar dispuestos a dar cada día, incluso a costa de sufrimientos y de grandes sacrificios» (*ib.*). Realmente, a veces hace falta un esfuerzo heroico para no ceder, incluso en la vida diaria, ante las dificultades y las componendas, y para vivir el Evangelio *sin glosa*.

3. El ejemplo heroico de san Juan Bautista nos hace pensar en los *mártires de la fe*, que, a lo largo de los siglos, han seguido valientemente sus pasos. De modo especial, me vienen a la memoria los numerosos cristianos que durante el siglo pasado fueron víctimas del odio religioso en diversas naciones de Europa. También hoy, en algunas partes del mundo, los creyentes siguen sometidos a duras pruebas por su adhesión a Cristo y a su Iglesia.

¡Ojalá que estos hermanos y hermanas nuestros sientan la plena solidaridad de toda la comunidad eclesial! Los encomendamos a la Virgen santísima, Reina de los mártires, a la que ahora invocamos juntos.

ÁNGELUS

Loreto, domingo 5 de septiembre de 2004

Queridos hermanos:

1. Al terminar esta intensa celebración, quiero expresaros una vez más la alegría de haber podido estar con vosotros. Estad siempre dispuestos a escuchar la voz del Señor Jesús.

Del mismo modo que él tuvo necesidad del *fiat* de María para *encarnarse*, así su Evangelio también tiene necesidad de vuestro *sí* para *hacerse historia* en el mundo de hoy.

2. Un saludo muy especial a los peregrinos de la archidiócesis de Barcelona y de la diócesis de Vic, acompañados por el señor cardenal Ricardo María Carles, por monseñor Lluís Martínez Sistach, arzobispo de Barcelona, por el obispo de Vic y los demás obispos de Cataluña.

El nuevo beato significa un gran honor para vuestra tierra. Su figura como hombre, médico y presbítero es un ejemplo luminoso para los cristianos de nuestro tiempo.

Saludo también cordialmente a los peregrinos de otras diócesis de España y de América Latina que, junto con sus obispos, han participado en el Congreso mundial de la Acción católica.

La Acción católica es y quiere ser la escuela en la cual se aprende a *elegir a Dios con todo el corazón* y a seguir a Cristo como único Señor de nuestra vida.

3. Queridos hermanos, os invito a renovar vuestro *sí* y os dejo *tres consignas*. La *primera* es «contemplación»: esforzaos por caminar *por el sendero de la santidad*, manteniendo fija la mirada en Jesús, único Maestro y Salvador de todos.

La *segunda consigna* es «comunión»: tratad de promover *la espiritualidad de la unidad* con los pastores de la Iglesia, con todos los hermanos de fe y con las demás asociaciones eclesiales. Sed fermento de diálogo con todos los hombres de buena voluntad.

La *tercera consigna* es «misión»: llevad como laicos *el fermento del Evangelio* a las casas y a las escuelas, a los lugares de trabajo y de tiempo libre. El Evangelio es palabra de esperanza y de salvación para el mundo.

La dulce Virgen de Loreto os obtenga la fidelidad a vuestra vocación, la generosidad en el cumplimiento del deber diario y el entusiasmo al dedicaros a la misión que la Iglesia os encomienda.

ÁNGELUS

Domingo 12 de septiembre de 2004

1. Siguiendo una antigua tradición, se celebra hoy la fiesta del Nombre de María. Este nombre, unido indisolublemente al de Jesús, es para los cristianos el más dulce, porque recuerda a todos la Madre común. A ella Jesús, a punto de morir, nos encomendó a todos como hijos.

Que María vele sobre la humanidad en esta hora marcada por *devastadoras explosiones de violencia*. Que vele especialmente sobre las nuevas generaciones, deseosas de construir un futuro de esperanza para todos.

2. He percibido este profundo anhelo de un mundo de justicia y de paz también en los muchachos, en los jóvenes y en los adultos de la *Acción católica italiana*, con los que me encontré el domingo pasado *en Loreto*, con ocasión de su peregrinación nacional.

Doy gracias al Señor porque me permitió participar en ese importante acontecimiento eclesial, que culminó con la proclamación de *tres nuevos beatos*: Alberto Marvelli, Pina Suriano y Pere Tarrés i Claret.

Recordando su testimonio, quisiera mencionar aquí las *tres consignas* que dejé a la Acción católica en Loreto: la «contemplación» para caminar *por la senda de la santidad*; la «comunión» para promover *la espiritualidad de la unidad*; y la «misión» para ser *fermento evangélico* en todo lugar.

3. Que la Virgen ayude a la *Acción católica* a proseguir con entusiasmo su compromiso de testimonio apostólico, trabajando siempre en íntima relación con la jerarquía y participando de modo responsable en la pastoral parroquial y diocesana.

La Iglesia cuenta con la presencia activa de la Acción católica y con su entrega fiel a la gran causa del reino de Cristo. *También yo miro con gran confianza a la Acción católica* y aliento a todos sus miembros a ser testigos generosos de la buena nueva evangélica, para *devolver la esperanza* a la sociedad actual, que busca la paz.

ÁNGELUS

Domingo 19 de septiembre de 2004

1. Ante el mal, que se manifiesta de diversas formas en el mundo, *el hombre*, afligido y desconcertado, *se pregunta*: «¿Por qué?».

En esta alba del tercer milenio, bendecida por el gran jubileo y llena de potencialidades, la humanidad está marcada por la sobrecogedora difusión del terrorismo. La sucesión de atroces atentados contra la vida humana turba e inquieta las conciencias y suscita en los creyentes el doloroso interrogante, que recurre en los salmos: «¿Por qué, Señor? ¿Hasta cuándo?».

2. *Dios ha respondido* a este angustioso interrogante, que plantea el escándalo del mal, no con una explicación de principio, como si quisiera justificarse, sino *con el sacrificio de su Hijo en la cruz*. En la muerte de Jesús se encuentran el aparente triunfo del mal y la victoria definitiva del bien; el momento más oscuro de la historia y la revelación de la gloria divina; el punto de ruptura y el centro de atracción y de restauración del universo. «Yo -dijo Jesús- cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí» (*Jn 12, 32*).

La cruz de Cristo es para los creyentes *icono de esperanza*, porque en ella se cumplió el designio salvífico del amor de Dios. Por eso, hace algunos días la liturgia nos invitó a celebrar la *Exaltación de la Santa Cruz*, fiesta que proporciona al creyente consuelo y aliento.

3. Con la mirada dirigida a Cristo crucificado, en unión espiritual con la Virgen María, prosigamos nuestro camino, sostenidos por la fuerza de la Resurrección.

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 1 de septiembre de 2004

Himno al Dios verdadero

1. El Dios vivo y los ídolos inertes se enfrentan en el salmo 113 B, que acabamos de escuchar, y que forma parte de la serie de los salmos de las Vísperas. La antigua traducción griega de la Biblia llamada de los *Setenta*, seguida por la versión latina de la antigua liturgia cristiana, unió este salmo en honor del verdadero Señor al anterior. Así se constituyó una única composición, la cual, sin embargo, está formada por dos textos completamente diferentes (cf. *Sal* 113 A y 113 B).

Después de unas palabras iniciales dirigidas al Señor para proclamar su gloria, el pueblo elegido presenta a su Dios como el Creador todopoderoso: «Nuestro Dios está en el cielo, lo que quiere lo hace» (*Sal* 113 B, 3). «Fidelidad y gracia» son las virtudes típicas del Dios de la alianza con respecto al pueblo que eligió, Israel (cf. v. 1). Así, el cosmos y la historia están bajo su dominio, que es poder de amor y de salvación.

2. Al Dios verdadero, adorado por Israel, se contraponen inmediatamente «los ídolos de los gentiles» (v. 4). La idolatría es una tentación de la humanidad entera en toda la tierra y en todos los tiempos. El ídolo es una cosa inanimada, fabricada por las manos del hombre, una estatua fría, sin vida. El salmista la presenta irónicamente con sus siete miembros completamente inútiles: boca muda, ojos ciegos, orejas sordas, nariz insensible a los olores, manos inertes, pies paralizados, garganta que no puede emitir sonidos (cf. vv. 5-7).

Después de esta despiadada crítica de los ídolos, el salmista expresa un deseo sarcástico: «Que sean igual los que los hacen, cuantos confían en ellos» (v. 8). Es un deseo expresado de forma muy eficaz para producir un efecto de radical disuasión con respecto a la idolatría. Quien adora a los ídolos de la riqueza, del poder y del éxito, pierde su dignidad de persona humana. El profeta Isaías decía: «¡Escultores de ídolos! Todos ellos son vacuidad; de nada sirven sus obras más estimadas; sus testigos nada ven y nada saben, y por eso quedarán abochornados» (*Is* 44, 9).

3. Por el contrario, los fieles del Señor saben que tienen en el Dios vivo «su auxilio» y «su escudo» (cf. *Sal* 113 B, 9-13). El salmo nos presenta a esos fieles en tres categorías. Ante todo, «la casa de Israel», es decir, todo el pueblo, la comunidad que se congrega en el templo para orar. Allí se encuentra también la «casa de Aarón», que remite a los sacerdotes, custodios y anunciadores de la Palabra divina, llamados a presidir el culto. Por último, se evoca a los que temen al Señor, o sea, a los fieles auténticos y constantes, que en el judaísmo posterior al destierro de Babilonia, y más tarde, incluían también a los paganos que se acercaban a la comunidad y a la fe de Israel con corazón sincero y con una búsqueda genuina. Ese fue, por ejemplo, el caso del centurión romano Cornelio (cf. *Hch* 10, 1-2. 22), que san Pedro convirtió al cristianismo.

Sobre estas tres categorías de auténticos creyentes desciende la bendición divina (cf. *Sal* 113 B, 12-15). Según la concepción bíblica, esa bendición es fuente de fecundidad: «Que el Señor os acreciente, a vosotros y a vuestros hijos» (v. 14). Por último, los fieles, alegres por el don de la vida recibido del Dios vivo y creador, entonan un breve himno de alabanza, respondiendo a la bendición eficaz de Dios con su bendición agradecida y confiada (cf. vv. 16-18).

4. De un modo muy vivo y sugestivo, un Padre de la Iglesia de Oriente, san Gregorio de Nisa (siglo IV), en su quinta *Homilía sobre el Cantar de los cantares* utiliza este salmo para describir el paso de la humanidad desde el «hielo de la idolatría» hasta la primavera de la salvación. En efecto -recuerda san Gregorio-, en cierto modo, la naturaleza humana se había transformado «en los seres inmóviles» y sin vida «que fueron hechos objeto de culto», precisamente como está escrito: «Que sean igual los que los hacen, cuantos confían en ellos».

«Y era lógico que sucediese así, pues, del mismo modo que los que miran al Dios vivo reciben en sí mismos las peculiaridades de la naturaleza divina, así el que se dirige a la vacuidad de los ídolos llegó a ser como lo que miraba y, de hombre que era, se transformó en piedra. Por consiguiente, dado que la naturaleza humana, convertida en piedra a causa de la idolatría, fue inmóvil con respecto a lo mejor, congelada en el hielo del culto a los ídolos, por ese motivo en este tremendo invierno surge el Sol de la justicia y forma la primavera con el calor del mediodía, que deshace ese hielo y calienta, con los rayos del sol, todo lo que está debajo. Así, el hombre, que se había convertido en piedra por obra del hielo, calentado por el Espíritu y caldeado por los rayos del Logos, volvió a ser agua que saltaba hasta la vida eterna» (*Omelia sul Cantico dei cantici*, Roma 1988, pp. 133-134).

Llamamiento apremiante del Papa para que cese la violencia

Con gran dolor y preocupación he recibido las nuevas graves noticias referentes a los atentados terroristas perpetrados en Israel y en Rusia, donde han hallado la muerte numerosas personas, víctimas indefensas e inocentes.

Tampoco en el atormentado Irak se rompe la cadena de violencia ciega que impide una rápida vuelta a la convivencia civil. A la execración por la bárbara ejecución de los doce nepaleses se une el temor por la suerte de los dos periodistas franceses que todavía se encuentran en manos de sus secuestradores.

Dirijo un apremiante llamamiento a fin de que cese por doquier el recurso a la violencia, siempre indigna de toda buena causa, y a fin de que los dos periodistas franceses sean tratados con humanidad y devueltos incólumes, cuanto antes, a sus seres queridos.

Hoy, día 1 de septiembre, se celebra el aniversario de la invasión de Polonia y del inicio de la segunda guerra mundial, que sembró de luto a Europa y otros continentes. Recordando aquellos días, en este momento de graves y generalizadas tensiones, invocamos de Dios, Padre de todos los hombres, el don valioso de la paz.

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 8 de septiembre de 2004

Natividad de la Santísima Virgen María

1. La liturgia nos recuerda hoy la *Natividad de la santísima Virgen María*. Esta fiesta, muy arraigada en la piedad popular, nos lleva a admirar en María niña *la aurora purísima de la Redención*. Contemplamos a una niña como todas las demás y, al mismo tiempo, única, la «bendita entre las mujeres» (*Lc 1, 42*). María es la inmaculada «Hija de Sión», destinada a convertirse en la Madre del Mesías.

2. Al contemplar a María niña, no podemos por menos de pensar en tantos *niños inermes de Beslán, en Osetia*, víctimas de un bárbaro secuestro y asesinados trágicamente. Se encontraban *dentro de una escuela*, lugar donde se aprenden los valores que dan sentido a la historia, a la cultura y a la civilización de los pueblos: el respeto mutuo, la solidaridad, la justicia y la paz. Ellos, en cambio, entre esas paredes experimentaron el ultraje, el odio y la muerte, consecuencias nefastas de un cruel fanatismo y de un insensato desprecio de la persona humana.

En este momento, nuestra mirada se dirige también *a todos los niños inocentes* que, en las diversas partes del mundo, son víctimas de la violencia de los adultos. Niños *obligados a empuñar las armas* y educados a odiar y matar; niños *forzados a mendigar por las calles*, explotados para obtener fáciles ganancias; niños *maltratados y humillados* por la prepotencia y los abusos de los mayores; niños *abandonados a sí mismos*, privados del calor de la familia y de una perspectiva de futuro; niños que *mueren de hambre*; niños *asesinados* en los numerosos conflictos que se libran en diversas regiones del mundo.

3. Es un fuerte *grito de dolor de la infancia ofendida en su dignidad*. Ese grito no puede, no debe dejar indiferente a nadie. Amadísimos hermanos y hermanas, ante la cuna de María niña tomemos renovada conciencia del deber que todos tenemos de *tutelar y defender* a estas frágiles criaturas y construir para ellas *un futuro de paz*. Oremos juntos a fin de que se creen para ellos las condiciones de una existencia serena y segura.

Oración de los fieles por los niños y las personas secuestradas

Hermanos y hermanas, acogiendo la invitación del Santo Padre, elevemos a Dios nuestra oración. Repitamos todos:

«Escúchanos, Señor».

1. Por los niños de Beslán, asesinados con bárbara violencia mientras se disponían a iniciar el curso escolar, y por su padres, familiares y amigos muertos juntamente con ellos, a fin de que Dios, en su misericordia, les abra de par en par las puertas de su casa, oremos.

«Escúchanos, Señor».

2. Por los heridos, por las familias de las víctimas y por todos los miembros de la comunidad de Beslán, que con corazón desgarrado lloran la muerte de sus seres queridos, a fin de que, sostenidos por la luz de la fe y confortados por la solidaridad de tantas personas del mundo, sepan perdonar a los que les han hecho daño, oremos.

«Escúchanos, Señor».

3. Por todos los niños que, en muchas partes del mundo, sufren y mueren a causa de la violencia y de los abusos de los adultos, a fin de que el Señor les haga sentir el consuelo de su amor y ablande la dureza de corazón de quienes son causa de sus sufrimientos, oremos.

«Escúchanos, Señor».

4. Por las numerosas personas secuestradas en la atormentada tierra de Irak y, en particular, por las dos jóvenes voluntarias italianas, secuestradas ayer en Bagdad, a fin de que todas sean tratadas con respeto y devueltas pronto incólumes al afecto de sus seres queridos, oremos.

«Escúchanos, Señor».

5. Por la justicia y la paz en el mundo, a fin de que el Señor ilumine la mente de los que se hallan subyugados por la funesta tentación de la violencia y abra el corazón de todos al diálogo y a la reconciliación, para construir un futuro de esperanza y de paz, oremos.

«Escúchanos, Señor».

(Santo Padre)

Dios, Padre nuestro, tú has creado a los hombres para que vivan en comunión entre sí. Haz que comprendamos que todo niño constituye una riqueza de la humanidad y que la violencia sobre los demás es un callejón sin salida, que no tiene futuro. Te lo pedimos por intercesión de la Virgen Madre de Jesucristo nuestro Señor. Él vive y reina por los siglos de los siglos. *Amén.*

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 15 de septiembre de 2004

Las bodas del Cordero

1. El libro del Apocalipsis contiene numerosos cánticos a Dios, Señor del universo y de la historia. Acabamos de escuchar uno, que se encuentra constantemente en cada una de las cuatro semanas en que se articula la *liturgia de las Vísperas*.

Este himno lleva intercalado el «aleluya», palabra de origen hebreo que significa «alabad al Señor» y que curiosamente dentro del Nuevo Testamento sólo aparece en este pasaje del Apocalipsis, donde se repite cinco veces. Del texto del capítulo 19 la liturgia selecciona solamente algunos versículos. En el marco narrativo del relato, son entonados en el cielo por una «inmensa muchedumbre»: es como el canto de un gran coro que entonan todos los elegidos, celebrando al Señor con alegría y júbilo (cf. *Ap* 19, 1).

2. Por eso, la Iglesia, en la tierra, armoniza su canto de alabanza con el de los justos que ya contemplan la gloria de Dios. Así se establece un canal de comunicación entre la historia y la eternidad: este canal tiene su punto de partida en la liturgia terrena de la comunidad eclesial y su meta en la celestial, a donde ya han llegado nuestros hermanos y hermanas que nos han precedido en el camino de la fe.

En esta comunión de alabanza se celebran fundamentalmente tres temas. Ante todo, las grandes propiedades de Dios, «la salvación, la gloria y el poder» (v. 1; cf. v. 7), es decir, la trascendencia y la omnipotencia salvífica. La oración es contemplación de la gloria divina, del misterio inefable, del océano de luz y amor que es Dios.

En segundo lugar, el cántico exalta el «reino» del Señor, es decir, el proyecto divino de redención en favor del género humano. Recogiendo un tema muy frecuente en los así llamados salmos del reino de Dios (cf. *Sal* 46; 95-98), aquí se proclama que «reina el Señor, nuestro Dios, Dueño de todo» (*Ap* 19, 6), interviniendo con suma autoridad en la historia. Ciertamente, la historia está encomendada a la libertad humana, que genera el bien y el mal, pero tiene su sello último en las decisiones de la divina Providencia. El libro del Apocalipsis celebra precisamente la meta hacia la cual se dirige la historia a través de la obra eficaz de Dios, aun entre las tempestades, las laceraciones y las devastaciones llevadas a cabo por el mal, por el hombre y por Satanás.

En otra página del Apocalipsis se canta: «Gracias te damos, Señor Dios omnipotente, el que eres y el que eras, porque has asumido el gran poder y comenzaste a reinar» (*Ap* 11, 17).

3. Por último, el tercer tema del himno es típico del libro del Apocalipsis y de su simbología: «Llegó la boda del Cordero; su esposa se ha embellecido» (Ap 19, 7). Como veremos en otras meditaciones sobre este cántico, la meta definitiva a la que nos conduce el último libro de la Biblia es la del encuentro nupcial entre el Cordero, que es Cristo, y la esposa purificada y transfigurada, que es la humanidad redimida.

La expresión «llegó la boda del Cordero» se refiere al momento supremo -como dice nuestro texto «nupcial»- de la intimidad entre la criatura y el Creador, en la alegría y en la paz de la salvación.

4. Concluamos con las palabras de uno de los discursos de san Agustín, que ilustra y exalta así el canto del Aleluya en su significado espiritual: «Cantamos al unísono esta palabra y unidos en torno a ella, en comunión de sentimientos, nos estimulamos unos a otros a alabar a Dios. Sin embargo, a Dios sólo puede alabarle con tranquilidad de conciencia quien no ha cometido ninguna acción que le desagrade. Además, por lo que atañe al tiempo presente en que somos peregrinos en la tierra, cantamos el *Aleluya* como consolación para ser fortificados a lo largo del camino; el *Aleluya* que entonamos ahora es como el canto del peregrino; con todo, recorriendo este arduo itinerario, tendemos a la patria, donde habrá descanso; donde, pasados todos los afanes que nos agobian ahora, no quedará más que el *Aleluya*» (n. 255, 1: *Discorsi*, IV, 2, Roma 1984, p. 597).

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 22 de septiembre de 2004

Pasión voluntaria de Cristo siervo de Dios

1. Hoy, al escuchar el himno tomado del capítulo 2 de la *primera carta de san Pedro*, se ha perfilado de un modo muy vivo ante nuestros ojos el rostro de Cristo sufriente. Eso sucedía a los lectores de aquella *carta* en los primeros tiempos del cristianismo y eso mismo ha sucedido a lo largo de los siglos durante la proclamación litúrgica de la palabra de Dios y en la meditación personal.

Este canto, insertado en la carta, presenta una tonalidad litúrgica y parece reflejar el espíritu de oración de la Iglesia de los orígenes (cf. *Col* 1, 15-20; *Flp* 2, 6-11; *1 Tm* 3, 16). Está marcado también por un diálogo ideal entre el autor y los lectores, en el que se alternan los pronombres personales «nosotros» y «vosotros»: «Cristo padeció por vosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus huellas... Llevó nuestros pecados en su cuerpo (...) a fin de que, muertos a nuestros pecados, vivamos para la justicia; con sus llagas hemos sido curados» (*1 P* 2, 21. 24-25).

2. Pero el pronombre que más se repite, en el original griego, es V, que aparece al inicio de los principales versículos (cf. *1 P* 2, 22. 23. 24): equivale a «él», el Cristo sufriente; él, que no cometió pecado; él, que al ser insultado no respondía con insultos; él, que al padecer no amenazaba; él, que en la cruz cargó con los pecados de la humanidad para borrarlos.

El pensamiento de san Pedro, como también el de los fieles que rezan este himno, sobre todo en la *liturgia de las Vísperas* del tiempo de Cuaresma, se dirige al *Siervo de Yahveh* descrito en el célebre cuarto canto del *libro del profeta Isaías*. Es un personaje misterioso, interpretado por el cristianismo en clave mesiánica y cristológica, porque anticipa los detalles y el significado de la pasión de Cristo: «Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores (...) Fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes (...). Con sus llagas hemos sido curados. (...) Fue maltratado, y él se humilló y no abrió la boca» (*Is* 53, 4. 5. 7).

También el perfil de la humanidad pecadora trazado con la imagen de unas ovejas descarriadas, en un versículo que no recoge la *liturgia de las Vísperas* (cf. *1 P* 2, 25), procede de aquel antiguo canto profético: «Todos nosotros éramos como ovejas descarriadas; cada uno seguía su camino» (*Is* 53, 6).

3. Así pues, son dos las figuras que se cruzan en el himno de la carta de san Pedro. Ante todo, está él, Cristo, que emprende el arduo camino de la pasión, sin oponerse a la injusticia y a la violencia, sin recriminaciones ni protestas, sino poniéndose a sí mismo y poniendo su dolorosa situación «en manos del que juzga justamente» (*1 P*

2, 23). Un acto de confianza pura y absoluta, que culminará en la cruz con las célebres últimas palabras, pronunciadas a voz en grito como extremo abandono a la obra del Padre: «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu» (*Lc* 23, 46; cf. *Sal* 30, 6).

Por tanto, no se trata de una resignación ciega y pasiva, sino de una valiente confianza, destinada a servir de ejemplo para todos los discípulos que recorrerán la senda oscura de la prueba y la persecución.

4. Cristo se presenta como el Salvador, solidario con nosotros en su «cuerpo» humano. Al nacer de la Virgen María, se hizo nuestro hermano. Por ello, puede estar a nuestro lado, compartir nuestro dolor, cargar con nuestras enfermedades, «con nuestros pecados» (*I P* 2, 24). Pero él es también y siempre el Hijo de Dios, y esta solidaridad suya con nosotros resulta radicalmente transformadora, liberadora, expiatoria y salvífica (cf. *I P* 2, 24).

Y, así, nuestra pobre humanidad, apartada de los caminos desviados y perversos del mal, es conducida de nuevo por las sendas de la «justicia», es decir, del bello proyecto de Dios. La última frase del himno es particularmente conmovedora. Reza así: «Con sus llagas hemos sido curados» (*I P* 2, 25). Manifiesta el alto precio que Cristo ha pagado para conseguirnos la salvación.

5. Para concluir, cedamos la palabra a los Padres de la Iglesia, es decir, a la tradición cristiana que ha meditado y rezado con este himno de san Pedro.

San Ireneo de Lyon, en un pasaje de su tratado *Contra las herejías*, entrelazando una expresión de este himno con otras reminiscencias bíblicas, sintetiza así la figura de Cristo Salvador: «Uno y el mismo es Jesucristo el Hijo de Dios, que por su pasión nos reconcilió con Dios y resucitó de entre los muertos, está sentado a la derecha del Padre, y es perfecto en todas las cosas; es el mismo que, golpeado no devolvía los golpes, «mientras padecía no profirió amenazas» (*I P* 2, 23); el que, víctima de la tiranía, mientras sufría rogaba al Padre que perdonara a aquellos mismos que lo crucificaban (cf. *Lc* 23, 34). Él nos salvó; él mismo es el Verbo de Dios, el Unigénito del Padre, Cristo Jesús nuestro Señor» (III, 16, 9).

CARTA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II A SU SANTIDAD ALEXIS II, PATRIARCA DE MOSCÚ Y DE TODAS LAS RUSIAS

A Su Santidad **ALEXIS II**

Patriarca de Moscú y de todas las Rusias

Después de un largo período de pruebas y sufrimientos, que se han abatido sobre la Iglesia ortodoxa rusa y sobre el pueblo ruso durante el último siglo, el Señor de la historia, que lo dispone todo de acuerdo con su voluntad, nos concede hoy vivir en la alegría y la esperanza común, con motivo del regreso del icono de la Madre de Dios de Kazan a su patria.

Con el gozo y los sentimientos de comunión que me impulsan y que han impulsado a mis predecesores, siempre interesados por el pueblo ruso, me alegra que Su Santidad reciba hoy a la delegación que le he enviado. La delegación, guiada por los cardenales Walter Kasper y Theodore Edgar McCarrick, tiene la misión de entregarle a usted este sagrado icono, tan íntimamente vinculado a la fe y a la historia de los cristianos de Rusia.

Por un insondable designio de la divina Providencia, durante los largos años de su peregrinación, la Madre de Dios, en su sagrado icono conocido como *Kazanskaya*, ha reunido en torno a sí a los fieles ortodoxos y a sus hermanos católicos de otras partes del mundo, que han orado fervientemente por la Iglesia y por el pueblo que ella ha protegido a lo largo de los siglos. Más recientemente, la divina Providencia permitió que el pueblo y la Iglesia en Rusia recuperaran su libertad y se desplomara el muro que separaba la Europa oriental de la occidental. A pesar de la división que lamentablemente aún persiste entre los cristianos, este sagrado icono es como un símbolo de la unidad de los discípulos del Hijo unigénito de Dios, de Aquel hacia quien nos guía a todos.

El Obispo de Roma ha orado ante este sagrado icono, pidiendo que llegue el día en que todos estemos unidos y podamos proclamar al mundo, con una sola voz y en una comunión visible, la salvación de nuestro único Señor y su triunfo sobre todas las fuerzas del mal que atacan nuestra fe y nuestro testimonio de unidad.

Hoy me uno en la oración a usted, querido hermano, al Episcopado de la Iglesia ortodoxa rusa, a los sacerdotes, a los monjes y monjas, y al pueblo de Dios que está en Rusia. A esta oración se unen todos los hijos e hijas de la Iglesia católica en su profunda devoción y veneración hacia la santísima Madre de Dios. Que esta venerable imagen nos guíe a todos en nuestro camino evangélico de seguimiento de Cristo, y proteja al pueblo al que regresa y a toda la humanidad. Que la santísima Madre de Dios dirija su mirada maternal hacia los hombres y las mujeres de nuestro tiempo; que sostenga a los creyentes, para que no se aparten del camino que Dios les ha trazado: el anuncio de Jesucristo, *camino, verdad y vida*, y un testimonio valiente de su fe en la sociedad y en todas las naciones. Hoy oramos con confianza a la santísima Virgen, porque ella implora para nosotros y para todas las naciones el don de la paz.

Con estos sentimientos de caridad, en la alegría por el acontecimiento que celebramos hoy, y con la mirada puesta en la santísima Madre de Dios, intercambio con Su Santidad un beso fraternal en nuestro Señor.

Vaticano, 25 de agosto de 2004

MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II A LOS PARTICIPANTES EN EL XVIII ENCUENTRO INTERNACIONAL DE ORACIÓN POR LA PAZ

Al venerado hermano Cardenal WALTER KASPER, Presidente del Consejo pontificio para la promoción de la unidad de los cristianos

1. Me es particularmente grato enviar mi saludo y la expresión de mi aprecio cordial, a través de usted, amadísimo hermano, a todos los representantes de las Iglesias y comunidades eclesiales y de las grandes religiones mundiales, reunidos en Milán para el XVIII Encuentro, titulado «Religiones y culturas: la valentía de un nuevo humanismo». Es para mí motivo de gran alegría y consuelo ver cómo la peregrinación de paz, que yo mismo inicié en Asís en octubre de 1986, no se ha detenido, sino que prosigue y crece tanto en número de participantes como en frutos.

Asimismo, me alegra saludar a la amada Iglesia ambrosiana que, con su arzobispo, el cardenal Dionigi Tettamanzi, acoge de nuevo generosamente ese providencial Encuentro. Doy las gracias también a la Comunidad de San Egidio, que ha captado la importancia de lo que llamé «espíritu de Asís» y, desde 1986, sigue proponiéndolo con audacia y perseverancia, alimentando el compromiso en un camino tan necesario para nuestro mundo, marcado por profundas incomprensiones y graves conflictos.

2. En 1993, los líderes religiosos, reunidos por primera vez en Milán para el VII encuentro «Hombres y religiones», hicieron un llamamiento al mundo: «Ningún odio, ningún conflicto, ninguna guerra ha de encontrar un incentivo en las religiones. La guerra no puede ser motivada por las religiones. Que las palabras de las religiones sean siempre palabras de paz. Que el camino de la fe abra al diálogo y a la comprensión. Que las religiones guíen a los corazones a pacificar la tierra». En los años pasados, muchas personas han acogido este llamamiento y se han puesto al servicio de la paz y del diálogo en los diversos países del mundo. A menudo el espíritu de diálogo y comprensión ha guiado itinerarios de reconciliación. Por desgracia, han surgido nuevos conflictos, más aún, se ha difundido una mentalidad según la cual el conflicto entre mundos religiosos y civilizaciones es casi una herencia inevitable de la historia.

¡No es así! ¡La paz siempre es posible! Siempre se debe cooperar para erradicar de la cultura y de la vida las semillas de amargura e incomprensión presentes en ellas, así como la voluntad de prevalecer sobre el otro, la arrogancia del interés particular y el desprecio de la identidad ajena. En efecto, en esos sentimientos están los presupuestos de un futuro de violencia y de guerra. ¡El conflicto nunca es inevitable! Y las religiones tienen el deber especial de recordar a todos los hombres y mujeres esta convicción que es, al mismo tiempo, don de Dios y fruto de la experiencia histórica de muchos siglos. Esto es lo que he llamado el «espíritu de Asís». Nuestro mundo necesita este espíritu. Necesita que broten de este espíritu convicciones y comportamientos que consoliden la paz, fortaleciendo las instituciones internacionales y promoviendo la reconciliación. El «espíritu de Asís» estimula a las religiones a dar su contribución a ese nuevo humanismo que tanto necesita el mundo contemporáneo.

3. En particular, el camino que comienza en Asís en 1986 y prosigue con la comprometida participación de numerosos líderes religiosos encuentra alimento y estímulo en el «vínculo intrínseco que existe entre una actitud religiosa auténtica y el gran bien de la paz» (*Discurso conclusivo del Encuentro de Asís*, 27 de octubre de 1986, n. 6: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 2 de noviembre de 1986, p. 11). En Asís, primero en 1986 y luego en 2002, quise subrayar este valioso vínculo, que considero fundamental para el camino entonces iniciado. En efecto, como escribí en el mensaje al encuentro de Lovaina-Bruselas, «la oración que hacemos unidos unos con otros, dejando a un lado las diferencias, expresa un lazo profundo que nos convierte en humildes constructores de paz» (10 de septiembre de 1992: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 18 de septiembre de 1992, p. 2).

El mundo tiene necesidad de paz. Cada día llegan noticias de violencias, atentados terroristas y operaciones militares. ¿Acaso el mundo está abandonando la esperanza de alcanzar la paz? A veces se tiene la impresión de que se está acostumbrando progresivamente al uso de la violencia y al derramamiento de sangre inocente. Ante estos datos preocupantes, acudo a las Escrituras y encuentro allí las palabras consoladoras de Jesús: «La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy como la da el mundo. Que no tiemble vuestro corazón ni se acobarde» (*Jn* 14, 27). Son palabras que encienden la esperanza en los cristianos que creemos en él, «nuestra paz» (*Ef* 2, 14). Sin embargo, quisiera dirigirme a todos para pedir que no cedan a la lógica de la violencia, la venganza y el odio, sino que, por el contrario, perseveren en el diálogo. Es preciso romper la cadena mortal que aprisiona y ensangrienta demasiadas partes del planeta. Los creyentes de todas las religiones pueden hacer mucho a este respecto. La imagen de paz que proviene del Encuentro de Milán alienta a muchos a seguir el camino de la paz.

4. Dentro de algunos días recordaremos aquel terrible 11 de septiembre de 2001, que llevó la muerte al corazón de Estados Unidos. Ya han pasado tres años, y desde

aquel día, por desgracia, el terrorismo parece aumentar sus amenazas de destrucción. No cabe duda de que hacen falta firmeza y decisión al combatir a los agentes de muerte. Sin embargo, al mismo tiempo es necesario hacer todo lo posible por erradicar cuanto pueda favorecer la consolidación de esta situación de terror: en particular, la miseria, la desesperación y el vacío de los corazones. No debemos dejarnos vencer por el miedo que lleva a encerrarse en sí mismos y a reforzar el egoísmo de las personas y de los grupos. Hace falta la valentía de globalizar la solidaridad y la paz. En particular, pienso en África, «continente que parece encarnar el desequilibrio existente entre el Norte y el Sur del planeta» (Mensaje para el XVI Encuentro «Hombres y religiones», Palermo, 29 de agosto de 2002, n. 3: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 13 de septiembre de 2002, p. 4), y una de mis preocupaciones principales es el amado pueblo iraquí, para el cual, cada día, imploro de Dios la paz que los hombres no saben darse.

El Encuentro de Milán muestra la necesidad de emprender con decisión el verdadero camino de la paz, que jamás pasa por la violencia y siempre por el diálogo. Es bien conocido -lo saben en particular los que provienen de los países ensangrentados por conflictos- que la violencia engendra siempre violencia. La guerra abre de par en par las puertas al abismo del mal. Con la guerra todo resulta posible, incluso lo que no tiene lógica alguna. Por eso, la guerra debe considerarse siempre una derrota: una derrota de la razón y de la humanidad. Así pues, ojalá venga pronto un impulso espiritual y cultural que lleve a los hombres a desterrar la guerra. Sí, ¡nunca más la guerra! Estaba convencido de ello en aquel mes de octubre de 1986 en Asís, cuando pedí a los creyentes de todas las religiones que se reunieran para pedir a Dios la paz. Estoy todavía más convencido hoy: mientras se reducen las fuerzas del cuerpo, siento más viva aún la fuerza de la oración.

5. Por eso, es significativo que la Comunidad de San Egidio haya elegido para el Encuentro de este año el título mencionado: «Religiones y culturas: la valentía de un nuevo humanismo». Este mismo modo de encontrarse engendra un humanismo, o sea, un modo nuevo de mirarse unos a otros, de comprenderse, de pensar en el mundo y de trabajar por la paz. En el Encuentro participan personas capaces de estar unas al lado de otras, descubriendo la amistad que hace percibir la elevada dignidad de todo hombre y la riqueza a menudo ínsita en la diversidad.

El diálogo revela la valentía de un nuevo humanismo, porque requiere la confianza en el hombre. No pone jamás a unos contra otros. Su objetivo consiste en eliminar las distancias y limar las asperezas, para hacer madurar la conciencia de que todos son criaturas del único Dios y, por eso, hermanos de una misma humanidad.

Con estas convicciones en el corazón, aseguro mi participación espiritual en el Encuentro e invoco de corazón sobre todos las bendiciones celestiales de Dios omnipotente.

Castelgandolfo, 3 de septiembre de 2004

MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II A LOS PARTICIPANTES EN UN COLOQUIO INTERNACIONAL DE MARIOLOGÍA

*Al venerado hermano Mons. LUCIO SORAVITO DE FRANCESCHI
Obispo de Adria-Rovigo*

1. He sabido con alegría que, del 10 al 12 de septiembre de 2004, se celebrará en Rovigo el XVII Coloquio internacional de mariología, y de corazón envío mi saludo a todos los participantes. En particular, lo saludo a usted, venerado hermano, así como a los miembros de la Asociación mariológica interdisciplinaria italiana y a la Congregación de las Siervas de María Reparadoras, que han promovido y organizado el Coloquio con ocasión del quincuagésimo aniversario de la coronación de la imagen de la Virgen de los Dolores venerada en Rovigo.

El tema elegido -«La mirada de María al mundo contemporáneo»- invita a considerar, por decirlo así, con los ojos de la Virgen santísima las vicisitudes alegres y tristes de nuestro tiempo. Los ojos de María contemplan ante todo a la santísima Trinidad, en el misterio de amor inefable que une indisolublemente a las tres Personas divinas. Al contemplar al Padre, al Verbo y al Espíritu Santo, la Virgen se siente como proyectada hacia la humanidad para cumplir con respecto a cada ser humano la misión materna que le confió su Hijo crucificado (cf. *Jn* 19, 25-27). María vela sobre el mundo, donde sus hijos, orientados hacia la patria celestial, recorren el camino de la fe en medio de numerosos peligros y afanes (cf. *Lumen gentium*, 62).

La Virgen santísima se hace presente, como madre diligente, «en este camino, peregrinación eclesial a través del espacio y del tiempo, y más aún a través de la historia de las almas» (*Redemptoris Mater*, 25). Su mirada materna se fija en todas las situaciones de la Iglesia, de los fieles y de la familia humana entera.

2. Al conmemorar la coronación de la imagen de la Virgen de los Dolores, nos sentimos impulsados naturalmente a meditar de modo especial en la «mirada» que la Virgen, presente en el Calvario, dirige a Cristo crucificado, el cual, desde lo alto de la cruz, la invita a abrir su corazón materno al discípulo amado: «Mujer, ahí tienes a tu hijo» (*Jn* 19, 26). En aquel momento, después de haber compartido la pasión del Unigénito, la Madre de Dios se convierte en Madre de Juan, en Madre de todo el género humano (cf. *Jn* 19, 26-27).

María, con el corazón atravesado por la espada del dolor, nos anima a reavivar la fe en Aquel que nos ha salvado derramando su sangre preciosa por todos los hombres; nos señala a Jesús como el único Salvador profetizado y anunciado desde el nacimiento como «luz de los pueblos y gloria de Israel» (cf. *Lc* 2, 32).

Así pues, podemos decir que la Virgen de los Dolores es, en cierto sentido, «causa de salvación para sí y para todo el género humano» (san Ireneo, *Adversus haereses*, III, 22, 4). Su amor materno nos estimula a abrir el corazón a los sufrimientos de los demás y especialmente de los que buscan respuestas válidas para los profundos interrogantes de la existencia.

3. Venerado hermano, acompaño con la oración los trabajos de ese interesante coloquio, en el que participarán eminentes estudiosos de mariología y numerosos devotos de María. Que la Virgen santísima ayude a cada uno a comprender cómo testimoniar en la vida diaria su fe en Cristo y con cuáles medios trabajar eficazmente con vistas al anuncio del Evangelio, permaneciendo siempre dóciles a las inspiraciones del Espíritu Santo y dispuestos a cumplir la voluntad del Señor.

Con estos sentimientos le imparto de corazón a usted, querido hermano en Cristo, a los organizadores, a los relatores, a las Siervas de María Reparadoras y a todos los presentes en el Coloquio internacional de mariología una especial bendición apostólica.

Castelgandolfo, 8 de septiembre de 2004, fiesta de la Natividad de María

MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II A LAS RELIGIOSAS DEL AMOR DIVINO EN SU TERCER CENTENARIO DE FUNDACIÓN

A la reverenda madre
MATILDE FRAVOLINI
Superiora general
de las Religiosas del Amor Divino

1. Me ha alegrado saber que esa familia religiosa se dispone a celebrar el tercer centenario de su fundación, que tendrá lugar el año próximo. En efecto, el 13 de septiembre de 1705, el cardenal Marco Antonio Barbarigo, obispo de Montefiascone e Corneto (Tarquinia), inició la Congregación del Amor Divino. Esta fue la última iniciativa apostólica importante de un pastor que, desde el inicio de su ministerio episcopal en las dos diócesis del alto Lacio y antes en la isla de Corfú, se había dedicado eficazmente a poner en práctica la reforma eclesial, según las indicaciones del concilio de Trento, tanto con una extensa labor de evangelización y de catequesis a través del Instituto de las Maestras Pías Filippini, como con la institución de un seminario para la preparación cultural y espiritual del clero. Además, mediante las visitas pastorales y la celebración de sínodos diocesanos, el santo prelado llevó a cabo en las parroquias una duradera renovación pastoral, tratando de influir profundamente en la vida religiosa y moral de las poblaciones. Se le recuerda también por su solicitud hacia la condición femenina de entonces y por las actividades de formación religiosa que impulsó para el bien de las muchachas.

2. En el alba del tercer milenio cristiano, mientras juntamente con usted, reverenda madre, y con todas las hermanas doy gracias a Dios por los trescientos años de vida del Instituto, quisiera dirigir a cada religiosa la invitación que Jesús hizo a Pedro: «*Duc in altum!*», «¡Rema mar adentro!» (*Lc 5, 4*).

El carisma que os distingue es actual y os inserta en la espiritualidad de comunión y misión que indiqué a la Iglesia en la carta apostólica *Novo millennio ineunte*, al final del gran jubileo del año 2000. En virtud de la especial consagración a Dios que os caracteriza, queridas Religiosas del Amor Divino, estáis llamadas a ser testigos de la misericordia de Dios en toda situación. En particular, os exhorto a cultivar en vuestras casas el espíritu de acogida, estando atentas a las necesidades de los demás para difundir el buen perfume de la caridad y contribuir a la realización de la «historia divina por amor», a la que solía hacer referencia vuestro fundador.

No dejéis de promover una auténtica espiritualidad de comunión, que se inspire y apoye en el sublime misterio de la santísima Trinidad. De esta Fuente divina tomad

el calor de la caridad que estéis llamadas a transmitir a través de las diversas actividades de animación litúrgica, catequesis, formación en los oratorios juveniles, en las escuelas profesionales y en los laboratorios, asistencia en las casas familiares para mujeres solas con hijos y en los centros de acogida y escucha para personas débiles y marginadas.

3. A la luz de los grandes cambios culturales y sociales que se han producido en la época moderna, resulta precursora la intuición del cardenal Marco Antonio Barbarigo, el cual, hace ya tres siglos, se comprometió en la promoción social de la mujer. Siguiendo sus pasos, vuestro instituto está llamado hoy a ayudar a las mujeres que atraviesan dificultades a redescubrir su dignidad según el proyecto de Dios y su vocación al amor. Reconocer el papel que corresponde a la mujer en la sociedad contribuye a tutelar los valores de la familia, la vida y la paz.

Desde esta perspectiva, quisiera proponer de modo especial a vuestra consideración y a vuestro compromiso la carta apostólica *Mulieris dignitatem*. Las indicaciones contenidas en ella podrán ayudaros a llevar a cabo vuestra misión al servicio de la promoción humana y religiosa del mundo femenino.

María, Madre de la Iglesia, os guíe en este esfuerzo y obtenga para vuestra familia religiosa el don de numerosas y santas vocaciones. A la vez que aseguro un recuerdo especial en la oración con esta intención, le envío de corazón mi bendición apostólica a usted, reverenda madre, y a toda la familia del Instituto del Amor Divino.

Castelgandolfo, 11 de septiembre de 2004

ENTREGA AL SANTO PADRE DE LA «CARTA DE LOS JÓVENES CRISTIANOS DE EUROPA»

Jueves 2 de septiembre de 2004

Carta de los jóvenes cristianos de Europa **DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II**

Queridos jóvenes amigos:

1. Os acojo con gusto y os saludo con gran afecto. Os agradezco de corazón vuestra presencia y este importante signo de comunión. En particular, doy las gracias a la muchacha que ha hablado en nombre de todos.

La «Carta de los jóvenes cristianos de Europa» que habéis venido a entregarme es fruto de la reciente peregrinación juvenil europea a la tumba del apóstol Santiago, en Santiago de Compostela, un significativo punto de convergencia, gracias al cual los pueblos del continente, a lo largo de los siglos, han aprendido a conocerse y aceptarse recíprocamente, contribuyendo así a la formación de Europa.

2. *Ser testigos de Cristo para construir una Europa de la esperanza.* Este es el mensaje que os urge comunicar a vuestros coetáneos y a toda la comunidad europea de hoy. En el corazón lleváis el sueño de una Europa orgullosa de su rico patrimonio cultural y religioso y, al mismo tiempo, atenta a los valores del hombre y de la vida, de la solidaridad y la acogida, de la justicia y la paz.

Vosotros *no os avergonzáis del Evangelio*, y sois conscientes de que la civilización del amor no se construye separando *Evangelio y cultura*, sino buscando entre ellos *síntesis siempre nuevas*.

Queréis recorrer este camino para dar vida a un continente *rico sobre todo en valores*, con buena memoria, para no olvidar los errores del pasado y, más aún, para fortalecer sus raíces espirituales.

3. Para cumplir vuestra misión, se necesitan fidelidad a Cristo y a su Iglesia, coherencia y valentía hasta el heroísmo de la santidad. Es el itinerario que recorrieron los santos y las santas de Europa durante los siglos pasados. Ojalá que su testimonio sea estímulo para cada uno de vosotros, amadísimos jóvenes que me seguís a través de la radio y la televisión.

Vele sobre vosotros la Virgen María, que en la humilde casa de Loreto ha acogido, a lo largo de los siglos, a innumerables peregrinos de todas partes de Europa.

El Papa se une a vuestra oración; y, a la vez que os alienta a dar con franqueza vuestro testimonio de Cristo, os bendice a todos de corazón.

Carta de los jóvenes cristianos de Europa

«Europa, vuelve a encontrarte a ti misma. Sé tú misma»

(Juan Pablo II, Santiago de Compostela, 1982).

«Jóvenes, construid con valentía la Europa de la esperanza, fiel a sus propias raíces, tierra de acogida, solidaridad y paz para todos»

(Juan Pablo II, explanada de Montorso, Loreto 1995).

Nuestro camino

Hemos venido como peregrinos a Santiago de Compostela desde diversos países de Europa. Hemos reflexionado juntos sobre nuestro compromiso de ser *testigos de Cristo para una Europa de la esperanza*. Lo hemos hecho en un lugar que está en las raíces de la identidad europea: junto a la tumba del apóstol Santiago los pueblos se han encontrado y han aprendido a conocerse y a convivir.

Inmediatamente después de la segunda guerra mundial, en 1948, miles de jóvenes de toda Europa se reunieron aquí para soñar juntos en un futuro de paz, unidos por la misma fe. Muchos de sus sueños se han hecho realidad, otros están aún por realizar. Queremos recoger esta herencia, para dar un alma cristiana al proceso de integración europea. Por eso, estamos convencidos de que se debe dar crédito a los jóvenes y permitirles que sean protagonistas del desarrollo del continente, abriéndoles espacios de responsabilidad en la vida política, social, económica y eclesial.

Queremos una Europa acogedora, solidaria, que sea respetuosa, comprensiva y capaz de integración, que trabaje por la paz y la libertad, y sea consciente de su pasado. Pensamos en una Europa fundada en los valores de la generosidad y la entrega, la interioridad y la búsqueda sincera de la verdad.

Creemos en el carácter central de la dignidad de la persona, pedimos que se respete el derecho a la vida, pensamos que el desarrollo de cada persona debe realizarse en el seno de una auténtica familia. Consideramos que esos valores han de ser protegidos de la amenaza del individualismo, del consumismo, del relativismo ético, de la superficialidad...

Los pasos que se deben dar

La Europa del mañana deberá afrontar numerosos desafíos. Como jóvenes cristianos, nos sentimos interpelados en particular por algunos de ellos.

Movilidad y diálogo intercultural

Vivimos en un mundo cada vez más pequeño, en el que nos desplazamos velozmente, intercambiándonos cultura y formación con lenguajes nuevos y originales. Muchos jóvenes se desplazan por motivos de estudio o trabajo; otros, por turismo; otros porque buscan una «tierra prometida». Queremos que eso no sea ocasión de desorientación o conflicto, sino que les dé la posibilidad de volverse a encontrar a sí mismos en la confrontación con los demás.

Creemos que es necesario construir una cultura «europea», para poder colaborar entre las naciones del continente y dialogar con las culturas del este y del sur del mundo.

Nos comprometemos a acoger a toda persona, a valorar las ocasiones de contacto entre los pueblos que ya tenemos, y a crear nuevas redes de relaciones que ayuden a superar las barreras culturales, desarrollando la comprensión mutua a través de los lenguajes del arte, la música, el deporte, la religión...

Educación, formación y ocupación

Existen experiencias consolidadas y positivas de intercambio entre estudiantes, que permiten vislumbrar un futuro sistema de formación continental. Reconocemos también la tendencia a una mayor movilidad de los jóvenes trabajadores a escala europea. Deseamos un mercado común de ideas libres y accesibles, en un sistema educativo escolar capaz de ayudar a la persona a crecer integralmente, en las dimensiones humana, cultural, social y espiritual, y capaz de acompañar a los jóvenes en las nuevas modalidades de acceso al trabajo.

Nos comprometemos a promover una cultura de los valores humanos y cristianos, a aumentar la conciencia europea en los ambientes formativos, y a ser educadores para las futuras generaciones.

Familia

En la experiencia de muchos jóvenes, la familia desempeña un papel fundamental como núcleo de estabilidad y escuela de valores para el crecimiento de la persona. En cambio, otros viven -a menudo con sufrimiento- la inestabilidad de los vínculos afectivos. Deseamos una Europa en la que los hijos puedan crecer en un ambiente sereno, seguro y promovido por adecuadas políticas familiares, particularmente atentas a las parejas de matrimonios jóvenes.

Como ciudadanos, nos comprometemos a defender a la familia fundada en el matrimonio; como hijos, nos comprometemos a vivirla como lugar de convivencia respetuosa entre las generaciones; como jóvenes, nos comprometemos a educarnos para la entrega mutua y para construir vínculos fundados en la responsabilidad con respecto a los demás y a la comunidad en que vivimos.

Ciudadanía y participación

La Unión europea ha sido fruto de un fecundo trabajo político, que ha permitido la armonización de sistemas jurídico-económicos entre países muy diversos. Deseamos que se promueva cada vez más la participación efectiva de todos los ciudadanos europeos y, en particular, de los jóvenes.

Nos comprometemos a superar un planteamiento individualista en lo que atañe a los derechos del hombre, a reconocer, desarrollar y valorar la presencia de las personas dentro de las realidades intermedias de participación social (familias, asociaciones, comunidades religiosas, organizaciones...), que son lugares en los que la democracia se experimenta y madura.

Paz y desarrollo

La voluntad de paz, que ha hecho surgir la Unión europea, sigue siendo su vocación. Los jóvenes europeos sabemos que nuestras opciones influyen en el presente y en el futuro del resto de los habitantes del mundo. Queremos que la persona y su dignidad estén siempre en el centro de los procesos de desarrollo social, económico, cultural y ambiental, en una Europa que promueva la paz y la justicia en el escenario mundial.

Nos comprometemos a asumir estilos de vida sostenibles, y a aprender a gestionar sin violencia los conflictos. Nos comprometemos a valorar las experiencias de voluntariado y cooperación internacional que pueden contribuir a la formación de los nuevos ciudadanos europeos.

Información

Los jóvenes europeos contamos cada vez con más posibilidades y con numerosos instrumentos de acceso a la información. Sin embargo, existen algunos problemas, desde la falta de una información europea, hasta la escasa tutela de la libertad y de la verdad, en nombre de intereses económicos, políticos o nacionalistas. Deseamos una información transparente en los medios de comunicación social y en las relaciones entre instituciones públicas y ciudadanos, que nos ayude a sentirnos europeos.

Nos comprometemos a educarnos en el uso de los medios de comunicación, a crear los espacios necesarios para el análisis crítico de las informaciones que recibimos y favorecer el acceso a todo lo que permita un mayor conocimiento de la realidad de los demás países del continente.

Los compañeros de viaje

Ante la grandeza de estas perspectivas, sentimos la necesidad de solicitar la compañía de nuestros coetáneos y de las personas de buena voluntad, a las que hacemos una propuesta.

A los demás jóvenes cristianos

¡Sentíos felices de ser cristianos! Como el apóstol Santiago, sed testigos de Cristo con obras y palabras, viviendo con alegría en la Iglesia, y ayudándole a caminar al paso de los tiempos.

Preparaos seriamente, con la oración, el estudio y el compromiso personal a ser una presencia significativa en el barrio, en la parroquia, en las asociaciones, en el mundo del trabajo... Sin miedos ni complejos, sed «jóvenes en la Iglesia, cristianos en el mundo».

A todos los demás jóvenes

Juntos, sin prejuicios, podemos realizar una «revolución pacífica» para construir una Europa más democrática, más justa y que sea expresión de la sociedad civil.

Os proponemos poner a la persona en el centro de todos vuestros proyectos, apostando y creyendo en su pleno desarrollo.

Os ofrecemos a Cristo como referencia y modelo de vida, capaz de dar sentido a la existencia y saciar la sed de felicidad.

A los adultos

¡No tengáis miedo de ser adultos! Necesitamos personas que nos acompañen y sean modelos de vida.

Queremos entablar un diálogo para compartir experiencias y deseos, para colaborar juntos, conscientes de que seremos nosotros quienes llevaremos adelante la construcción de Europa.

Os pedimos que confiéis en los jóvenes y nos sostengáis, dejándoos estimular por nuestra juventud.

Sabemos que los demás continentes miran a Europa y a sus jóvenes, esperando una respuesta valiente a los desafíos que plantea el tercer milenio a la humanidad. Sentimos que, con la ayuda de Dios, lograremos construir la Europa de la esperanza, respondiendo a la llamada de Cristo con el mismo entusiasmo del apóstol Santiago: «¡Podemos!».

Monte del Gozo, 7 de agosto de 2004

DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II A LOS PEREGRINOS QUE HABÍAN PARTICIPADO EN LA BEATIFICACIÓN DE PERE TARRÉS I CLARET

Martes 7 de septiembre de 2004

Saludo con afecto al Señor Cardenal Ricardo María Carles, a los Arzobispos y Obispos de Cataluña que, acompañados de tantos peregrinos, han participado en la beatificación del médico y sacerdote Pere Tarrés i Claret, dos vocaciones inseparables en él.

La vida del nuevo Beato, llena de una profunda devoción a la Madre de Dios, estaba centrada en Jesús, al cual se entregó totalmente como apóstol de la juventud, especialmente en la *Federació de Joves Cristians de Catalunya* y en la *Acció Catòlica*.

Pere Tarrés sigue siendo ejemplo para los médicos, porque amaba al enfermo como persona, ayudándolo a curar o soportar el dolor. Asimismo, como hombre de corazón indiviso y por su entrega incansable a los fieles y a los diversos apostolados que le fueron confiados, es también modelo para los sacerdotes de hoy.

El Beato Tarrés nunca perdió el amor al sacrificio, siendo por ello un luminoso ejemplo para cuantos, aun en medio de muchas dificultades, consagran su vida a la causa del Reino de Dios a través de un servicio generoso a los hermanos más necesitados.

Al encomendaros a todos a la intercesión del nuevo Beato, os imparto de corazón la Bendición Apostólica.

DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II A LOS OBISPOS QUE PARTICIPABAN EN UN ENCUENTRO DE FORMACIÓN

Jueves 16 de septiembre de 2004

Señor cardenal;
queridos hermanos en el episcopado:

1. Os saludo a vosotros, que participáis en el encuentro de formación organizado por la Congregación para la evangelización de los pueblos, con el fin de ayudaros en la tarea que habéis recibido para el servicio de las Iglesias de los países de misión. Agradezco al cardenal Crescenzo Sepe, prefecto del dicasterio, las amables palabras que acaba de dirigirme en vuestro nombre, y doy las gracias a todos los que han preparado y animan esta sesión.

2. Me alegro de la vitalidad de vuestras Iglesias. En todas las culturas, están llamadas a manifestar la comunión de la única Iglesia de Cristo, con fidelidad al Magisterio. Vuestra primera preocupación consiste en *ser guardianes celosos de la integridad de la fe y de la unidad de la Iglesia*. Llamados a seguir a Cristo, esforzaos por acrecentar siempre la comunión con el Romano Pontífice y con los demás obispos, especialmente en el seno de la misma Conferencia episcopal y de la misma provincia eclesiástica (cf. Pastores gregis, 22).

3. *Sed modelos para el pueblo cristiano*, sacando de un itinerario espiritual, de una intensa vida sacramental y de la formación permanente la fuerza para ser servidores del Evangelio. En la exhortación apostólica postsinodal Pastores gregis señalé que el ministerio de santificación de los obispos está ordenado a la santidad del pueblo de Dios, y añadí: «En su ministerio, (el obispo) *debe promover incansablemente una auténtica pastoral y pedagogía de la santidad*» (n. 41).

Para guiar al pueblo de los creyentes hacia la verdadera santidad y manifestar la esperanza cristiana, cada uno de vosotros ha de hacer suya la perspectiva de san Pablo: «Predicar el Evangelio no es para mí ningún motivo de gloria; es, más bien, un deber que me incumbe. Y ¡ay de mí si no predicara el Evangelio!» (1 Co 9, 16).

4. Queridos hermanos en el episcopado, dentro de algunos días volveréis a vuestras comunidades, con mucha frecuencia probadas. Aseguradles la oración del Papa por sus intenciones y su cercanía afectuosa. Decid a los sacerdotes que la Iglesia cuenta con ellos para que sean testigos con la palabra y con toda su vida. La Virgen María, Reina de las misiones, os ayude en el servicio que se os ha confiado. A todos vosotros, a vuestras diócesis así como a los organizadores de esta sesión de formación, imparto de buen grado una particular bendición apostólica.

DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II A LOS OBISPOS NOMBRADOS EN EL ÚLTIMO AÑO QUE PARTICIPABAN EN UN CURSO DE ACTUALIZACIÓN

Viernes 17 de septiembre de 2004

Señores cardenales;
venerados hermanos en el episcopado:

1. Con gran afecto os acojo y os saludo a todos vosotros, que participáis en el encuentro de actualización organizado por las Congregaciones para los obispos y para las Iglesias orientales.

Saludo a los prefectos de ambos dicasterios, los señores cardenales Giovanni Battista Re y Moussa Daoud, que han reunido oportunamente a pastores de las dos grandes tradiciones de la Iglesia universal, la occidental y la oriental.

A la vez que agradezco al cardenal Re las cordiales expresiones con las que ha interpretado los sentimientos comunes, deseo congratularme con vosotros, queridos y venerados hermanos, que habéis aceptado la invitación a vivir estos días de intensa fraternidad episcopal. Este tipo de iniciativas favorecen la comunicación y la comunión entre las Iglesias y la solicitud concorde del cuerpo episcopal con respecto a la grey del Señor, a cuyo servicio está todo obispo.

2. En efecto, con la consagración, el obispo se convierte de modo pleno en *maestro, sacerdote y guía* de la comunidad cristiana. Por tanto, en el centro de su ministerio debe estar siempre Cristo, el divino Maestro, presente tanto mediante la palabra de la Escritura como mediante el sacramento de la Eucaristía.

En la exhortación apostólica *Pastores gregis* recordé que la Eucaristía ocupa el centro del «*munus sanctificandi*» del obispo (cf. n. 37). Deseo vivamente que el *Año de la Eucaristía*, que se iniciará el próximo 17 de octubre con la clausura del Congreso eucarístico internacional, constituya una ocasión providencial para profundizar más en la importancia central del sacramento eucarístico en la vida y en la actividad de las Iglesias particulares. En torno al altar se fortalecen los vínculos de la caridad fraterna y se reaviva en todos los creyentes su conciencia de que pertenecen al único pueblo de Dios, cuyos pastores son los obispos.

3. Como obispos tenéis la misión de velar por la celebración de los sacramentos y por el culto en general. Tutelad las expectativas de los fieles de tener una celebración digna, en la que nada se deje a la improvisación o al azar. En efecto, la liturgia es la gran escuela de la vida cristiana, donde se adora, se ama, se conoce al Señor y se fortalece la voluntad de seguir al Maestro y el propósito de dar un testimonio coherente.

Por otra parte, sois conscientes de que el ministerio de santificación requiere el testimonio de una vida santa. El Espíritu de Dios, que os ha santificado por la consagración episcopal, espera vuestra generosa respuesta diaria. Vuestra santidad no es sólo un hecho personal, sino que redunda siempre en beneficio de los fieles (cf. *Pastores gregis*, 11), confiriendo la autoridad moral que da eficacia al ejercicio del ministerio. El testimonio de nuestra vida debe ser la confirmación de lo que enseñamos.

4. Amadísimos hermanos en el episcopado, os exhorto a alimentar en el altar la llama del amor a Cristo, corroborando cada día, al calor de ella, vuestra voluntad de entregaros a Dios y a la Iglesia.

María, «Mujer eucarística», y la multitud de los apóstoles y de los obispos santos sostengan vuestros pasos y vuestro ministerio con su intercesión.

Con estos sentimientos, os imparto mi bendición, que extendiendo de buen grado a las comunidades confiadas a vuestra solicitud pastoral.

SOLEMNE CEREMONIA DE BEATIFICACIÓN DE TRES SIERVOS DE DIOS

HOMILÍA DE SU SANTIDAD JUAN PABLO II

Loreto, domingo 5 de septiembre de 2004

1. «¿Qué hombre conoce el designio de Dios?» (*Sb* 9, 13). Esta pregunta, formulada por el libro de la Sabiduría, tiene una respuesta: *sólo el Hijo de Dios*, que se hizo hombre por nuestra salvación en el seno virginal de María, *puede revelarnos el designio de Dios*. Sólo Jesucristo sabe *cuál es el camino* para «adquirir un corazón sensato» (*Salmo responsorial*) y obtener paz y salvación.

Y ¿cuál es este camino? Nos lo ha dicho él en el evangelio de hoy: *es el camino de la cruz*. Sus palabras son claras: «Quien no lleva su cruz detrás de mí, no puede ser discípulo mío» (*Lc* 14, 27).

«Llevar la cruz *detrás de Jesús*» significa estar dispuestos a cualquier sacrificio por amor a él.

Significa no poner nada ni a nadie antes que él, ni siquiera a las personas más queridas, ni siquiera la propia vida.

2. Amadísimos hermanos y hermanas, que os habéis dado cita en esta «espléndida explanada de Montorso», como la ha llamado el arzobispo monseñor Comastri, al que agradezco de corazón las cordiales palabras que me ha dirigido. Saludo, asimismo, a los cardenales, a los arzobispos y a los obispos presentes; saludo a los sacerdotes, a los religiosos, a las religiosas y a las personas consagradas; y, sobre todo, os saludo a vosotros, jóvenes miembros de la Acción católica, que, guiados por el consiliario general, monseñor Francesco Lambiasi, y por la presidenta nacional, doctora Paola Bignardi, a la que agradezco su afectuoso saludo, habéis querido reuniros aquí, bajo la mirada de la Virgen de Loreto, para renovar vuestro compromiso de *adhesión fiel a Jesucristo*.

Vosotros sabéis que adherirse a Cristo es *una opción exigente*. Jesús no habla de «cruz» por casualidad. Sin embargo, precisa inmediatamente: «detrás de mí». Esta es la gran verdad: *no estamos solos al llevar la cruz*. Delante de nosotros camina él, abriéndonos paso con la luz de su ejemplo y con la fuerza de su amor.

3. La cruz aceptada por amor *genera libertad*. Lo experimentó el apóstol san Pablo, «anciano y prisionero por Cristo Jesús», como se define a sí mismo en la carta a Filemón, pero en su interior *plenamente libre*. Esta es precisamente la impresión que produce la página recién proclamada: san Pablo se encuentra encadenado, pero su corazón está libre, porque habita en él el amor de Cristo. Por eso, desde la oscuridad de la prisión en la que sufre por su Señor puede hablar de libertad a un amigo que está fuera de la cárcel. Filemón es un cristiano de Colosas: a él se dirige

san Pablo para pedirle que libere a Onésimo, todavía *esclavo* según el derecho de la época, pero ya *hermano* por el bautismo. Al renunciar al otro como *su posesión*, Filemón recibirá *como don* un hermano.

La lección que se desprende de toda esta historia es clara: no existe *amor más grande* que el de la cruz; no hay *libertad más verdadera* que la del amor; no existe *fraternidad más plena* que la que nace de la cruz de Jesús.

4. De la cruz de Jesús fueron humildes discípulos y testigos heroicos los *tres beatos* recién proclamados.

Pedro Tarrés i Claret, primero médico y después sacerdote, se dedicó al apostolado laical entre los jóvenes de la Acción católica de Barcelona, de los cuales, después, fue consiliario. En el ejercicio de la profesión médica se entregó con especial solicitud *a los enfermos más pobres*, convencido de que «el enfermo es símbolo de Cristo sufriente».

Ordenado sacerdote, se consagró con generosa intrepidez a las tareas del ministerio, permaneciendo fiel al compromiso asumido en vísperas de la ordenación: «Un solo propósito, Señor: sacerdote santo, cueste lo que cueste». Aceptó con fe y heroica paciencia una *grave enfermedad*, que lo llevó a la muerte con sólo 45 años. A pesar del sufrimiento repetía frecuentemente: «¡Cuán bueno es el Señor conmigo! Y yo soy verdaderamente feliz».

5. Alberto Marvelli, joven fuerte y libre, hijo generoso de la Iglesia de Rímini y de la Acción católica, concibió toda su breve vida de sólo 28 años como *un don de amor a Jesús por el bien de sus hermanos*. «Jesús me ha envuelto con su gracia», escribió en su diario; «sólo lo veo a él, sólo pienso en él». Alberto había hecho de la *Eucaristía* diaria el centro de su vida. En la *oración* buscaba inspiración también para el compromiso político, convencido de la necesidad de *vivir plenamente como hijos de Dios en la historia*, para transformarla en historia de salvación.

En el difícil período de la segunda guerra mundial, que sembraba muerte y producía violencias y sufrimientos atroces, el beato Alberto alimentó una *intensa vida espiritual*, de la que brotaba el amor a Jesús que lo llevaba a olvidarse constantemente de sí mismo para *cargar con la cruz de los pobres*.

6. También la beata Pina Suriano -natural de Partinico, en la diócesis de Monreale- *amó a Jesús con un amor ardiente y fiel*, hasta el punto de que escribió con toda sinceridad: «No hago otra cosa que vivir de Jesús». A Jesús le hablaba con corazón de esposa: «Jesús, hazme cada vez más tuya. Jesús, quiero vivir y morir contigo y por ti».

Se adhirió desde su adolescencia a la Juventud femenina de la Acción católica, de la que después fue dirigente parroquial, encontrando en la Asociación importantes estímulos de crecimiento humano y cultural en *un clima de intensa amistad fraterna*. Maduró gradualmente una sencilla y firme voluntad de entregar a Dios como ofrenda

de amor su joven vida, en particular para la santificación y la perseverancia de los sacerdotes.

7. Queridos hermanos y hermanas, amigos de la Acción católica, que habéis venido a Loreto de Italia, de España y de tantas partes del mundo, hoy el Señor, a través del acontecimiento de la beatificación de estos tres siervos de Dios, os dice: *el mayor don que podéis hacer a la Iglesia y al mundo es la santidad.*

Preocupaos por lo que interesa a la Iglesia: que muchos hombres y mujeres de nuestro tiempo sean conquistados por la *fascinación de Cristo*; que su Evangelio vuelva a brillar como *luz de esperanza* para los pobres, los enfermos y los que tienen hambre de justicia; que las comunidades cristianas sean *cada vez más vivas, abiertas y atractivas*; que nuestras ciudades sean *acogedoras y habitables* para todos; que la humanidad siga a Cristo por los caminos de la *paz* y la *fraternidad*.

8. A los laicos os corresponde testimoniar la fe mediante *las virtudes que son específicas de vosotros*: la fidelidad y la ternura en la familia, la competencia en el trabajo, la tenacidad al servir al bien común, la solidaridad en las relaciones sociales, la creatividad al emprender obras útiles para la evangelización y la promoción humana. A vosotros os corresponde también mostrar -en íntima comunión con los pastores- que *el Evangelio es actual*, y que la fe no aleja al creyente de la historia, sino que lo sumerge más a fondo en ella.

¡Ánimo, Acción católica! Que el Señor guíe tu camino de renovación.

La Inmaculada Virgen de Loreto te acompaña con tierna solicitud; la Iglesia te mira con confianza; el Papa te saluda, te sostiene y te bendice de corazón.

Acción católica italiana, ¡gracias!

CELEBRACIÓN DE LA PALABRA PARA LA VENERACIÓN Y LA ENTREGA DEL ICONO DE LA MADRE DE DIOS DE KAZAN

HOMILÍA

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. Como anuncié el domingo pasado, nuestro tradicional encuentro semanal asume hoy una fisonomía particular. En efecto, nos hallamos reunidos en oración ante el *venerado icono de la Madre de Dios de Kazan*, que está a punto de emprender el viaje de regreso a Rusia, de donde partió un día lejano.

Después de atravesar diversos países y de detenerse durante largo tiempo en el santuario de Fátima, en Portugal, hace más de diez años llegó providencialmente a la casa del Papa. Desde entonces ha estado conmigo y ha acompañado con mirada maternal mi servicio diario a la Iglesia.

¡Cuántas veces, desde aquel día, he invocado a la Madre de Dios de Kazan, pidiéndole que proteja y guíe *al pueblo ruso, que le tiene tanta devoción*, y que apresure el momento en que todos los discípulos de su Hijo, reconociéndose hermanos, restablezcan plenamente la unidad rota!

2. Desde el inicio, deseaba que este santo icono *volviera a la tierra de Rusia*, donde -según acreditados testimonios históricos- durante muchísimos años fue objeto de profunda veneración por parte de enteras generaciones de fieles. En torno al icono de la Madre de Dios de Kazan *se ha desarrollado la historia de ese gran pueblo*.

Rusia es una nación cristiana desde hace muchos siglos; es la *Santa Rus'*. Incluso cuando fuerzas enemigas se encarnizaron contra la Iglesia e intentaron borrar de la vida de los hombres el santo nombre de Dios, ese pueblo permaneció profundamente cristiano, *testimoniando en muchos casos con la sangre* su fidelidad al Evangelio y a los valores que inspira.

Por eso, juntamente con vosotros, doy gracias con particular emoción a la divina Providencia, que me concede hoy enviar al venerado patriarca de Moscú y de todas las Rusias el don de este santo icono.

3. Esta antigua imagen de la Madre del Señor expresará a Su Santidad Alexis II y al venerado Sínodo de la Iglesia ortodoxa rusa el afecto que el Sucesor de Pedro siente por ellos y por todos los fieles que les han sido encomendados. Expresará su estima por la gran tradición espiritual que conserva la santa Iglesia rusa. Expresará el deseo y el firme propósito del Papa de Roma de avanzar juntamente con ellos por el camino del conocimiento mutuo y de la reconciliación, para apresurar el día de la plena unidad de los creyentes por la que nuestro Señor Jesucristo oró ardientemente (cf. *Jn 17, 20-22*).

Amadísimos hermanos y hermanas, invocad junto conmigo la intercesión de la santísima Virgen María, mientras entrego su icono a la delegación que, en mi nombre, la llevará a Moscú.

Oración del Santo Padre

¡Bendita seas, oh gloriosa Madre de Jesús, que «precedes al pueblo de Dios por los caminos de la fe, del amor y de la unión con Cristo»! (cf. *Lumen gentium*, 63). Te llaman bienaventurada todas las generaciones, porque «el Poderoso ha hecho obras grandes en ti y su nombre es santo» (cf. *Lc* 1, 48-49).

Bendita y alabada seas, ¡oh Madre!, en tu icono de Kazan, en el que desde siglos estás rodeada por la veneración y el amor de los fieles ortodoxos, habiéndote convertido en protectora y testigo de las singulares obras de Dios en la historia del pueblo ruso, al que todos nosotros apreciamos mucho.

La Providencia divina, que tiene el poder de vencer el mal y sacar el bien incluso de las maldades de los hombres, ha hecho que tu santo icono, desaparecido en tiempos lejanos, apareciese de nuevo en el santuario de Fátima, en Portugal. Posteriormente, por voluntad de personas devotas tuyas, fue traído a la casa del Sucesor de Pedro.

Madre del pueblo ortodoxo, la presencia en Roma de tu santa imagen de Kazan nos habla de una unidad profunda entre Oriente y Occidente, que perdura en el tiempo a pesar de las divisiones históricas y de los errores de los hombres. Con especial intensidad elevamos ahora nuestra plegaria a ti, ¡oh Virgen!, al mismo tiempo que nos despedimos de esta conmovedora imagen tuya. Te acompañaremos con el corazón a lo largo del camino que te conducirá de nuevo a la santa Rusia. Acoge la alabanza y el honor que te tributa el pueblo de Dios que está en Roma.

¡Oh bendita entre todas las mujeres!, al venerar tu icono en esta ciudad sellada con la sangre de los Apóstoles san Pedro y san Pablo, el Obispo de Roma se une espiritualmente a su hermano en el ministerio episcopal, que preside como Patriarca la Iglesia ortodoxa rusa. Y te ruega, Madre Santa, que intercedas a fin de que se apresure el tiempo de la plena unidad entre Oriente y Occidente, de la plena comunión entre todos los cristianos.

¡Oh Virgen gloriosa y bendita, Señora, Abogada y Consoladora nuestra, reconcílianos con tu Hijo, encomiéndanos a tu Hijo, preséntanos a tu Hijo! Amén.

* * * * *

Palabras del Santo Padre al cardenal Walter Kasper, presidente del Consejo pontificio para la promoción de la unidad de los cristianos y jefe de la delegación de la Santa Sede que entregará el icono al Patriarca Alexis II

Queridísimo hermano:

Te encomiendo el santo icono de la Madre de Dios de Kazan. Entrégalo en las manos de nuestro hermano el Patriarca Alexis II y a través de él a la santa Iglesia ortodoxa rusa y a todo el pueblo ruso. ¡Oh ferviente Abogada, Madre de Dios de Kazan, regresa a los hermanos y hermanas de la santa Rusia, mensajera de comunión y de paz, de bendiciones celestes y de prosperidad! Amén

PEREGRINACIÓN APOSTÓLICA DE SU SANTIDAD JUAN PABLO II A LOURDES

ALOCUCIÓN DEL PAPA JUAN PABLO II A LOS ENFERMOS

Sábado 14 de agosto de 2004

Al llegar a la gruta de Massabielle, deseo dirigir mi primer saludo a los enfermos, que vienen en número cada vez mayor a este santuario, así como a quienes los acompañan, a quienes los asisten y a sus familias.

Estoy con vosotros, queridos hermanos y hermanas, como peregrino ante la Virgen. Hago mías vuestras oraciones y vuestras esperanzas. Comparto con vosotros un tiempo de la vida marcado por el sufrimiento físico, pero no por esto menos fecundo en el admirable plan de Dios. Juntamente con vosotros pido por los que se han encomendado a nuestra oración.

Para mi ministerio apostólico, siempre he tenido gran confianza en la ofrenda, en la oración y en el sacrificio de los que sufren. Os pido que os unáis a mí, durante esta peregrinación, para presentar a Dios, por intercesión de la Virgen María, todas las intenciones de la Iglesia y del mundo.

Queridos hermanos y hermanas enfermos, quisiera abrazaros con afecto a cada uno y deciros que me siento muy cercano y solidario con vosotros. Lo hago espiritualmente, encomendándoos al amor maternal de la Madre del Señor, y pidiéndole que os obtenga las bendiciones y las consolaciones de su Hijo Jesús.

ALOCUCIÓN DEL PAPA JUAN PABLO II AL INICIO DEL ROSARIO EN LA GRUTA DE LOURDES

Sábado 14 de agosto de 2004

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. Al arrodillarme aquí, en la gruta de Massabielle, siento con emoción que he llegado a *la meta de mi peregrinación*. Esta gruta, donde se apareció la Virgen María, es el corazón de Lourdes. Hace pensar en la cueva del monte Horeb, donde Elías se encontró con el Señor, que le habló en el «susurro de una brisa suave» (1 R 19, 12).

Aquí la Virgen invitó a Bernardita a rezar el rosario, desgranando ella misma las cuentas. Así, esta gruta se ha convertido en *la cátedra de una sorprendente escuela de oración*, en la que María enseña a todos a contemplar con ardiente amor el rostro de Cristo.

Por eso, Lourdes es el lugar donde oran de rodillas los creyentes de Francia y de muchas otras naciones de Europa y del mundo entero.

2. Esta tarde, también nosotros, peregrinos en Lourdes, queremos recorrer de nuevo, orando juntamente con la Virgen, los «misterios» en los que Jesús se manifiesta «como luz del mundo». Recordemos su promesa: «El que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida» (*Jn 8, 12*).

Queremos aprender de la humilde esclava del Señor *la disponibilidad dócil a la escucha* y el esfuerzo generoso por acoger en nuestra vida la enseñanza de Cristo.

En particular, meditando en la participación de la Madre del Señor en la misión redentora de su Hijo, os invito a orar por *las vocaciones al sacerdocio y a la virginidad por el reino de Dios*, a fin de que los que han sido llamados respondan con disponibilidad y perseverancia.

3. Contemplando a la santísima Virgen María, digamos con Bernardita: «Mi buena Madre, ten misericordia de mí; me entrego totalmente a ti, para que me des a tu Hijo querido, al que quiero amar con todo mi corazón. Mi buena Madre, dame un corazón que arda completamente por Jesús».

ORACIÓN AL FINAL DEL SANTO ROSARIO

¡Dios te salve, María, mujer pobre y humilde bendecida por el Altísimo!

Virgen de la esperanza, profecía de los tiempos nuevos,

nos asociamos a tu cántico de alabanza para celebrar las misericordias del Señor, para anunciar la venida del Reino y la liberación total del hombre.

¡Dios te salve, María, humilde esclava del Señor, gloriosa Madre de Cristo!

Virgen fiel, morada santa del Verbo, enséñanos a perseverar en la escucha de la Palabra, y a ser dóciles a la voz del Espíritu, atentos a sus sugerencias en la intimidad de nuestra conciencia y a sus manifestaciones en los acontecimientos de la historia.

¡Dios te salve, María, mujer de dolor, Madre de los vivientes!

Virgen esposa al pie de la cruz, nueva Eva, sé nuestra guía por las sendas del mundo;

enséñanos a vivir y a difundir el amor de Cristo; enséñanos a estar contigo al pie de las innumerables cruces en las que tu Hijo se encuentra aún crucificado.

¡Dios te salve, María, mujer de fe, la primera de los discípulos!

Virgen, Madre de la Iglesia, ayúdanos a dar siempre razón de nuestra esperanza, confiando en la bondad del hombre y en el amor del Padre.

Enséñanos a construir el mundo desde dentro: en la profundidad del silencio y de la oración, en la alegría del amor fraterno, en la fecundidad insustituible de la cruz.

Santa María, Madre de los creyentes, Nuestra Señora de Lourdes, ruega por nosotros. Amén.

ALOCUCIÓN DEL PAPA JUAN PABLO II AL INICIO DE LA PROCESIÓN DE ANTORCHAS

Sábado 14 de agosto de 2004

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. Al aparecerse a Bernardita en la gruta de Massabielle, la Virgen María entabló *un diálogo entre el cielo y la tierra*, que se ha prolongado a lo largo del tiempo y que dura aún. María pidió a la joven que se viniera aquí *en procesión*, como para significar que este diálogo no podía limitarse a las palabras, sino que debía traducirse en *un caminar con ella en la peregrinación de la fe, la esperanza y el amor*.

Desde hace más de un siglo, en Lourdes el pueblo cristiano responde fielmente a esa invitación materna poniéndose cada día en camino en pos de Cristo Eucaristía y realizando por la tarde una procesión con antorchas entre cantos y oraciones en honor de la Madre del Señor.

Este año, también el Papa se une a vosotros en este acto de devoción y amor a la Virgen santísima, la mujer gloriosa del Apocalipsis, con una corona de doce estrellas sobre su cabeza (cf. *Ap 12, 1*). Llevando en las manos *la antorcha encendida*, recordamos y profesamos nuestra fe en Cristo resucitado. *De él toda nuestra vida recibe luz y esperanza*.

2. Queridos hermanos y hermanas, os encomiendo una intención particular para la oración de esta tarde: invocad conmigo a la Virgen María a fin de que obtenga al mundo *el don tan anhelado de la paz*.

Que broten en nosotros sentimientos de perdón y fraternidad. Que se depongan las armas y se apaguen en nuestros corazones el odio y la violencia.

Que todo hombre vea en el otro *no un enemigo* al que es preciso combatir, *sino un hermano* al que hay que acoger y amar, para construir juntos un mundo mejor.

3. Invoquemos todos a la Reina de la paz y renovemos nuestro compromiso al servicio de la reconciliación, del diálogo y de la solidaridad. Así mereceremos la bienaventuranza que el Señor ha prometido a «los que trabajan por la paz» (*Mt 5, 9*).

Os acompaño con mi oración y mi bendición.

¡Que Dios os bendiga!

HOMILÍA

Solemnidad de la Asunción de la Virgen María

Domingo 15 de agosto de 2004

1. «Yo soy la Inmaculada Concepción». Las palabras que María dirigió a Bernardita el 25 de marzo de 1858 resuenan con intensidad muy particular en este año, en el que la Iglesia celebra el 150° aniversario de la definición solemne del dogma proclamado por el beato Papa Pío IX en la constitución apostólica *Ineffabilis Deus*.

Deseaba vivamente realizar esta peregrinación a Lourdes, para recordar un acontecimiento que sigue *dando gloria a la Trinidad una e indivisa*. La concepción inmaculada de María es el signo del amor gratuito del *Padre*, la expresión perfecta de la redención llevada a cabo por el *Hijo* y el inicio de una vida totalmente disponible a la acción del *Espíritu*.

2. Bajo la mirada materna de la Virgen, os saludo cordialmente, queridos hermanos y hermanas que os habéis dado cita delante de la gruta de Massabielle para cantar las alabanzas de Aquella a quien todas las generaciones llaman bienaventurada (cf. *Lc* 1, 48).

Saludo ante todo a los cardenales, a los obispos y a los sacerdotes. Gracias por vuestra presencia.

Saludo a los peregrinos franceses y a sus obispos, en particular al presidente de la Conferencia episcopal y a monseñor Jacques Perrier, obispo de Tarbes y Lourdes, a quien agradezco las cordiales palabras que me ha dirigido al inicio de esta celebración.

Saludo también al metropolitano Emmanuel, presidente de la Asamblea de obispos ortodoxos de Francia.

Saludo al señor ministro del Interior, que representa aquí al Gobierno francés, así como a las demás autoridades civiles y militares presentes.

Saludo cordialmente a todos los peregrinos que se han reunido aquí procedentes de diversas partes de Europa y del mundo, y a todos los que están unidos espiritualmente a nosotros a través de la radio y la televisión. Con especial afecto os saludo a vosotros, queridos enfermos, que habéis acudido a este lugar bendito para buscar consuelo y esperanza. Que la Virgen santísima os haga sentir su presencia y reconforte vuestro corazón.

3. «En aquellos días, María se puso en camino hacia la región montañosa...» (*Lc* 1, 39). Las palabras del relato evangélico nos hacen ver con los ojos del corazón a la joven de Nazaret en camino hacia la «ciudad de Judá» donde habitaba su prima, para prestarle sus servicios.

En María nos impresiona, ante todo, *la atención, llena de ternura*, hacia su prima anciana. Se trata de *un amor concreto*, que no se limita a palabras de comprensión,

sino que se compromete personalmente en una asistencia auténtica. La Virgen no da a su prima simplemente algo de lo que le pertenece; *se da a sí misma*, sin pedir nada a cambio. Ha comprendido perfectamente que el don recibido de Dios, más que *un privilegio*, es un *deber* que la compromete en favor de los demás con la gratuidad propia del amor.

4. «Proclama mi alma la grandeza del Señor...» (Lc 1, 46). Los sentimientos que María experimenta en el encuentro con Isabel afloran con fuerza en el cántico del *Magnificat*. Sus labios expresan la *espera, llena de esperanza*, de «los pobres del Señor», así como la *conciencia del cumplimiento de las promesas*, porque Dios «se acordó de su misericordia» (cf. Lc 1, 54).

Precisamente de esta conciencia brota la *alegría* de la Virgen María, que se refleja en todo el cántico: *alegría* por saberse «mirada» por Dios, a pesar de su «humildad» (cf. Lc 1, 48); *alegría* por el «servicio» que puede prestar, gracias a las «maravillas» a las que la ha llamado el Todopoderoso (cf. Lc 1, 49); *alegría* por gustar anticipadamente las bienaventuranzas escatológicas, reservadas a los «humildes» y a los «que tienen hambre» (cf. Lc 1, 52-53).

Después del *Magnificat* viene *el silencio*: de los tres meses de permanencia de María al lado de su prima Isabel *no se nos dice nada*. O, tal vez, se nos dice lo más importante: *el bien no hace ruido*, la fuerza del amor se manifiesta en la discreción serena del servicio cotidiano.

5. Con sus palabras y su silencio, la Virgen María se nos presenta como modelo en nuestro camino. *No es un camino fácil*: por el pecado de nuestros primeros padres, la humanidad lleva en sí la herida del pecado, cuyas consecuencias pesan también sobre los redimidos. Pero el mal y la muerte *no tendrán la última palabra*. María lo confirma con toda su existencia, como *testigo viva de la victoria de Cristo, nuestra Pascua*.

Los fieles lo han entendido. Por eso, acuden en multitudes a esta gruta para escuchar las exhortaciones maternas de la Virgen, reconociendo en ella «la mujer vestida de sol» (Ap 12, 1), la Reina que resplandece al lado del trono de Dios (cf. *Salmo responsorial*) e intercede en su favor.

6. Hoy la Iglesia celebra *la gloriosa Asunción de María al cielo en cuerpo y alma*. Los dogmas de la Inmaculada Concepción y la Asunción *están íntimamente unidos entre sí*. Ambos proclaman la gloria de Cristo Redentor y la santidad de María, cuyo destino humano ya desde ahora está perfecta y definitivamente realizado en Dios.

«Cuando haya ido y os haya preparado un lugar, volveré y os tomaré conmigo, para que donde esté yo estéis también vosotros», nos ha dicho Jesús (Jn 14, 3). *María es la prenda del cumplimiento de la promesa de Cristo*. Su Asunción se convierte así, para nosotros, en «signo de esperanza segura y de consuelo» (cf. *Lumen gentium*, 68).

7. Amadísimos hermanos y hermanas, desde la gruta de Massabielle la Virgen Inmaculada nos habla también a nosotros, cristianos del tercer milenio. Escuchémosla.

Escuchad ante todo vosotros, *jóvenes*, que buscáis una respuesta capaz de dar sentido a vuestra vida. *Aquí la podéis encontrar*. Es una respuesta exigente, pero *es la única respuesta que vale*. En ella reside el secreto de la alegría verdadera y de la paz.

Desde esta gruta os hago una llamada especial a vosotras, *las mujeres*. Al aparecerse en la gruta, María encomendó su mensaje a una *muchacha*, como para subrayar *la misión peculiar que corresponde a la mujer* en nuestro tiempo, tentado por el materialismo y la secularización: ser en la sociedad de hoy *testigo de los valores esenciales* que sólo se perciben con los ojos del corazón. A vosotras, las mujeres, corresponde ser *centinelas del Invisible*. A todos vosotros, queridos hermanos y hermanas, os dirijo un apremiante llamamiento para que hagáis todo cuanto esté a vuestro alcance a fin de que la vida, toda vida, sea respetada desde la concepción hasta su término natural. La vida es un don sagrado, del que nadie puede hacerse dueño.

La Virgen de Lourdes tiene, por último, *un mensaje para todos*. Es este: *sed mujeres y hombres libres*. Pero recordad: la libertad humana es una libertad marcada por el pecado. Ella misma necesita también ser liberada. *Cristo es su liberador*, pues «para ser libres nos ha liberado» (Ga 5, 1). Defended vuestra libertad.

Queridos amigos, sabemos que para esto podemos contar con Aquella que, al no haber cedido jamás al pecado, es la única criatura perfectamente libre. A ella os encomiendo. Caminad con María por las sendas de la plena realización de vuestra humanidad.

ÁNGELUS

Solemnidad de la Asunción

Domingo 15 de agosto de 2004

1. Al concluir esta solemne liturgia, deseo dirigir un saludo particular a todas las personas que participan en la Peregrinación nacional francesa, guiada por la «Familia de la Asunción».

Saludo en especial a los jóvenes, que en Lourdes se sienten como en su casa, y que ponen generosamente sus fuerzas al servicio de los hermanos enfermos, como asistentes. Recuerdo con emoción los encuentros que he celebrado en Francia con los jóvenes: el primero en el parque de los Príncipes, de *París*; luego en *Lyon*, en *Estrasburgo* y, por último, de nuevo en *París* con ocasión de la Jornada mundial de la juventud. Estos encuentros han sido para mí signo de *una gran esperanza*, que hoy quiero compartir con vosotros, queridos jóvenes amigos. Seguid el ejemplo de María e *infundiréis en el mundo una ráfaga de optimismo*, anunciando a todos la «buena nueva» del reino de Cristo.

2. En la gruta de Massabielle, la Virgen santísima salió al encuentro de Bernardita, revelándose como la llena de la gracia de Dios, y le pidió hacer penitencia y oración. Le indicó *una fuente de agua* y la invitó a beber de ella. Esta agua, que brota siempre fresca, ha llegado a ser *uno de los símbolos de Lourdes*: símbolo de la vida nueva, que Cristo da a los que se convierten a él.

Sí; el cristianismo es fuente de vida, y María es la primera guardiana de esta fuente. La indica a todos, pidiéndoles que renuncien al orgullo, que sean humildes, para obtener la misericordia de su Hijo y colaborar así a la instauración de la civilización del amor.

3. Recordando el misterio de la encarnación del Verbo de Dios, nos dirigimos ahora a la santísima Virgen María e invocamos su protección para cada uno de nosotros, para la Iglesia y para el mundo.

MENSAJE DEL PAPA JUAN PABLO II A LOS PARTICIPANTES EN EL CONGRESO INTERNACIONAL DE LA ACCIÓN CATÓLICA

1. »¡*Duc in altum*, Acción católica! Ten la valentía del futuro». Esta fue la invitación que dirigí a los delegados de la XI asamblea nacional de la Acción católica italiana, el 26 de abril de 2002. Me alegra constatar que se ha querido adoptar esa exhortación mía como compromiso y como lema para el Congreso internacional sobre la Acción católica, que se inaugurará en Roma el 31 de agosto de 2004, por iniciativa del Foro internacional de la Acción católica y de la Acción católica italiana, en colaboración con el Consejo pontificio para los laicos.

Deseo dirigir mi más cordial saludo a todos los dirigentes y consiliarios de la Acción católica de los diversos países reunidos en la *Domus Pacis*. En particular, saludo con afecto fraterno a los señores cardenales y a los venerados hermanos en el episcopado que han querido participar en este importante acontecimiento.

2. «Tener la valentía del futuro» es una actitud que no nace de una elección voluntarista, sino que toma consistencia e impulso de la memoria del don valioso que ha sido, desde su fundación, la Acción católica. Nacida de una «inspiración providencial», según mi predecesor el Papa Pío XI de venerada memoria, ha sido fuerza unitiva, estructuradora y propulsora de la corriente contemporánea de «promoción del laicado» que se confirmó de modo solemne en el concilio Vaticano II. En ella, generaciones de fieles han madurado su vocación a lo largo de un itinerario de formación cristiana que los ha llevado a la plena conciencia de su corresponsabilidad en la construcción de la Iglesia, estimulando su celo apostólico en todos los ambientes de vida. ¡Cómo no recordar, en esta ocasión, que el decreto conciliar sobre el apostolado de los laicos reconoció esta benemérita tradición, recomendándola vivamente! (cf. *Apostolicam actuositatem*, 20). La exhortación apostólica postsinodal *Christifideles laici*, así como mis numerosas intervenciones con ocasión de las diversas asambleas de la Acción católica italiana, han recogido con empeño las recomendaciones conciliares, favoreciendo la superación de algunas situaciones de ofuscamiento y de dificultad.

Hoy deseo repetir una vez más: ¡la Iglesia tiene necesidad de la Acción católica! La memoria no debe reducirse a un recuerdo nostálgico del pasado, sino que debe llevarnos a tomar conciencia de un valioso don que el Espíritu Santo ha hecho a la Iglesia, una herencia que, en esta alba del tercer milenio, está llamada a suscitar nuevos frutos de santidad y de apostolado, extendiendo la «*plantatio*» de la Asociación a muchas otras Iglesias locales de diversos países.

3. Ha llegado el momento del nuevo impulso que testimonian vuestras realidades multiformes. Son muchos los indicios que permiten esperar el *kairós* de una nueva primavera del Evangelio. Esta gran responsabilidad, que os compromete a todos vosotros, junto con vuestros pastores, y que implica a la Iglesia entera, requiere una

humilde y valiente decisión de «recomenzar desde Cristo», con la certeza de estar sostenidos por la fuerza omnipresente del Espíritu. En esta gran tarea se pueden implicar todos los fieles laicos conscientes de su vocación bautismal y de los tres compromisos -sacerdotal, profético y real- que brotan de ella. Confiando en la gracia de Dios y sostenidos por un vivo sentido de pertenencia a la Iglesia como «casa y escuela de comunión», los laicos se ponen a la escucha de las enseñanzas y de las directrices de los pastores, para poder ser sus colaboradores eficaces en la edificación de las comunidades eclesiales a las que pertenecen.

Todo cristiano tiene el compromiso de testimoniar cuánto ha cambiado su vida por la gracia y cómo está animada por la caridad. «Esto será posible si los fieles laicos saben superar en sí mismos la fractura entre el Evangelio y la vida, restableciendo en su vida familiar cotidiana, en el trabajo y en la sociedad, la unidad de vida que en el Evangelio encuentra inspiración y fuerza para realizarse en plenitud» (Christifideles laici, 34). La Acción católica ha sido siempre, y debe seguir siendo, crisol de formación de fieles que, iluminados por la doctrina social de la Iglesia, están comprometidos en primera línea en la defensa del don sagrado de la vida, en la salvaguardia de la dignidad de la persona humana, en la realización de la libertad educativa, en la promoción del verdadero significado del matrimonio y de la familia, en el ejercicio de la caridad hacia los más necesitados, en la búsqueda de la paz y de la justicia, y en la aplicación de los principios de subsidiariedad y solidaridad a las diversas realidades sociales que interactúan entre sí.

4. Sé que vuestro congreso, iniciado en Roma, proseguirá con la peregrinación a Loreto y culminará, el domingo 5 de septiembre, en la vega de Montorso, con la celebración de la santa misa, durante la cual tendré la alegría de inscribir en el catálogo de los beatos a algunos miembros de la Acción católica que fueron en su vida modelos convincentes de coherencia evangélica.

Por tanto, me dispongo a peregrinar de nuevo a ese querido santuario de Loreto, centro internacional de espiritualidad mariana, donde elevaré a María santísima mi oración a fin de que, con la gracia del Espíritu Santo, estéis siempre dispuestos a pronunciar vuestro *fiat* a la voluntad de Dios, convirtiéndoos en testigos del misterio de Cristo para la salvación del mundo.

A la vez que deseo abundantes frutos a los trabajos del congreso, con vistas a una presencia cada vez más incisiva de la Acción católica al servicio del reino de Cristo, envío a todos una especial bendición apostólica.

Castelgandolfo, 10 de agosto de 2004

MENSAJE DE SU SANTIDAD JUAN PABLO II PARA LA JORNADA MUNDIAL DEL EMIGRANTE Y EL REFUGIADO (2004)

1. La Jornada mundial del emigrante y el refugiado, que tiene por tema: «Emigraciones en una visión de paz», ofrece este año la oportunidad de reflexionar en un tema muy importante. En efecto, este tema atrae, por contraste, la atención de la opinión pública hacia la movilidad humana forzada, centrándose en algunos aspectos problemáticos de gran actualidad a causa de la guerra y la violencia, el terrorismo y la opresión, la discriminación y la injusticia, por desgracia siempre presentes en la crónica diaria. Los medios de comunicación social introducen en las casas imágenes de sufrimiento, de violencia y de conflictos armados. Son tragedias que trastornan países y continentes; y con frecuencia las zonas más afectadas son también las más pobres. De este modo, a un drama se suman otros.

Lamentablemente, nos estamos acostumbrando a ver el peregrinar desconsolado de los desplazados, la fuga desesperada de los refugiados, la llegada -con todo tipo de medios- de inmigrantes a los países más ricos en busca de soluciones para sus numerosas exigencias personales y familiares. Surge entonces la pregunta: ¿Cómo hablar de paz cuando se producen constantemente situaciones de tensión en no pocas regiones de la tierra? ¿Cómo puede el fenómeno de las migraciones contribuir a construir la paz entre los hombres?

2. Nadie puede negar que la aspiración a la paz se encuentra arraigada en el corazón de gran parte de la humanidad. Precisamente ese es el deseo ardiente que impulsa a buscar todo tipo de medios a fin de alcanzar un futuro mejor para todos. Cada vez se afianza más la convicción de que es preciso combatir el mal de la guerra en su raíz, porque la paz no es únicamente ausencia de conflictos, sino un proceso dinámico y participativo a largo plazo, en el que se debe implicar a todos los estamentos sociales, desde la familia hasta la escuela, pasando por las diversas instituciones y organismos nacionales e internacionales. Juntos se puede y se debe construir una cultura de paz, que permita prevenir el recurso a las armas y cualquier forma de violencia. Por eso, hay que apoyar los gestos y los esfuerzos concretos de perdón y reconciliación; es preciso superar contiendas y divisiones, que de otra manera se perpetuarían sin perspectivas de solución.

Asimismo, conviene reafirmar con vigor que no puede haber auténtica paz sin justicia y sin respeto de los derechos humanos. En efecto, existe un vínculo muy estrecho entre la justicia y la paz, como ya puso de relieve el profeta en el Antiguo Testamento: «*Opus iustitiae pax*» (Is 32, 17).

3. Crear condiciones concretas de paz, por lo que atañe a los emigrantes y refugiados, significa comprometerse seriamente a defender ante todo *el derecho a no emigrar*, es decir, a vivir en paz y dignidad en la propia patria. Gracias a una atenta administración local o nacional, a un comercio más equitativo y a una cooperación

internacional solidaria, cada país debe poder asegurar a sus propios habitantes no sólo la libertad de expresión y de movimiento, sino también la posibilidad de colmar necesidades fundamentales, como el alimento, la salud, el trabajo, la vivienda, la educación, cuya frustración pone a mucha gente en condiciones de tener que emigrar a la fuerza.

Ciertamente, existe también el *derecho a emigrar*. En la base de este derecho, como recuerda el beato Juan XXIII en su encíclica *Mater et Magistra*, se encuentra el destino universal de los bienes de este mundo (cf. nn. 30 y 33). Desde luego, corresponde a los Gobiernos regular los flujos migratorios, respetando plenamente la dignidad de las personas y las necesidades de sus familias, y teniendo en cuenta las exigencias de las sociedades que acogen a los inmigrantes. A este respecto, ya existen acuerdos internacionales en defensa de los emigrantes, así como de cuantos buscan en otro país refugio o asilo político. Son acuerdos que siempre se pueden seguir perfeccionando.

4. Nadie debe quedar insensible ante las condiciones en que se encuentran multitud de emigrantes. Se trata de personas que están a merced de los acontecimientos y que a menudo han vivido situaciones dramáticas. Los medios de comunicación social transmiten imágenes impresionantes, y en ocasiones escalofriantes, de esas personas. Se trata de niños, jóvenes, adultos y ancianos con rostros macilentos y ojos llenos de tristeza y soledad. En los campos de acogida sufren a veces graves privaciones. Sin embargo, a este respecto, es necesario reconocer el laudable esfuerzo realizado por no pocas organizaciones públicas y privadas para aliviar las preocupantes situaciones que se han producido en diversas regiones del mundo.

Tampoco se puede dejar de denunciar el tráfico practicado por explotadores sin escrúpulos que abandonan en el mar, en embarcaciones precarias, a personas que buscan desesperadamente un futuro menos incierto. Los que se hallan en condiciones críticas necesitan intervenciones solícitas y concretas.

5. A pesar de los problemas a los que he aludido, el mundo de los emigrantes puede contribuir en gran medida a la consolidación de la paz. En efecto, las emigraciones pueden facilitar el encuentro y la comprensión entre las personas y las comunidades, e incluso entre las civilizaciones. Este diálogo intercultural enriquecedor constituye, como escribí en el Mensaje para la Jornada mundial de la paz de 2001, un «camino necesario para la construcción de un mundo reconciliado».

Eso sucede cuando los inmigrantes son tratados con el respeto debido a la dignidad de cada persona; cuando con todos los medios se favorece la cultura de la acogida y la cultura de la paz, que armoniza las diferencias y busca el diálogo, aun sin caer en formas de indiferentismo cuando están en juego los valores. Esta apertura solidaria se transforma en ofrecimiento y condición de paz.

Si se fomenta una integración gradual entre todos los inmigrantes, respetando su identidad y, al mismo tiempo, salvaguardando el patrimonio cultural de las poblacio-

nes que los acogen, se corre menos riesgo de que los inmigrantes se concentren formando auténticos «guetos», aislándose del contexto social y acabando a veces por alimentar incluso el deseo de conquistar gradualmente el territorio.

Cuando las «diversidades» se encuentran, integrándose, dan vida a una «convivencia de las diferencias». Se redescubren los valores comunes a toda cultura, capaces de unir y no de separar; valores que hunden sus raíces en el idéntico *humus* humano. Eso ayuda a entablar un diálogo fecundo para construir un camino de tolerancia recíproca, realista y respetuosa de las peculiaridades de cada uno. En estas condiciones, el fenómeno de las migraciones contribuye a cultivar el «sueño» de un futuro de paz para la humanidad entera.

6. ¡Bienaventurados los constructores de paz! (cf. *Mt* 5, 9), así dice el Señor. Para los cristianos, la búsqueda de una comunión fraterna entre los hombres tiene su fuente y su modelo en Dios, uno en la naturaleza y trino en las Personas. Deseo de corazón que todas las comunidades eclesiales compuestas por emigrantes y refugiados y por los que los acogen, encontrando estímulos en las fuentes de la gracia, se esfuercen incansablemente por construir la paz. Nadie debe resignarse a la injusticia, ni dejarse abatir por las dificultades y las molestias.

Si son muchos los que comparten el «sueño» de un mundo en paz, y si se valora la aportación de los inmigrantes y los refugiados, la humanidad puede transformarse cada vez más en familia de todos, y nuestra tierra verdaderamente en «casa común».

7. Con su vida, y sobre todo con su muerte en la cruz, Jesús nos mostró cuál es el camino que debemos recorrer. Con su resurrección nos aseguró que el bien siempre triunfa sobre el mal y que todos nuestros esfuerzos y nuestras penas, ofrecidos al Padre celestial en comunión con su Pasión, contribuyen a la realización del plan universal de salvación.

Con esta certeza, invito a los que están comprometidos en el vasto sector de las migraciones a ser constructores de paz. Para esto aseguro un recuerdo especial en mi oración y, a la vez que invoco la maternal intercesión de María, Madre del Hijo unigénito de Dios hecho hombre, envío a todos y cada uno mi bendición.

Vaticano, 15 de diciembre de 2003

JUAN PABLO II

MENSAJE DE JUAN PABLO II PARA LA XXV JORNADA MUNDIAL DEL TURISMO (27 DE SEPTIEMBRE DE 2004)

Deporte y turismo: dos fuerzas vitales para la comprensión mutua, la cultura y el desarrollo de los países

1. Con motivo de la próxima Jornada Mundial del Turismo, que se celebrará el próximo 27 de septiembre, me es grato dirigirme a todos los que ejercen su labor en este sector de la actividad humana, para ofrecer algunas reflexiones que destaquen los aspectos positivos del turismo. Éste, como ya he indicado en otras ocasiones, contribuye a incrementar la relación entre personas y pueblos, que, cuando es cordial, respetuosa y solidaria, es como una puerta abierta a la paz y la convivencia.

En efecto, muchas de las situaciones de violencia que sufre la humanidad en nuestros tiempos tienen su raíz en la incompreensión, e incluso en el rechazo de los valores y la identidad de las culturas ajenas. Por eso, podrían superarse tantas veces mediante un mejor conocimiento recíproco. En este contexto, pienso también en los millones de emigrantes, que han de participar en la sociedad que los acoge basándose sobre todo en el aprecio y reconocimiento de la identidad de cada persona o grupo.

La Jornada Mundial del Turismo, por tanto, no sólo ofrece de nuevo la oportunidad de afirmar la aportación positiva del turismo a la construcción de un mundo más justo y pacífico, sino también de profundizar en las condiciones concretas en que se gestiona y practica.

A este respecto, la Iglesia no puede dejar de reiterar una vez más el núcleo de su visión del hombre y de la historia. En efecto, el principio supremo que debe regir la convivencia humana es el respeto a la dignidad de cada uno, creado a imagen de Dios y, por tanto, hermano de todos los demás.

Este principio debería guiar toda la actividad política y económica, como ha sido puesto de relieve en la Doctrina Social de la Iglesia, e inspirar también la convivencia cultural y religiosa.

2. Este año el tema de la Jornada es «*Deporte y turismo: dos fuerzas vitales para la comprensión mutua, la cultura y el desarrollo de los países*». Deporte y turismo hacen referencia ante todo al tiempo libre, en el que se han de fomentar actividades que ayuden al desarrollo físico y espiritual. Pero hay numerosas situaciones en que turismo y deporte se entrelazan de manera específica y se condicionan recíprocamente, como cuando el deporte se convierte precisamente en el motivo determinante para desplazarse tanto dentro del propio país, como por el extranjero.

En efecto, deporte y turismo están estrechamente unidos en los grandes acontecimientos deportivos en los que participan los países de una región o de todo el mundo, como en los Juegos Olímpicos, que no han de renunciar a su alta vocación de avivar ideales de convivencia, comprensión y amistad. Pero también en muchos otros casos menos espectaculares, como en las actividades deportivas de ámbito escolar o de las asociaciones del propio barrio o localidad. En otros casos, practicar un determinado deporte es precisamente lo que motiva programar un viaje o unas vacaciones. Es,

pues, un fenómeno que atañe tanto a los deportistas de élite, a sus equipos y seguidores, como a modestos clubes sociales, así como también a muchas familias, jóvenes y niños y, en fin, a cuantos hacen del ejercicio físico uno de los motivos importantes de su viaje.

Al tratarse de una actividad humana que implica a tantas personas, no es de extrañar que, no obstante la nobleza de los objetivos proclamados, se produzcan también en muchos casos abusos y desviaciones. No se puede ignorar, entre otros fenómenos, el mercantilismo exacerbado, la competitividad agresiva, la violencia contra las personas y las cosas, hasta llegar incluso a la degradación del medio ambiente o la ofensa a la identidad cultural de quien acoge.

3. El Apóstol san Pablo proponía a los cristianos de Corinto la imagen del atleta para ilustrar la vida cristiana, como ejemplo de esfuerzo y de constancia (cf *1 Co* 9,24-25). En efecto, la práctica correcta del deporte debe estar acompañada por la templanza y la educación a la renuncia; con mucha frecuencia requiere también un buen espíritu de equipo, actitudes de respeto, aprecio de las cualidades de los demás, honestidad en el juego y humildad para reconocer las propias limitaciones.

El deporte, en fin, especialmente en sus formas menos competitivas, invita a una celebración festiva y a la convivencia amistosa.

También el cristiano puede encontrar en el deporte una ayuda para desarrollar las virtudes cardinales – fortaleza, templanza, prudencia y justicia – en la carrera por la corona “que no se marchita”, como escribe san Pablo.

4. Ciertamente, el turismo ha dado un poderoso impulso a la práctica del deporte. Las facilidades que ofrece, e incluso las muchas actividades que promueve o patrocina por iniciativa propia, han incrementado de hecho el número de quienes aprecian el deporte y lo practican en su tiempo libre.

De este modo, se han multiplicado las ocasiones de encuentro entre pueblos y culturas diversas en un clima de buen entendimiento y de armonía.

Por ello, sin dejar de prestar la debida atención a las desviaciones que lamentablemente siguen produciéndose, deseo exhortar encarecidamente y con renovada esperanza a promover «un deporte que tutele los débiles y no excluya a nadie, libere a los jóvenes del riesgo de la apatía y de la indiferencia, y suscite en ellos un sano espíritu de competición; un deporte que sea factor de emancipación de los países más pobres y ayude a eliminar la intolerancia y a construir un mundo más fraterno y solidario; un deporte que contribuya a hacer que se ame la vida y que eduque al sacrificio, al respeto y a la responsabilidad, llevando a una plena valorización de cada uno” (En el Jubileo de los deportistas, 29-10-2000, n 3)

Con estas consideraciones, invito a los que están relacionados con el deporte desde el propio campo del turismo, a los deportistas y a todos los que lo practican en sus viajes, a proseguir sus esfuerzos para alcanzar estos nobles objetivos, a la vez que invoco sobre cada uno de ellos abundantes bendiciones divinas.

Vaticano, 30 de mayo de 2004, Solemnidad de Pentecostés

JOANNES PAULUS II

Santa Sede

CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA

CAMINAR DESDE CRISTO: UN RENOVADO COMPROMISO DE LA VIDA CONSAGRADA EN EL TERCER MILENIO

Instrucción

ÍNDICE

Introducción

Contemplando el esplendor del rostro de Cristo
Caminando por las huellas de Cristo
Cinco años de la Exhortación Apostólica Vita consecrata
Caminar en la esperanza

Primera Parte

La vida consagrada presencia de la caridad de Cristo en medio de la humanidad
Un camino en el tiempo
Por la santidad de todo el Pueblo de Dios
En misión por el Reino
Dóciles al Espíritu

Segunda parte

La valentía para afrontar las pruebas y los retos
Descubrir el sentido y la calidad de la vida consagrada
La función de los superiores y de las superiores
La formación permanente
La animación vocacional
Los caminos formativos
Algunos retos particulares

Tercera parte

La vida espiritual en el primer lugar
Caminar desde Cristo
Contemplar los rostros de Cristo
La Palabra de Dios
Oración y contemplación
La Eucaristía lugar privilegiado para el encuentro con el Señor
El rostro de Cristo en la prueba
La espiritualidad de comunión

Comunión entre carismas antiguos y nuevos
 En comunión con los laicos
 En comunión con los Pastores

Cuarta parte

Testigos del amor
 Reconocer y servir a Cristo
 En la imaginación de la caridad
 Anunciar el Evangelio
 Servir a la vida
 Difundir la verdad
 La apertura a los grandes diálogos
 Los retos actuales
 Mirar hacia adelante y hacia lo alto

INTRODUCCIÓN

Contemplando el esplendor del rostro de Cristo

1. Las personas consagradas, contemplando el rostro crucificado y glorioso¹ de Cristo y testimoniando su amor en el mundo, acogen con gozo, al inicio del tercer milenio, la urgente invitación del Santo Padre Juan Pablo II a *remar mar adentro*: «¡Duc in altum!» (*Lc* 5, 4). Estas palabras, repetidas en toda la Iglesia, han suscitado una nueva gran esperanza, han reavivado el deseo de una más intensa vida evangélica, han abierto de par en par los horizontes del diálogo y de la misión.

Quizás nunca como hoy *la invitación de Jesús a remar mar adentro* aparece como respuesta al drama de la humanidad, víctima del odio y de la muerte. El Espíritu Santo actúa siempre en la historia y puede sacar de las desdichas humanas un discernimiento de los acontecimientos que se abre al misterio de la misericordia y de la paz entre los hombres. Efectivamente, el Espíritu, desde el mismo desconcierto de las naciones, estimula en muchos la nostalgia de un mundo distinto que ya está presente en medio de nosotros. Lo asegura Juan Pablo II a los jóvenes cuando los exhorta a ser «centinelas de la mañana» que vigilan, fuertes en la esperanza, en espera de la aurora.²

Ciertamente los dramáticos sucesos en el mundo de estos últimos años han impuesto a los pueblos nuevos y más fuertes interrogantes que se han añadido a los ya existentes, surgidos en el contexto de una sociedad globalizada, ambivalente en la realidad, en la cual «no se han globalizado sólo tecnología y economía, sino también inseguridad y miedo, criminalidad y violencia, injusticia y guerras».³

En esta situación *el Espíritu llama a las personas consagradas a una constante conversión* para dar nueva fuerza a la dimensión profética de su vocación. Éstas, en efecto, «llamadas a poner la propia existencia al servicio de la causa del Reino de

Dios, dejándolo todo e imitando más de cerca la forma de vida de Jesucristo, asumen un papel sumamente pedagógico para todo el Pueblo de Dios».⁴

El Santo Padre se ha hecho intérprete de esta esperanza en su Mensaje a los Miembros de la última Plenaria de nuestra Congregación: «La Iglesia —escribe— cuenta con la dedicación constante de esta multitud elegida de hijos e hijas, con ansias de santidad y con entusiasmo de su servicio, para favorecer y sostener el esfuerzo de todo cristiano hacia la perfección y reforzar la solidaria acogida del prójimo, especialmente del más necesitado. De este modo, se reafirma la presencia vivificante de la caridad de Cristo en medio de los hombres».⁵

Caminando por las huellas de Cristo

2. Pero ¿cómo descifrar en el espejo de la historia y en el de la actualidad las huellas y signos del Espíritu y las *semillas de la Palabra*, presentes hoy como siempre en la vida y en la cultura humana?⁶ ¿Cómo interpretar los signos de los tiempos en una realidad como la nuestra, en la que abundan las zonas de sombra y de misterio? Sucede que el Señor mismo —como con los discípulos en el camino de Emaús— se hace nuestro compañero de viaje y nos da su Espíritu. Solo Él, presente entre nosotros, puede hacernos comprender plenamente su Palabra y actualizarla, puede iluminar las mentes y encender los corazones.

«He aquí que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (*Mt* 28, 20). El Señor Resucitado ha permanecido fiel a su promesa. A lo largo de los 2000 años de historia de la Iglesia, gracias a su Espíritu, se ha hecho constantemente presente en ella iluminándole el camino, inundándola de gracia, infundiéndole la fuerza para vivir siempre con mayor intensidad su palabra y para cumplir la misión de salvación como sacramento de la unidad de los hombres con Dios y entre ellos mismos.⁷

La vida consagrada, en el continuo desarrollarse y afirmarse en formas siempre nuevas, es ya en sí misma una elocuente expresión de esta su presencia, como una especie de Evangelio desplegado durante los siglos. Ésa aparece en efecto como «prolongación en la historia de una especial presencia del Señor resucitado».⁸ De esta certeza las personas consagradas deben sacar un *renovado impulso*, haciendo que sea la fuerza inspiradora de su camino.⁹

La sociedad actual espera ver en ellas el reflejo concreto del obrar de Jesús, de su amor por cada persona, sin distinción o adjetivos calificativos. Quiere experimentar que es posible decir con el apóstol Pablo «esta vida en la carne la vivo en la fe en el Hijo de Dios, que me amó hasta entregarse por mí» (*Ga* 2, 20).

Cinco años de la Exhortación Apostólica Vita consecrata

3. Para ayudar con el discernimiento a hacer siempre más segura esta particular vocación y sostener hoy las valientes opciones de testimonio evangélico, la Congregación para los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica celebró su Plenaria del 25 al 28 de septiembre de 2001.

En 1994 la IX Asamblea ordinaria del Sínodo de los Obispos, completando el análisis «de las peculiaridades que caracterizan los estados de vida queridos por el Señor Jesús para su Iglesia»,¹⁰ después de los Sínodos dedicados a los laicos y a los presbíteros, estudió *La vida consagrada y su misión en la Iglesia y en el mundo*. El Santo Padre Juan Pablo II, recogiendo las reflexiones y las esperanzas de la Asamblea sinodal, dio a toda la Iglesia la Exhortación Apostólica postsinodal *Vita consecrata*.

Cinco años después de la publicación de este fundamental Documento del magisterio eclesial, nuestro Dicasterio, en la *Plenaria*, se ha preguntado por la eficacia con que ha sido acogido y llevado a la práctica en el interior de las comunidades y de los institutos y en las Iglesias particulares.

La Exhortación Apostólica *Vita consecrata* ha sabido expresar con claridad y profundidad *la dimensión cristológica y eclesial de la vida consagrada en una perspectiva teológica trinitaria* que ilumina con nueva luz la teología del seguimiento y de la consagración, de la vida fraterna en comunidad y de la misión; ha contribuido a crear una nueva mentalidad acerca de su misión en el pueblo de Dios; ha ayudado a las mismas personas consagradas a tomar mayor conciencia de la gracia de la propia vocación.

Es necesario continuar profundizando y llevando a la práctica este documento programático. Sigue siendo el punto de referencia más significativo y necesario para guiar el camino de fidelidad y de renovación de los Institutos de vida consagrada y de las Sociedades de vida apostólica, y, al mismo tiempo, está abierto para promover perspectivas válidas *de formas nuevas de vida consagrada y de vida evangélica*.

Caminar en la esperanza

4. El Gran Jubileo del año 2000 ha marcado profundamente la vida de la Iglesia; en él toda la vida consagrada ha estado fuertemente comprometida en todo el mundo. Precedido de una oportuna preparación, el 2 de febrero de 2000 se celebró en todas las iglesias particulares el Jubileo de la vida consagrada.

Al final del Año Jubilar, para cruzar juntos el umbral del nuevo milenio, el Santo Padre quiso recoger la herencia de las celebraciones jubilares en la Carta apostólica *Novo millennio ineunte*. En este texto, con extraordinaria pero no imprevista continuidad, se encuentran algunos temas fundamentales, ya en cierto modo anticipados en la Exhortación *Vita consecrata*: Cristo centro de la vida de cada cristiano,¹¹ la pastoral y la pedagogía de la santidad, su carácter exigente, su *alto grado* en la vida cristiana ordinaria,¹² la *difusa exigencia de espiritualidad* y de oración, actuada principalmente en la contemplación y en la escucha de la Palabra de Dios,¹³ la incidencia insustituible de la vida sacramental,¹⁴ la espiritualidad de comunión¹⁵ y el testimonio del Amor que se expresa *en una nueva fantasía de la caridad* hacia el que sufre, hacia el mundo herido y esclavo del odio, en el diálogo ecuménico e interreligioso.¹⁶

Los Padres de la Plenaria, partiendo de los elementos ya formulados en la Exhortación Apostólica y colocados por la experiencia del Jubileo de frente a la

necesidad de un renovado compromiso de santidad, han puesto en evidencia los interrogantes y las aspiraciones que, en las diversas partes del mundo, las personas consagradas advierten, recogiendo los aspectos más significativos. Su intención no ha sido ofrecer otro documento doctrinal, sino ayudar a la vida consagrada a entrar en las grandes indicaciones pastorales del Santo Padre, con la ayuda de su autoridad y de su servicio carismático a la unidad y a la misión universal de la Iglesia. Un don que va transformado y puesto en práctica con la fidelidad al seguimiento de Cristo según los consejos evangélicos y con la fuerza de la caridad vivida diariamente en la comunión fraterna y en una generosa espiritualidad apostólica.

Las Asambleas especiales del Sínodo de los Obispos, con carácter continental, que marcaron la preparación al Jubileo, se interesaron por la contextualización eclesial y cultural de las aspiraciones y de los retos de la vida consagrada. Los Padres de la Plenaria no han intentado retomar un análisis de la situación. Simplemente, mirando al hoy de la vida consagrada y permaneciendo atentos a las indicaciones del Santo Padre, invitan a los consagrados y a las consagradas, en sus ambientes y culturas, *a dirigir la mirada sobre todo a la espiritualidad*. Su reflexión, recogida en estas páginas, se desarrolla en cuatro partes. Después de haber reconocido la riqueza de la experiencia que la vida consagrada está viviendo actualmente en la Iglesia, han querido expresar su gratitud y total aprecio *por aquello que es y por aquello que hace (I parte)*. No se han escondido las dificultades, las pruebas, los retos a los que hoy están sometidos los consagrados y las consagradas, sino que los han leído como *una nueva oportunidad* para descubrir de manera más profunda el sentido y la calidad de la vida consagrada (*II parte*). El llamamiento más importante que se ha querido recoger es el de *un compromiso renovado en la vida espiritual*, caminando desde Cristo en el seguimiento evangélico y viviendo en particular *la espiritualidad de la comunión (III parte)*. Finalmente han querido *acompañar a las personas consagradas por los caminos del mundo*, donde Cristo continúa caminando y haciéndose hoy presente, donde la Iglesia lo proclama Salvador del mundo, donde el latido trinitario de la caridad amplía la comunión en una renovada misión (*IV parte*).

Primera Parte

LA VIDA CONSAGRADA

PRESENCIA DE LA CARIDAD DE CRISTO

EN MEDIO DE LA HUMANIDAD

5. Volviendo la mirada a la presencia y al múltiple compromiso que los consagrados y las consagradas desarrollan en todos los campos de la vida eclesial y social, los Padres de la Plenaria han querido manifestarles aprecio sincero, gratitud y solidaridad. Éste es el sentir de la Iglesia entera que el Papa, dirigiéndose al Padre, fuente de todo bien, expresa así: «Te damos gracias por el don de la vida consagrada, que te busca en la fe y, en su misión universal, invita a todos a caminar hacia ti».¹⁷ A través de una existencia transfigurada, participa en la vida de la Trinidad y confiesa el amor que salva.¹⁸

Verdaderamente merecen agradecimiento por parte de la comunidad eclesial las personas consagradas: monjes y monjas, contemplativos y contemplativas, religiosos y religiosas dedicados a las obras de apostolado, miembros de los institutos seculares y sociedades de vida apostólica, eremitas y vírgenes consagradas. Su existencia da testimonio de amor a Cristo cuando se encaminan al seguimiento como viene propuesto en el Evangelio y, con íntimo gozo, asumen el mismo estilo de vida que Él eligió para Sí.¹⁹ Esta loable fidelidad, aun no buscando otra aprobación que la del Señor, se convierte en «*memoria viviente del modo de existir y de actuar de Jesús como Verbo encarnado ante el Padre y ante los hermanos*».²⁰

Un camino en el tiempo

6. Hasta en la simple cotidianeidad, la vida consagrada crece en progresiva maduración para convertirse en anuncio de un modo de vivir alternativo al del mundo y al de la cultura dominante. Con su estilo de vida y la búsqueda del Absoluto, casi insinúa una terapia espiritual para los males de nuestro tiempo. Por eso, en el corazón de la Iglesia representa una bendición y un motivo de esperanza para la vida humana y para la misma vida eclesial.²¹

Además de la presencia activa de nuevas generaciones de personas consagradas que hacen viva la presencia de Cristo en el mundo y el esplendor de los carismas eclesiales, es particularmente significativa la presencia escondida y fecunda de consagrados y consagradas que conocen la ancianidad, la soledad, la enfermedad y el sufrimiento. Al servicio ya ofrecido y a la sabiduría que pueden compartir con otros, añaden la propia preciosa contribución uniéndose con su oblación al Cristo paciente y glorificado en favor de su Cuerpo que es la Iglesia (cf. *Col 1, 24*).

7. La vida consagrada ha seguido en estos años caminos de profundización, purificación, comunión y misión. En las dinámicas comunitarias se han intensificado las relaciones personales y a la vez se ha reforzado el cambio intercultural, reconocido como beneficioso y estimulante por las propias instituciones. Se aprecia un loable esfuerzo por encontrar un ejercicio de la autoridad y de la obediencia más inspirado en el Evangelio que afirma, ilumina, convoca, integra, reconcilia. En la docilidad a las indicaciones del Papa, crece la sensibilidad a las peticiones de los Pastores y se incrementa la colaboración formativa y apostólica entre los Institutos.

Las relaciones con toda la comunidad cristiana se van configurando cada vez mejor *como cambio de dones* en la reciprocidad y en la complementariedad de las vocaciones eclesiales.²² Es, en efecto, en las Iglesias locales donde se pueden establecer indicaciones programáticas concretas que permitan que el anuncio de Cristo llegue a las personas, modele las comunidades e incida profundamente mediante el testimonio de los valores evangélicos en la sociedad y en la cultura.²³

De simples relaciones formales se pasa fácilmente a una fraternidad vivida en el mutuo enriquecimiento carismático. Es un esfuerzo que puede ayudar a todo el Pueblo de Dios, porque la espiritualidad de la comunión da un alma a la estructura

institucional, con una llamada a la confianza y apertura que responde plenamente a la dignidad y a la responsabilidad de cada bautizado.²⁴

Por la santidad de todo el Pueblo de Dios

8. La llamada a seguir a Cristo con una especial consagración es un don de la Trinidad para todo un Pueblo de elegidos. Viendo en el bautismo el común origen sacramental, consagrados y consagradas condividen con los fieles la vocación a la santidad y al apostolado. En el ser signos de esta vocación universal manifiestan la misión específica de la vida consagrada.²⁵

Las personas consagradas, para bien de la Iglesia, han recibido la llamada a una «nueva y especial consagración»,²⁶ que compromete a vivir con amor apasionado la forma de vida de Cristo, de la Virgen María y de los Apóstoles.²⁷ En el mundo actual es urgente un testimonio profético que se base «en la *afirmación de la primacía de Dios y de los bienes futuros*, como se desprende del seguimiento y de la imitación de Cristo casto, pobre y obediente, totalmente entregado a la gloria del Padre y al amor de los hermanos y hermanas».²⁸

De las personas consagradas se difunde en la Iglesia una convencida invitación a considerar la primacía de la gracia y a responder mediante un generoso compromiso espiritual.²⁹ A pesar de los vastos procesos de secularización, los fieles advierten una difusa exigencia de espiritualidad, que muchas veces se manifiesta como una renovada necesidad de oración.³⁰ Los acontecimientos de la vida, aun en su misma cotidianeidad, se ponen como interrogantes que hay que leer en clave de conversión. La dedicación de los consagrados al servicio de una calidad evangélica de la vida contribuye a *tener viva de muchos modos la práctica espiritual entre el pueblo cristiano*. Las comunidades religiosas buscan cada vez más ser lugares para la escucha y el compartir la palabra, la celebración litúrgica, la pedagogía de la oración y el acompañamiento y la dirección espiritual. Sin pretenderlo siquiera, la ayuda dada a los demás viene a ser ventaja recíproca.³¹

En misión por el Reino

9. A imagen de Jesús, aquellos a quienes Dios llama para que le sigan son consagrados y enviados al mundo para continuar su misión. Más aún, la misma vida consagrada, bajo la acción del Espíritu Santo, se hace misión. Los consagrados, cuanto más se dejan conformar a Cristo, más lo hacen presente y operante en la historia para la salvación de los hombres.³² Abiertos a las necesidades del mundo en la óptica de Dios, miran a un futuro con sabor de resurrección, dispuestos a seguir el ejemplo de Cristo que ha venido entre nosotros «a dar su vida y a darla en abundancia» (*Jn 10, 10*).

El celo por la instauración del Reino de Dios y la salvación de los hermanos viene así a constituir la mejor prueba de una donación auténticamente vivida por las personas consagradas. He aquí porqué todo intento de renovación se traduce en un nuevo ímpetu por la misión evangelizadora.³³ Aprenden a elegir con la ayuda de una

formación permanente marcada por intensas experiencias espirituales que conducen a decisiones valientes.

En las intervenciones de los Padres en la Plenaria, así como en las relaciones presentadas, ha despertado admiración la multiforme actividad misionera de los consagrados y de las consagradas. De modo particular nos damos cuenta del valor del trabajo apostólico desarrollado con la generosidad y la particular riqueza connatural del “carácter femenino” de las mujeres consagradas. *Se merece el más grande reconocimiento por parte de todos, pastores y fieles.* Pero el camino iniciado debe profundizarse y extenderse. «Urge por tanto dar algunos pasos concretos, comenzando por abrir *espacios de participación* a las mujeres en diversos sectores y a todos los niveles, incluidos aquellos procesos en que se elaboran las decisiones».³⁴

Hay que decir gracias, sobre todo *a quien se encuentra en primera línea.* La disponibilidad misionera se ha reafirmado con una valiente expansión hacia los pueblos que esperan el primer anuncio del Evangelio. Nunca como en estos años ha habido tantas fundaciones, precisamente en momentos agravados por la dificultad numérica que sufren los Institutos. Buscando entre las señales de la historia una respuesta a las expectativas de la humanidad, la osadía y la audacia evangélica han empujado a los consagrados y a las consagradas a lugares difíciles hasta el riesgo y el sacrificio efectivo de la vida.³⁵

Con renovado esmero muchas personas consagradas encuentran en el ejercicio de las obras de misericordia evangélica enfermos que curar, necesitados de todo tipo, afligidos por pobreza antiguas y nuevas. También otros ministerios, como el de la educación, reciben de ellas una colaboración indispensable que hace madurar la fe a través de la catequesis o ejercita un verdadero apostolado intelectual. No faltan tampoco quienes sostienen con sacrificio y siempre con más amplias colaboraciones la voz de la Iglesia en los medios de comunicación que promueven la transformación social.³⁶ Una opción fuerte y convencida ha llevado a aumentar el número de religiosos y religiosas que viven entre los excluidos. En medio de una humanidad en movimiento, cuando tantas gentes se ven obligadas a emigrar, estos hombres y mujeres del Evangelio avanzan hacia *la frontera* por amor de Cristo, haciéndose cercanos a los últimos.

También es significativa la aportación eminentemente espiritual que ofrecen las monjas en la evangelización. Es «alma y fermento de las iniciativas apostólicas, dejando la participación activa en las mismas a quienes corresponde por vocación».³⁷ «De este modo, su vida se convierte en una misteriosa fuente de fecundidad apostólica y de bendición para la comunidad cristiana y para el mundo entero».³⁸

Conviene, en fin, recordar que en estos últimos años el *Martirologio del testimonio de la fe y del amor en la vida consagrada* se ha enriquecido notablemente. Las situaciones difíciles han exigido a no pocos de ellos la prueba suprema de amor en genuina fidelidad al Reino. Consagrados a Cristo y al servicio de su Reino han dado testimonio de la fidelidad del seguimiento hasta la cruz. Diversas las circunstancias, variadas las situaciones, pero una la causa del martirio: la fidelidad al Señor y a su Evangelio, «porque no es la pena la que hace al mártir, sino la causa».³⁹

Dóciles al Espíritu

10. Es éste un tiempo en que el Espíritu irrumpe, abriendo nuevas posibilidades. La dimensión carismática de las diversas formas de vida consagrada, siempre en camino y nunca completada, prepara en la Iglesia, en comunión con el Paráclito, la llegada de Aquél que debe venir, de Aquél que es ya el porvenir de la humanidad en camino. Como María Santísima, la primera consagrada, por virtud del Espíritu Santo y por el don total de sí misma ha engendrado a Cristo para redimir a la humanidad con una donación de amor, así las personas consagradas, perseverando en la apertura al Espíritu creador y manteniéndose en la humilde docilidad, hoy están llamadas a apostar por la caridad, «viviendo el compromiso de un amor activo y concreto con cada ser humano».⁴⁰ Existe un vínculo particular de vida y de dinamismo entre el Espíritu Santo y la vida consagrada, por eso las personas consagradas deben perseverar en la docilidad al Espíritu Creador. Él obra según el deseo del Padre en honor de la gracia que le ha sido dada en el Hijo querido. Y es el mismo Espíritu quien irradia el esplendor del misterio sobre la entera existencia, gastada por el Reino de Dios y el bien de multitudes tan necesitadas y abandonadas. También el futuro de la vida consagrada se ha confiado al dinamismo del Espíritu, autor y dispensador de los carismas eclesiales, puestos por Él al servicio de la plenitud del conocimiento y actuación del Evangelio de Jesucristo.

Segunda Parte

LA VALENTÍA PARA AFRONTAR LAS PRUEBAS Y LOS RETOS

11. Una mirada realista a la situación de la Iglesia y del mundo nos obliga también a ocuparnos de *las dificultades en que vive la vida consagrada*. Todos somos conscientes de las pruebas y de las purificaciones a que hoy día está sometida. El gran tesoro del don de Dios está encerrado en frágiles vasijas de barro (cf. *2Co* 4, 7) y el misterio del mal acecha también a quienes dedican a Dios toda su vida. Si se presta ahora una cierta atención a los sufrimientos y a los retos que hoy afligen a la vida consagrada no es para dar un juicio crítico o de condena, sino para mostrar, una vez más, toda la solidaridad y la cercanía amorosa de quien quiere compartir no sólo las alegrías sino también los dolores. Atendiendo a algunas dificultades particulares, no se debe olvidar que la historia de la Iglesia está guiada por Dios y que todo sirve para el bien de los que lo aman (cf. *Rm* 8, 28). En esta visión de fe, aun lo negativo puede ser ocasión para un nuevo comienzo, si en él se reconoce el rostro de Cristo, crucificado y abandonado, que se hizo solidario con nuestras limitaciones y, cargado con nuestros pecados, subió al leño de la cruz (cf. *1P* 2, 24).⁴¹ La gracia de Dios se realiza plenamente en la debilidad (cf. *2 Co* 12, 9).

Descubrir el sentido y la calidad de la vida consagrada

12. Las dificultades que hoy deben afrontar las personas consagradas asumen múltiples rostros, sobre todo si tenemos en cuenta los diferentes contextos culturales en los que viven.

Con la disminución de los miembros en muchos Institutos y su envejecimiento, evidente en algunas partes del mundo, surge la pregunta de si la vida consagrada es todavía un testimonio visible, capaz de atraer a los jóvenes. Si como se afirma en algunos lugares el tercer milenio será el tiempo del protagonismo de los laicos, de las asociaciones y de los movimientos eclesiales, podemos preguntarnos: ¿cuál será el puesto reservado a las formas tradicionales de vida consagrada? Ella, nos recuerda Juan Pablo II, tiene una gran historia que construir junto con los fieles.⁴²

Pero no podemos ignorar que, a veces, a la vida consagrada no se le tiene en la debida consideración, e incluso se da una cierta desconfianza frente a ella. Por otro lado, ante la progresiva crisis religiosa que asalta a gran parte de nuestra sociedad, las personas consagradas, hoy de manera particular, se ven obligadas a buscar nuevas formas de presencia y a ponerse no pocos interrogantes sobre el sentido de su identidad y de su futuro.

Junto al impulso vital, capaz de testimonio y de donación hasta el martirio, la vida consagrada conoce también la insidia de la mediocridad en la vida espiritual, del aburguesamiento progresivo y de la mentalidad consumista. La compleja forma de llevar a cabo los trabajos, pedida por las nuevas exigencias sociales y por la normativa de los Estados, junto a la tentación del eficientismo y del activismo, corren el riesgo de ofuscar la originalidad evangélica y de debilitar las motivaciones espirituales. Cuando los proyectos personales prevalecen sobre los comunitarios, pueden menoscabar profundamente la comunión de la fraternidad.

Son problemas reales, pero no hay que generalizar. Las personas consagradas no son las únicas que viven la tensión entre secularismo y auténtica vida de fe, entre la fragilidad de la propia humanidad y la fuerza de la gracia; ésta es la condición de todos los miembros de la Iglesia.

13. Las dificultades y los interrogantes que hoy vive la vida consagrada pueden traer un nuevo *kairós*, un tiempo de gracia. En ellos se oculta una auténtica llamada del Espíritu Santo a volver a descubrir las riquezas y las potencialidades de esta forma de vida.

El tener que convivir, por ejemplo, con una sociedad donde con frecuencia reina una cultura de muerte, puede convertirse en un reto a ser con más fuerza testigos, portadores y siervos de la vida. Los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia, vividos por Cristo en la plenitud de su humanidad de Hijo de Dios y abrazados por su amor, aparecen como un camino para la plena realización de la persona en oposición a la deshumanización, un potente antídoto a la contaminación del espíritu, de la vida, de la cultura; proclaman la libertad de los hijos de Dios, la alegría de vivir según las bienaventuranzas evangélicas.

La impresión que algunos pueden tener de pérdida de estima por parte de ciertos sectores de la Iglesia por la vida consagrada, puede vivirse como una invitación a una purificación liberadora. La vida consagrada no busca las alabanzas y las consideraciones humanas; se recompensa con el gozo de continuar trabajando activamente al servicio del Reino de Dios, para ser germen de vida que crece en el secreto, sin esperar

otra recompensa que la que el Padre dará al final (cf. *Mt* 6, 6). Encuentra su identidad en la llamada del Señor, en su seguimiento, amor y servicio incondicionales, capaces de colmar una vida y de darle plenitud de sentido.

Si en algunos lugares las personas consagradas son *pequeño rebaño* a causa de la disminución en el número, este hecho puede interpretarse como un signo providencial que invita a recuperar la propia tarea esencial de levadura, de fermento, de signo y de profecía. Cuanto más grande es la masa que hay que fermentar, tanto más rico de calidad deberá ser el fermento evangélico, y tanto más excelente el testimonio de vida y el servicio carismático de las personas consagradas.

La creciente toma de conciencia sobre la universalidad de la vocación a la santidad por parte de todos los cristianos,⁴³ lejos de considerar superfluo el pertenecer a un estado particularmente apto para conseguir la perfección evangélica, puede ser un ulterior motivo de gozo para las personas consagradas; están ahora más cercanas a los otros miembros del pueblo de Dios con los que comparten un camino común de seguimiento de Cristo, en una comunión más auténtica, en la emulación y en la reciprocidad, en la ayuda mutua de la comunión eclesial, sin superioridad o inferioridad. Al mismo tiempo, esta toma de conciencia es un llamamiento a comprender el valor del signo de la vida consagrada en relación con la santidad de todos los miembros de la Iglesia.

Si es verdad, en efecto, que todos los cristianos están llamados «a la santidad y a la perfección en su propio estado»,⁴⁴ las personas consagradas, gracias a una «nueva y especial consagración»⁴⁵ tienen la misión de hacer resplandecer la forma de vida de Cristo, a través del testimonio de los consejos evangélicos, como apoyo a la fidelidad de todo el cuerpo de Cristo. No es ésta una dificultad, es más bien un estímulo a la originalidad y a la aportación específica de los carismas de la vida consagrada, que son al mismo tiempo carismas de espiritualidad compartida y de misión en favor de la santidad de la Iglesia.

En definitiva estos retos pueden constituir un fuerte llamamiento a profundizar la vivencia propia de la vida consagrada, cuyo testimonio es hoy más necesario que nunca. Es oportuno recordar cómo los santos fundadores y fundadoras han sabido responder con una genuina creatividad carismática a los retos y a las dificultades del propio tiempo.

La función de los superiores y de las superiores

14. Descubrir el sentido y la calidad de la vida consagrada es tarea fundamental de los superiores y de las superiores, a los que se ha confiado el servicio de la autoridad, un deber exigente y a veces contestado. Eso requiere una presencia constante, capaz de animar y de proponer, de recordar la razón de ser de la vida consagrada, de ayudar a las personas que se les han confiado a una fidelidad siempre renovada a la llamada del Espíritu. Ningún superior puede renunciar a su misión de animación, de ayuda fraterna, de propuesta, de escucha, de diálogo. Sólo así toda la comunidad podrá encontrarse unida en la plena fraternidad y en el servicio apostólico

y ministerial. Siguen siendo de gran actualidad las indicaciones ofrecidas por el documento de nuestra Congregación *La vida fraterna en comunidad* cuando, al hablar de los aspectos de la autoridad que hoy es necesario valorar, reclama la función de autoridad espiritual, de autoridad creadora de unidad, de autoridad que sabe tomar la decisión final y garantizar su ejecución.⁴⁶

A cada uno de sus miembros se le pide una participación convencida y personal en la vida y en la misión de la propia comunidad. Aun cuando en última instancia, y según el derecho propio, corresponde a la autoridad tomar las decisiones y hacer las opciones, el diario camino de la vida fraterna en comunidad pide una participación que permite el ejercicio del diálogo y del discernimiento. Cada uno y toda la comunidad pueden, así, comparar la propia vida con el proyecto de Dios, haciendo juntos su voluntad.⁴⁷ La corresponsabilidad y la participación se ejercen también en los diversos tipos de consejos a varios niveles, lugares en los que debe reinar de tal modo la plena comunión que se perciba la presencia del Señor que ilumina y guía. El Santo Padre no ha dudado en recordar *la antigua sabiduría* de la tradición monástica para un recto ejercicio concreto de la espiritualidad de comunión que promueve y asegura la activa participación de todos.⁴⁸

En todo esto ayudará una seria formación permanente, en el interior de una radical reconsideración del problema de la formación en los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica, para un camino auténtico de renovación: éste, en efecto, «depende principalmente de la formación de sus miembros».⁴⁹

La formación permanente

15. El tiempo en que vivimos impone una reflexión general acerca de la formación de las personas consagradas, ya no limitada a un periodo de la vida. No sólo para que sean siempre más capaces de insertarse en una realidad que cambia con un ritmo muchas veces frenético, sino también porque es la misma vida consagrada la que exige por su naturaleza una disponibilidad constante en quienes son llamados a ella. Si, en efecto, la vida consagrada es en sí misma «una progresiva asimilación de los sentimientos de Cristo»,⁵⁰ parece evidente que tal camino no podrá sino durar toda la vida, para comprometer *toda* la persona, corazón, mente y fuerzas (cf. *Mt 22, 37*), y hacerla semejante al Hijo que se dona al Padre por la humanidad. Concebida así la formación, no es sólo tiempo *pedagógico* de preparación a los votos, sino que representa un modo *teológico* de pensar la misma vida consagrada, que es en sí formación nunca terminada, «participación en la acción del Padre que, mediante el Espíritu, infunde en el corazón ... los sentimientos del Hijo».⁵¹

Por tanto, es muy importante que toda persona consagrada sea formada en la libertad de aprender durante toda la vida, en toda edad y en todo momento, en todo ambiente y contexto humano, de toda persona y de toda cultura, para dejarse instruir por cualquier parte de verdad y belleza que encuentra junto a sí. Pero, sobre todo, deberá aprender a dejarse formar por la vida de cada día, por su propia comunidad y por sus hermanos y hermanas, por las cosas de siempre, ordinarias y extraordinarias,

por la oración y por el cansancio apostólico, en la alegría y en el sufrimiento, hasta el momento de la muerte.

Serán decisivas, por tanto, *la apertura hacia el otro y la alteridad*, y, en particular, *la relación con el tiempo*. Las personas en formación continua se apropian del tiempo, no lo padecen, lo acogen como don y entran con sabiduría en los varios ritmos (diario, semanal, mensual, anual) de la vida misma, buscando la sintonía entre ellos y el ritmo fijado por Dios inmutable y eterno, que señala *los días, los siglos y el tiempo*. De modo particular, la persona consagrada aprende a dejarse modelar *por el año litúrgico*, en cuya escuela revive gradualmente en sí los misterios de la vida del Hijo de Dios con sus mismos sentimientos, para *caminar desde Cristo* y desde su Pascua de muerte y resurrección todos los días de su vida.

La animación vocacional

16. Uno de los primeros frutos de un camino de formación permanente es la capacidad diaria de vivir la vocación como don siempre nuevo, que se acoge con un corazón agradecido. Un don al que hay que corresponder con una actitud cada vez más responsable, y que hay que testimoniar con mayor convicción y capacidad de contagio, para que los demás puedan sentirse llamados por Dios para aquella vocación particular o por otros caminos. El consagrado es también por naturaleza animador vocacional; en efecto, quien ha sido llamado, tiene que llamar. Existe, pues, una unión natural entre formación permanente y animación vocacional.

El servicio a las vocaciones es uno de los nuevos y más comprometidos retos que ha de afrontar hoy la vida consagrada. Por un lado la globalización de la cultura y la complejidad de las relaciones sociales hacen difíciles las opciones de vida radicales y duraderas; por otro, el mundo vive en una creciente experiencia de sufrimientos materiales y morales que minan la dignidad misma del ser humano y exigen, con ruego silencioso, que haya quien anuncie con fuerza el mensaje de paz y de esperanza, que lleve la salvación de Cristo. Resuenan en nuestras mentes las palabras de Jesús a sus apóstoles: «La mies es abundante y los obreros pocos. Rogad al Dueño de la mies que mande obreros a su mies» (*Mt 9, 37-38; Lc 10, 2*).

El primer compromiso de la pastoral vocacional es siempre la oración. Sobre todo allí donde son raros los ingresos en la vida consagrada, se necesita una fe renovada en el Dios que puede hacer surgir de las piedras hijos de Abrahán (cf. *Mt 3, 9*) y hacer fecundos los senos estériles si es invocado con confianza. Todos los fieles, y sobre todo los jóvenes, están comprometidos en esta manifestación de fe en Dios, que es el único que puede llamar y enviar obreros a su mies. Toda la Iglesia local, obispos, presbíteros, laicos, personas consagradas, está llamada a asumir la responsabilidad ante las vocaciones de particular consagración.

El camino maestro de la promoción vocacional a la vida consagrada es el que el mismo Señor inició cuando dijo a los apóstoles Juan y Andrés: «*Venid y veréis*» (*Jn 1, 39*). Este encuentro, acompañado por el compartir la vida, exige a las personas consagradas vivir profundamente su consagración para ser un signo visible de la

alegría que Dios da a quien escucha su llamada. De ahí la necesidad de comunidades acogedoras y capaces de compartir su ideal de vida con los jóvenes, dejándose interpelar por sus exigencias de autenticidad, dispuestas a caminar con ellos.

Ambiente privilegiado para este anuncio vocacional es la Iglesia local. Aquí todos los ministerios y carismas expresan su reciprocidad⁵² y realizan juntos la comunión en el único Espíritu de Cristo y la multiplicidad de sus manifestaciones. La presencia activa de las personas consagradas ayudará a las comunidades cristianas a ser *laboratorios de la fe*,⁵³ lugares de búsqueda, de reflexión y de encuentro, de comunión y de servicio apostólico, en los que todos se sienten partícipes en la edificación del Reino de Dios en medio de los hombres. Se crea así el clima característico de la Iglesia como familia de Dios, un ambiente que facilita el mutuo conocimiento, el compartir y el *contagio* de los valores propios que están al origen de la donación de la propia vida a la causa del Reino.

17. La atención a las vocaciones es una tarea crucial para el porvenir de la vida consagrada. La disminución de las vocaciones particularmente en el mundo occidental y su crecimiento en Asia y en África está perfilando una nueva geografía de la presencia de la vida consagrada en la Iglesia y nuevos equilibrios culturales en la vida de los Institutos. Este estado de vida, que con la profesión de los consejos evangélicos da a los rasgos característicos de Jesús una típica y permanente visibilidad en medio del mundo,⁵⁴ vive hoy un tiempo particular de reflexión y de búsqueda con modalidades nuevas y en culturas nuevas. Éste es ciertamente un inicio prometedor para el desarrollo de expresiones inexploradas de sus múltiples formas carismáticas.

Las transformaciones en marcha piden directamente a cada uno de los Institutos de vida consagrada y a las Sociedades de vida apostólica dar un fuerte sentido evangélico a su presencia en la Iglesia y a su servicio a la humanidad. La pastoral de las vocaciones exige desarrollar nuevas y más profundas capacidades de encuentro; ofrecer, con el testimonio de la vida, itinerarios peculiares de seguimiento de Cristo y de santidad; anunciar, con fuerza y claridad, la libertad que brota de una vida pobre, que tiene como único tesoro el Reino de Dios; la profundidad del amor de una existencia casta, que quiere tener un solo corazón: el de Cristo; la fuerza de santificación y renovación encerrada en una vida obediente, que tiene un único horizonte: dar cumplimiento a la voluntad de Dios para la salvación del mundo.

La promoción de las vocaciones hoy es un deber que no se puede delegar de manera exclusiva en algunos especialistas ni separarlo de una verdadera y propia pastoral juvenil que haga sentir sobre todo el amor concreto de Cristo hacia los jóvenes. Cada comunidad y todos los miembros del Instituto están llamados a hacerse cargo del contacto con los jóvenes, de una pedagogía evangélica del seguimiento de Cristo y de la transmisión del carisma; los jóvenes esperan que se sepan proponer estilos de vida auténticamente evangélicos y caminos de iniciación a los grandes valores espirituales de la vida humana y cristiana. Son, por tanto, las personas consagradas las que deben descubrir el arte pedagógico de suscitar y sacar a la luz los profundos interrogantes, con mucha frecuencia escondidos en el corazón de la

persona, en particular de los jóvenes. Esas personas, acompañando el camino de discernimiento vocacional, ayudarán a mostrar la fuente de su identidad. Comunicar la propia experiencia de vida es siempre hacer memoria y volver a ver la luz que guió la elección vocacional personal.

Los caminos formativos

18. En lo que atañe a la formación, nuestro Dicasterio ha publicado dos documentos, *Potissimum institutioni* y *La colaboración entre los Institutos para la formación*. Somos bien conscientes de los retos siempre nuevos que los Institutos deben afrontar en este campo.

Las nuevas vocaciones que llaman a las puertas de la vida consagrada presentan profundas diferencias y necesitan atenciones personales y metodológicas adecuadas para asumir su concreta situación humana, espiritual y cultural. Por esto es necesario poner en marcha un discernimiento sereno, libre de las tentaciones del número o de la eficacia, para verificar, a la luz de la fe y de las posibles contraindicaciones, la veracidad de la vocación y la rectitud de intenciones. Los jóvenes tienen necesidad de ser estimulados hacia los altos ideales del seguimiento radical de Cristo y a las exigencias profundas de la santidad, en vista de una vocación que los supera y quizá va más allá del proyecto inicial que los ha empujado a entrar en un determinado Instituto. La formación, por tanto, deberá tener las características de la *iniciación al seguimiento radical de Cristo*. Si el fin de la vida consagrada consiste en la conformación con el Señor Jesús, es necesario poner en marcha un itinerario de progresiva asimilación de los sentimientos de Cristo hacia el Padre.⁵⁵ Esto ayudará a integrar conocimientos teológicos, humanísticos y técnicos con la vida espiritual y apostólica del Instituto y conservará siempre la característica de *escuela de santidad*.

Los retos más comprometidos que la formación tiene que afrontar provienen de los valores que dominan la cultura globalizada de nuestros días. El anuncio cristiano de la vida como vocación, nacida de un proyecto de amor del Padre y necesitada de un encuentro personal y salvífico con Cristo en la Iglesia, se debe confrontar con concepciones y proyectos dominados por culturas e historias sociales extremadamente diversificadas. Existe el riesgo de que las elecciones subjetivas, los proyectos individuales y las orientaciones locales se superpongan a la regla, al estilo de vida comunitaria y al proyecto apostólico del Instituto. Es necesario poner en práctica un diálogo formativo capaz de acoger las características humanas, sociales y espirituales de las que cada uno es portador, de distinguir en ellas los límites humanos, que piden una superación, y las invitaciones del Espíritu, que pueden renovar la vida del individuo y del Instituto. En un tiempo de profundas transformaciones, la formación deberá estar atenta a arraigar en el corazón de los jóvenes consagrados los valores humanos, espirituales y carismáticos necesarios, que los hagan aptos para vivir una *fidelidad dinámica*,⁵⁶ en la estela de la tradición espiritual y apostólica del Instituto.

La interculturalidad, las diferencias de edad y el diverso planteamiento caracterizan cada vez más a los Institutos de vida consagrada. La formación deberá educar al diálogo comunitario en la cordialidad y en la caridad de Cristo, enseñando a acoger las diversidades como riqueza y a integrar los diversos modos de ver y sentir. Así la búsqueda constante de la unidad en la caridad se convertirá en *escuela de comunión* para las comunidades cristianas y propuesta de fraterna convivencia entre los pueblos.

Además se deberá prestar particular atención a una formación cultural de acuerdo con los tiempos y en diálogo con la búsqueda de sentido del hombre de hoy. Por esto se pide una mayor preparación en el campo filosófico, teológico, psico-pedagógico y una orientación más profunda sobre la vida espiritual, modelos más adecuados y respetuosos con las culturas en las que nacen las nuevas vocaciones, itinerarios bien definidos para la formación permanente, y, sobre todo, se desea que se destinen a la formación las mejores energías, aunque esto comporte notables sacrificios. Dedicar personal cualificado y su adecuada preparación es tarea prioritaria.

Debemos ser sumamente generosos en dedicar tiempo y las mejores energías a la formación. Las personas de los consagrados son, en efecto, uno de los bienes más preciados de la Iglesia. Sin ellas, todos los planes formativos y apostólicos se quedan en teoría, en deseos inútiles. Sin olvidar que, en una época acelerada como la nuestra, lo que hace falta más que otra cosa es tiempo, perseverancia y espera paciente para alcanzar los objetivos formativos. En unas circunstancias en las que prevalece la rapidez y la superficialidad, necesitamos serenidad y profundidad porque en realidad la persona se va forjando muy lentamente.

Algunos retos particulares

19. Si se ha subrayado la necesidad de la calidad de la vida y el cuidado que se debe tener con las exigencias formativas es porque estos parecen ser los aspectos más urgentes. La Congregación para los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica quisiera estar cercana a las personas consagradas en todos los problemas y continuar un diálogo cada vez más sincero y constructivo.

Los Padres de la Plenaria son conscientes de esta necesidad y han manifestado el deseo de un mayor conocimiento y colaboración con los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica. Su presencia en la Iglesia local, y en particular la de las diversas congregaciones de derecho diocesano, la de las Vírgenes consagradas y de los eremitas, exige una especial atención por parte del Obispo diocesano y de su presbiterio.

Al mismo tiempo, son sensibles a los interrogantes que se ponen religiosos y religiosas respecto a las grandes obras a las que hasta el momento se han dedicado en la línea de los respectivos carismas: hospitales, colegios, escuelas, casas de acogida y de retiro. En algunas partes del mundo se las piden con urgencia, en otras son difíciles de regentar. Para encontrar caminos valientes se necesita creatividad, cautela, diálogo entre los miembros del Instituto, entre los Institutos con obras semejantes y con los responsables de la Iglesia particular.

También son muy actuales las temáticas de la inculturación. Miran la manera de encarnar la vida consagrada, la adaptación de las formas de espiritualidad y de apostolado, las formas de gobierno, la formación, la gestión de los recursos y de los bienes económicos, el desarrollo de la misión. Los deseos expresados por el Papa a toda la Iglesia valen también para la vida consagrada: «El cristianismo del tercer milenio debe responder cada vez mejor a esta *exigencia de inculturación*. Permaneciendo plenamente uno mismo, en total fidelidad al anuncio evangélico y a la tradición eclesial, llevará consigo también el rostro de tantas culturas y de tantos pueblos en que ha sido acogido y arraigado». ⁵⁷ De una verdadera inculturación se espera un notable enriquecimiento y un nuevo impulso espiritual y apostólico para la vida consagrada y para toda la Iglesia.

Podríamos revisar otras muchas expectativas de la vida consagrada al comienzo de este nuevo milenio y no acabaríamos nunca, porque el Espíritu empuja siempre hacia adelante, siempre más allá. La palabra del Maestro debe suscitar en todos sus discípulos y discípulas un gran entusiasmo para recordar con gratitud el pasado, vivir con pasión el presente y abrirnos con confianza al futuro. ⁵⁸

Escuchando la invitación hecha por el Papa Juan Pablo II a toda la Iglesia, la vida consagrada decididamente debe caminar desde Cristo, contemplando su rostro, favoreciendo los caminos de la espiritualidad como vida, pedagogía y pastoral: «La Iglesia espera también vuestra colaboración, hermanos y hermanas consagrados, para avanzar a lo largo de este nuevo tramo de camino según las orientaciones que he trazado en la Carta Apostólica *Novo millennio ineunte: contemplar* el rostro de Cristo, *partir* de Él, *ser testigos* de su amor». ⁵⁹ Sólo entonces la vida consagrada encontrará nuevo vigor para ponerse al servicio de toda la Iglesia y de la entera humanidad.

Tercera Parte

LA VIDA ESPIRITUAL EN EL PRIMER LUGAR

20. La vida consagrada, como toda forma de vida cristiana, es por su naturaleza dinámica, y cuantos son llamados por el Espíritu a abrazarla tienen necesidad de renovarse constantemente en el crecimiento hasta llegar a la unidad perfecta del Cuerpo de Cristo (cf. *Ef* 4, 13). Nació por el impulso creador del Espíritu que ha movido a los fundadores y fundadoras por el camino del Evangelio suscitando una admirable variedad de carismas. Ellos, disponibles y dóciles a su guía, han seguido a Cristo más de cerca, han entrado en su intimidad y han compartido completamente su misión.

Su experiencia del Espíritu exige no sólo que la conserven cuantos les han seguido, sino también que la profundicen y la desarrollen. ⁶⁰ También hoy el Espíritu Santo pide disponibilidad y docilidad a su acción siempre nueva y creadora. Solo Él puede mantener constante la frescura y la autenticidad de los comienzos y, al mismo tiempo, infundir el coraje de la audacia y de la creatividad para responder a los signos de los tiempos.

Es preciso, por tanto, dejarse conducir por el Espíritu al descubrimiento siempre renovado de Dios y de su Palabra, a un amor ardiente por Él y por la humanidad, a una nueva comprensión del carisma recibido. Se trata de dirigir la mirada a la espiritualidad entendida en el sentido más fuerte del término, o sea *la vida según el Espíritu*. La vida consagrada hoy necesita sobre todo de un impulso espiritual, que ayude a penetrar en lo concreto de la vida el sentido evangélico y espiritual de la consagración bautismal y de su *nueva y especial consagración*.

«La vida espiritual, por tanto, debe ocupar el primer lugar en el programa de las Familias de vida consagrada, de tal modo que cada Instituto y cada comunidad aparezcan como escuelas de auténtica espiritualidad evangélica».⁶¹ Debemos dejar que el Espíritu abra abundantemente las fuentes de agua viva que brotan de Cristo. Es el Espíritu quien nos hace reconocer en Jesús de Nazaret al Señor (cf. *1Co* 12, 3), el que hace oír la llamada a su seguimiento y nos identifica con él: «el que no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Cristo» (*Rm* 8, 9). Él es quien, haciéndonos hijos en el Hijo, da testimonio de la paternidad de Dios, nos hace conscientes de nuestra filiación y nos da el valor de llamarlo «Abba, Padre» (*Rm* 8, 15). Él es quien infunde el amor y engendra la comunión. En definitiva, la vida consagrada exige un renovado esfuerzo a la santidad que, en la simplicidad de la vida de cada día, tenga como punto de mira el radicalismo del sermón de la montaña,⁶² del amor exigente, vivido en la relación personal con el Señor, en la vida de comunión fraterna, en el servicio a cada hombre y a cada mujer. Tal novedad interior, enteramente animada por la fuerza del Espíritu y proyectada hacia el Padre en la búsqueda de su Reino, consentirá a las personas consagradas *caminar desde Cristo* y ser testigos de su amor.

La llamada a descubrir las propias raíces y las propias opciones en la espiritualidad abre caminos hacia el futuro. Se trata, ante todo, de vivir en plenitud *la teología de los consejos evangélicos a partir del modelo de vida trinitario*, según las enseñanzas de *Vita consecrata*,⁶³ con una nueva oportunidad de confrontarse con las fuentes de los propios carismas y de los propios textos constitucionales, siempre abiertos a nuevas y más comprometidas interpretaciones. El sentido dinámico de la espiritualidad ofrece la ocasión de profundizar, en esta época de la Iglesia, una espiritualidad más eclesial y comunitaria, más exigente y madura en la ayuda recíproca en la consecución de la santidad, más generosa en las opciones apostólicas. Finalmente, una espiritualidad más abierta para ser *pedagogía y pastoral de la santidad* en el interior de la vida consagrada y en su irradiación a favor de todo el pueblo de Dios. El Espíritu Santo es el alma y el animador de la espiritualidad cristiana, por esto es preciso confiarse a su acción que parte del íntimo de los corazones, se manifiesta en la comunión y se amplía en la misión.

Caminar desde Cristo

21. Es necesario, por tanto, adherirse cada vez más a Cristo, centro de la vida consagrada, y retomar un camino de conversión y de renovación que, como en la experiencia primera de los apóstoles, antes y después de su resurrección, sea un

caminar desde Cristo. Sí, es necesario caminar desde Cristo, porque de Él han partido los primeros discípulos en Galilea; de Él, a lo largo de la historia de la Iglesia, han salido hombres y mujeres de toda condición y cultura que, consagrados por el Espíritu en virtud de la llamada, por Él han dejado familia y patria y lo han seguido incondicionalmente, haciéndose disponibles para el anuncio del Reino y para hacer el bien a todos (cf. *Hch* 10, 38).

El conocimiento de la propia pobreza y fragilidad y, a la vez, de la grandeza de la llamada, ha llevado con frecuencia a repetir con el apóstol Pedro: «Apártate de mí, Señor, que soy un pecador» (*Lc* 5, 8). Sin embargo, el don de Dios ha sido más fuerte que la insuficiencia humana. Y Cristo mismo, en efecto, se ha hecho presente en las comunidades que a lo largo de los siglos se han reunido en su nombre, las ha colmado de sí y de su Espíritu, las ha orientado hacia el Padre, las ha guiado por los caminos del mundo al encuentro de los hermanos y hermanas, las ha hecho instrumentos de su amor y constructoras del Reino en comunión con todas las demás vocaciones en la Iglesia.

Las personas consagradas pueden y deben caminar desde Cristo, porque Él mismo ha venido primero a su encuentro y les acompaña en el camino (cf. *Lc* 24, 13-22). Su vida es la proclamación de la primacía de la gracia;⁶⁴ sin Cristo no pueden hacer nada (cf. *Jn* 15, 5); en cambio todo lo pueden en aquél que los conforta (cf. *Flp* 4, 13).

22. *Caminar desde Cristo* significa proclamar que la vida consagrada es especial seguimiento de Cristo, «memoria viviente del modo de existir y de actuar de Jesús como Verbo encarnado ante el Padre y ante los hermanos».⁶⁵ Esto conlleva una particular comunión de amor con Él, constituido el centro de la vida y fuente continua de toda iniciativa. Es, como recuerda la Exhortación apostólica *Vita consecrata*, experiencia del compartir, «especial gracia de intimidad»;⁶⁶ «identificarse con Él, asumiendo sus sentimientos y su forma de vida»,⁶⁷ es una vida «afianzada por Cristo»,⁶⁸ «tocada por la mano de Cristo, conducida por su voz y sostenida por su gracia».⁶⁹

Toda la vida de consagración sólo puede ser comprendida desde este punto de partida: los *consejos evangélicos* tienen sentido en cuanto ayudan a cuidar y favorecer el amor por el Señor en plena docilidad a su voluntad; la *vida fraterna* está motivada por aquel que reúne junto a sí y tiene como fin gozar de su constante presencia; la *misión* es su mandato y lleva a la búsqueda de su rostro en el rostro de aquellos a los que se envía para compartir con ellos la experiencia de Cristo.

Éstas fueron las intenciones de los fundadores de las diferentes comunidades e institutos de vida consagrada. Éstos los ideales que animaron generaciones de mujeres y hombres consagrados.

Caminar desde Cristo significa reencontrar el primer amor, el destello inspirador con que se comenzó el seguimiento. Suya es la primacía del amor. El seguimiento es sólo la respuesta de amor al amor de Dios. Si «nosotros amamos» es «porque Él nos ha amado primero» (*1Jn* 4, 10.19). Eso significa reconocer su amor personal con aquel íntimo conocimiento que hacía decir al apóstol Pablo: «Cristo *me* ha amado y ha dado su vida *por mí*» (*Ga* 2, 20).

Sólo el conocimiento de ser objeto de un amor infinito puede ayudar a superar toda dificultad personal y del Instituto. Las personas consagradas no podrán ser creativas, capaces de renovar el Instituto y abrir nuevos caminos de pastoral, si no se sienten animadas por este amor. Este amor es el que les hace fuertes y audaces y el que les infunde valor y osadía.

Los votos con que los consagrados se comprometen a vivir los consejos evangélicos confieren toda su radicalidad a la respuesta de amor. La virginidad ensancha el corazón en la medida del amor de Cristo y les hace capaces de amar como Él ha amado. La pobreza les hace libres de la esclavitud de las cosas y necesidades artificiales a las que empuja la sociedad de consumo, y les hace descubrir a Cristo, único tesoro por el que verdaderamente vale la pena vivir. La obediencia pone la vida enteramente en sus manos para que la realice según el diseño de Dios y haga una obra maestra. Se necesita el valor de un seguimiento generoso y alegre.

Contemplar los rostros de Cristo

23. El camino que la vida consagrada debe emprender al comienzo del nuevo milenio está guiado por la contemplación de Cristo, con la mirada «más que nunca fija en el rostro del Señor».⁷⁰ Pero, ¿dónde contemplar concretamente el rostro de Cristo? Hay una multiplicidad de presencias que es preciso descubrir de manera siempre nueva.

Él está siempre presente en su Palabra y en los Sacramentos, de manera especial en la Eucaristía. Vive en su Iglesia, se hace presente en la comunidad de los que están unidos en su nombre. Está delante de nosotros en cada persona, identificándose de modo particular con los pequeños, con los pobres, con el que sufre, con el más necesitado. Viene a nuestro encuentro en cada acontecimiento gozoso o triste, en la prueba y en la alegría, en el dolor y en la enfermedad.

La santidad es el fruto del encuentro con Él en las muchas presencias donde podemos descubrir su rostro de Hijo de Dios, un rostro doliente y, a la vez, el rostro del Resucitado. Como Él se hizo presente en el diario vivir, así también hoy está en la vida cotidiana donde continúa mostrando su rostro. Para reconocerlo es preciso una mirada de fe, formada en la familiaridad con la Palabra de Dios, en la vida sacramental, en la oración y sobre todo en el ejercicio de la caridad, porque sólo el amor permite conocer plenamente el Misterio.

Podemos señalar algunos *lugares* privilegiados en los que se puede contemplar el rostro de Cristo, *para un renovado compromiso en la vida del Espíritu*. Éstos son los caminos de una espiritualidad vivida, compromiso prioritario en este tiempo, ocasión de releer en la vida y en la experiencia diaria las riquezas espirituales del propio carisma, en un contacto renovado con las mismas fuentes que han hecho surgir, *por la experiencia del Espíritu* de los fundadores y de las fundadoras, el destello de la vida nueva y de las obras nuevas, las específicas relecturas del Evangelio que se encuentran en cada carisma.

La Palabra de Dios

24. Vivir la espiritualidad significa sobre todo partir de la persona de Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, presente en su Palabra, «primera fuente de toda espiritualidad», como recuerda Juan Pablo II a los consagrados.⁷¹ La santidad no se concibe si no es a partir de una renovada escucha de la Palabra de Dios. «En particular –leemos en la *Novo millennio ineunte*– es necesario que la escucha de la Palabra se convierta en un encuentro vital, ... que permita encontrar en el texto bíblico la palabra viva que interpela, orienta y modela la existencia».⁷² Es allí, en efecto, donde el Maestro se revela, educa el corazón y la mente. Es allí donde se madura la visión de fe, aprendiendo a ver la realidad y los acontecimientos con la mirada misma de Dios, hasta tener el pensamiento de Cristo (cf. *1Co* 2, 16).

El Espíritu Santo ha iluminado con luz nueva la Palabra de Dios a los fundadores y fundadoras. De ella ha brotado cada carisma y de ella quiere ser expresión cada Regla. En línea de continuidad con los fundadores y fundadoras, sus discípulos también hoy están llamados a acoger y guardar en el corazón la Palabra de Dios, para que siga siendo lámpara para sus pasos y luz en su sendero (cf. *Sal* 118, 105). Entonces el Espíritu Santo podrá guiarlos a la verdad plena (cf. *Jn* 16, 13).

La Palabra de Dios es el alimento para la vida, para la oración y para el camino diario, el principio de unificación de la comunidad en la unidad de pensamiento, la inspiración para la constante renovación y para la creatividad apostólica. El Concilio Vaticano II ya había indicado la vuelta al Evangelio como el primer gran principio de renovación.⁷³

Como en toda la Iglesia, también dentro de las comunidades y de los grupos de consagrados y consagradas, en estos años se ha desarrollado un contacto más vivo e inmediato con la Palabra de Dios. Es un camino que hay que recorrer cada vez con nueva intensidad. «Es necesario —ha dicho el Papa— que no os canséis de hacer un alto en la meditación de la Sagrada Escritura y, sobre todo, de los santos Evangelios, para que se impriman en vosotros los rasgos del Verbo Encarnado».⁷⁴

La vida fraterna en comunidad favorece también el redescubrimiento de la dimensión eclesial de la Palabra: acogerla, meditarla, vivirla juntos, comunicar las experiencias que de ella florecen y así adentrarse en una auténtica espiritualidad de comunión.

En este contexto, conviene recordar la necesidad de una constante referencia a la Regla, porque en la Regla y en las Constituciones «se contiene un itinerario de seguimiento, caracterizado por un carisma específico reconocido por la Iglesia».⁷⁵ Este itinerario de seguimiento traduce la particular interpretación del Evangelio dada por los fundadores y por las fundadoras, dóciles al impulso del Espíritu, y ayuda a los miembros del Instituto a vivir concretamente según la Palabra de Dios.

Alimentados por la Palabra, transformados en hombres y mujeres nuevos, libres, evangélicos, los consagrados podrán ser auténticos *siervos de la Palabra* en el compromiso de la evangelización. Así es como cumplen una prioridad para la iglesia al comienzo del nuevo milenio: «Hace falta reavivar en nosotros el impulso de los

orígenes, dejándonos impregnar por el ardor de la predicación apostólica después de Pentecostés». ⁷⁶

Oración y contemplación

25. La oración y la contemplación son el lugar de la acogida de la Palabra de Dios y, a la vez, ellas mismas surgen de la escucha de la Palabra. Sin una vida interior de amor que atrae a sí al Verbo, al Padre, al Espíritu (cf. *Jn* 14, 23) no puede haber mirada de fe; en consecuencia, la propia vida pierde gradualmente el sentido, el rostro de los hermanos se hace opaco y es imposible descubrir en ellos el rostro de Cristo, los acontecimientos de la historia quedan ambiguos cuando no privados de esperanza, la misión apostólica y caritativa degenera en una actividad dispersiva.

Toda vocación a la vida consagrada ha nacido de la contemplación, de momentos de intensa comunión y de una profunda relación de amistad con Cristo, de la belleza y de la luz que se ha visto resplandecer en su rostro. Allí ha madurado el deseo de estar siempre con el Señor –«¡qué hermoso es estar aquí!» (*Mt* 17, 4)– y de seguirlo. Toda vocación debe madurar constantemente en esta intimidad con Cristo. «Vuestro primer cuidado, por tanto –recuerda Juan Pablo II a las personas consagradas–, no puede estar más que en la línea de la *contemplación*. Toda realidad de vida consagrada nace cada día y se regenera en la incesante contemplación del rostro de Cristo». ⁷⁷

Los monjes y las monjas, así como los eremitas, con diversa modalidad, dedican más espacio a la alabanza coral de Dios y a la oración silenciosa prolongada. Los miembros de los institutos seculares, así como las vírgenes consagradas en el mundo, ofrecen a Dios los gozos y los sufrimientos, las aspiraciones y las súplicas de todos los hombres y contemplan el rostro de Cristo que reconocen en los rostros de los hermanos y en los hechos de la historia, en el apostolado y en el trabajo de cada día. Las religiosas y los religiosos dedicados a la enseñanza, a los enfermos, a los pobres encuentran allí el rostro del Señor. Para los misioneros y los miembros de las Sociedades de vida apostólica el anuncio del Evangelio se vive, a ejemplo del apóstol Pablo, como auténtico culto (cf. *Rm* 1, 6). Toda la Iglesia goza y se beneficia de la pluralidad de formas de oración y de la variedad de modos de contemplar el único rostro de Cristo.

Al mismo tiempo se nota que, ya desde hace muchos años, la Liturgia de las Horas y la celebración de la Eucaristía han conseguido un puesto central en la vida de todo tipo de comunidad y de fraternidad, dándoles vitalidad bíblica y eclesial. Esas favorecen también la mutua edificación y pueden convertirse en un testimonio para ser, delante de Dios y con Él, «*la casa y la escuela de comunión*». ⁷⁸ Una auténtica vida espiritual exige que todos, en las diversas vocaciones, dediquen regularmente, cada día, momentos apropiados para profundizar en el coloquio silencioso con Aquél por quien se saben amados, para compartir con Él la propia vida y recibir luz para continuar el camino diario. Es una práctica a la que es necesario ser fieles, porque somos acechados constantemente por la alienación y la disipación provenientes de la

sociedad actual, especialmente de los medios de comunicación. A veces la fidelidad a la oración personal y litúrgica exigirá un auténtico esfuerzo para no dejarse consumir por un activismo destructor. En caso contrario no se produce fruto: «Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí» (Jn 15, 4).

La Eucaristía lugar privilegiado para el encuentro con el Señor

26. Dar un puesto prioritario a la espiritualidad quiere decir partir de la recuperada *centralidad de la celebración eucarística*, lugar privilegiado para el encuentro con el Señor. Allí Él se hace nuevamente presente en medio de sus discípulos, explica las Escrituras, hace arder el corazón e ilumina la mente, abre los ojos y se hace reconocer (cf. Lc 24, 13-35). La invitación de Juan Pablo II hecha a los consagrados es particularmente vibrante: «Encontradlo, queridísimos, y contempladlo de modo especial en la *Eucaristía*, celebrada y adorada cada día, como fuente y culmen de la existencia y de la acción apostólica». ⁷⁹ En la Exhortación apostólica *Vita consecrata* exhortaba a participar diariamente en el Sacramento de la Eucaristía y a su asidua y prolongada adoración. ⁸⁰ La Eucaristía, memorial del sacrificio del Señor, corazón de la vida de la Iglesia y de cada comunidad, aviva desde dentro la oblación renovada de la propia existencia, el proyecto de vida comunitaria, la misión apostólica. Todos tenemos necesidad del viático diario del encuentro con el Señor, para incluir la cotidianidad en el tiempo de Dios que la celebración del memorial de la Pascua del Señor hace presente.

Aquí se puede llevar a cabo en plenitud la *intimidad* con Cristo, la *identificación con Él*, la *total conformación a Él*, a la cual los consagrados están llamados por vocación. ⁸¹ En la Eucaristía, efectivamente, el Señor Jesús nos asocia a sí en la propia oferta pascual al Padre: ofrecemos y somos ofrecidos. La misma consagración religiosa asume una estructura eucarística: es total oblación de sí estrechamente asociada al sacrificio eucarístico.

Aquí se concentran todas las formas de oración, viene proclamada y acogida la Palabra de Dios, somos interpelados sobre la relación con Dios, con los hermanos, con todos los hombres: es el sacramento de la filiación, de la fraternidad y de la misión. Sacramento de unidad con Cristo, la Eucaristía es contemporáneamente sacramento de la unidad eclesial y de la unidad de la comunidad de consagrados. En definitiva, es «fuente de la espiritualidad de cada uno y del Instituto». ⁸²

Para que produzca con plenitud los esperados frutos de comunión y de renovación no pueden faltar las condiciones esenciales, sobre todo el perdón y el compromiso del amor mutuo. Según la enseñanza del Señor, antes de presentar la ofrenda sobre el altar es necesaria la plena reconciliación fraterna (cf. Mt 5, 23). No se puede celebrar el sacramento de la unidad permaneciendo indiferentes los unos con los otros. Se debe, por tanto, tener presente que estas *condiciones esenciales* son también *fruto y signo* de una Eucaristía bien celebrada. Porque es sobre todo en la comunión con Jesús eucaristía donde nosotros alcanzamos la capacidad de amar y de perdonar.

Además, cada celebración debe convertirse en la ocasión para renovar el compromiso de dar la vida los unos por los otros en la acogida y en el servicio. Entonces, para la celebración eucarística valdrá verdaderamente, en modo eminente, la promesa de Cristo: «Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18, 20), y, en torno a ella, la comunidad se renovará cada día.

En estas condiciones, la comunidad de los consagrados que vive el misterio pascual, renovado cada día en la Eucaristía, se convierte en testimonio de comunión y signo profético de fraternidad para la sociedad dividida y herida. De la Eucaristía nace, efectivamente, la espiritualidad de comunión, tan necesaria para establecer el diálogo de la caridad que el mundo de hoy tanto necesita.⁸³

El rostro de Cristo en la prueba

27. Vivir la espiritualidad en un continuo *caminar desde Cristo* significa comenzar siempre a partir del momento más alto de su amor –cuyo misterio guarda la Eucaristía–, cuando en la cruz Él da la vida en la máxima oblación. Los que han sido llamados a vivir los consejos evangélicos mediante la profesión no pueden menos que frecuentar la contemplación del rostro del Crucificado.⁸⁴ Es el libro en el que se aprende qué es el amor de Dios y cómo son amados Dios y la humanidad, la fuente de todos los carismas, la síntesis de todas las vocaciones.⁸⁵ La consagración, sacrificio total y holocausto perfecto, es el modo sugerido a ellos por el Espíritu Santo para revivir el misterio de Cristo crucificado, venido al mundo para dar su vida en rescate por todos (cf. Mt 20, 28; Mc 10, 45) y para responder a su infinito amor.

La historia de la vida consagrada ha expresado esta configuración a Cristo en muchas formas ascéticas que «han sido y son aún una ayuda poderosa para un auténtico camino de santidad. La ascesis ... es verdaderamente indispensable a la persona consagrada para permanecer fiel a la propia vocación y seguir a Jesús por el camino de la Cruz».⁸⁶ Hoy las personas consagradas, aun conservando la experiencia de los siglos, están llamadas a encontrar formas que estén en consonancia con nuestro tiempo. En primer lugar las que acompañan la fatiga del trabajo apostólico y aseguran la generosidad del servicio. La cruz que hay que llevar hoy sobre sí cada día (cf. Lc 9, 23) puede adquirir valores colectivos, como el envejecimiento del Instituto, la inadecuación estructural, la incertidumbre del futuro.

Ante tantas situaciones de dolor personales, comunitarias, sociales, desde el corazón de cada persona o de toda la comunidad puede resonar el grito de Jesús en la cruz: «¿Por qué me has abandonado?» (Mc 15, 34). En aquel grito dirigido al Padre, Jesús da a entender que su solidaridad con la humanidad se ha hecho tan radical que penetra, comparte y asume todo lo negativo, hasta la muerte, fruto del pecado. «Para devolver al hombre el rostro del Padre, Jesús debió no sólo asumir el rostro del hombre, sino cargarse incluso del 'rostro' del pecado».⁸⁷

Caminar desde Cristo significa reconocer que el pecado está todavía radicalmente presente en el corazón y en la vida de todos, y descubrir en el rostro doliente de Cristo el don que reconcilió a la humanidad con Dios.

A lo largo de la historia de la Iglesia las personas consagradas han sabido contemplar el *rostro doliente* del Señor también fuera de ellos. Lo han reconocido en los enfermos, en los encarcelados, en los pobres, en los pecadores. Su lucha ha sido sobre todo contra el pecado y sus funestas consecuencias; el anuncio de Jesús: «Convertíos y creed al Evangelio» (*Mc* 1, 15) ha movido sus pasos por los caminos de los hombres y ha dado esperanza de novedad de vida donde reinaba desaliento y muerte. Su servicio ha llevado a tantos hombres y mujeres a experimentar el abrazo misericordioso de Dios Padre en el sacramento de la Penitencia. También hoy es necesario proponer nuevamente con fuerza este *ministerio de la reconciliación* (cf. *2Co* 5, 18) confiado por Jesucristo a su Iglesia. Es el *mysterium pietatis*⁸⁸ del que los consagrados y consagradas están llamados a hacer frecuente experiencia en el Sacramento de la Penitencia.

Hoy se muestran nuevos rostros, en los cuales reconocer, amar y servir el rostro de Cristo allí donde se ha hecho presente: *son las nuevas pobreza materiales, morales y espirituales* que la sociedad contemporánea produce. El grito de Jesús en la cruz revela cómo ha asumido sobre sí este mal para redimirlo. La vocación de las personas consagradas sigue siendo la de Jesús y, como Él, asumen sobre sí el dolor y el pecado del mundo consumiéndolos en el amor.

La espiritualidad de comunión

28. Si «la vida espiritual debe ocupar el primer lugar en el programa de las Familias de vida consagrada»⁸⁹ deberá ser ante todo una espiritualidad de comunión, como corresponde al momento presente: «Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo.»⁹⁰

En este camino de toda la Iglesia se espera la decisiva contribución de la vida consagrada, por su específica vocación a la vida de comunión en el amor. «Se pide a las personas consagradas –se lee en *Vita consecrata*– que sean verdaderamente expertas en comunión, y que vivan la respectiva espiritualidad como testigos y artífices de aquel proyecto de comunión que constituye la cima de la historia del hombre según Dios».⁹¹

Se recuerda también, que una tarea en el hoy de las comunidades de vida consagrada es la «de *fomentar la espiritualidad de la comunión*, ante todo en su interior y, además, en la comunidad eclesial misma y más allá aún de sus confines, entablando o restableciendo constantemente el diálogo de la caridad, sobre todo allí donde el mundo de hoy está tan desgarrado por el odio étnico o las locuras homicidas».⁹² Una tarea que exige personas espirituales forjadas interiormente por el Dios de la comunión benigna y misericordiosa, y comunidades maduras donde la espiritualidad de comunión es ley de vida.

29. ¿Qué es la espiritualidad de la comunión? Con palabras incisivas, capaces de renovar relaciones y programas, Juan Pablo II enseña: «Espiritualidad de la comu-

nión significa ante todo una mirada del corazón hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado». Y además: «Espiritualidad de la comunión significa capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como “uno que me pertenece”...». De este principio derivan con lógica apremiante algunas consecuencias en el modo de *sentir* y de *obrar*: compartir las alegrías y los sufrimientos de los hermanos; intuir sus deseos y atender a sus necesidades; ofrecerles una verdadera y profunda amistad. Espiritualidad de la comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios; es saber «dar espacio» al hermano llevando mutuamente los unos las cargas de los otros. Sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de la comunión.⁹³

La espiritualidad de la comunión se presenta como clima espiritual de la Iglesia al comienzo del tercer milenio, tarea activa y ejemplar de la vida consagrada a todos los niveles. Es el camino maestro de un futuro de vida y de testimonio. La santidad y la misión pasan por la comunidad, porque Cristo se hace presente en ella y a través de ella. El hermano y la hermana se convierten en sacramento de Cristo y del encuentro con Dios, posibilidad concreta y, más todavía, necesidad insustituible para poder vivir el mandamiento del amor mutuo y por tanto la comunión trinitaria.

En estos años las comunidades y los diversos tipos de fraternidades de los consagrados se entienden más como lugar de comunión, donde las relaciones aparecen menos formales y donde se facilitan la acogida y la mutua comprensión. Se descubre también el valor divino y humano del estar juntos gratuitamente, como discípulos y discípulas en torno a Cristo Maestro, en amistad, compartiendo también los momentos de distensión y de esparcimiento.

Se nota, además, una comunión más intensa entre las diversas comunidades en el interior de los Institutos. Las comunidades multiculturales e internacionales, llamadas a «dar testimonio del sentido de la comunión entre los pueblos, las razas, las culturas»,⁹⁴ en muchas partes son ya una realidad positiva, donde se experimentan conocimiento mutuo, respeto, estima, enriquecimiento. Se revelan como lugares de entrenamiento a la integración y a la inculturación, y, al mismo tiempo, un testimonio de la universalidad del mensaje cristiano.

La Exhortación *Vita consecrata*, al presentar esta forma de vida como *signo de comunión en la Iglesia*, ha puesto en evidencia toda la riqueza y las exigencias pedidas por la vida fraterna. Antes nuestro Dicasterio había publicado el documento *Congregavit nos in unum Christi amor*, sobre la vida fraterna en comunidad. Cada comunidad deberá volver periódicamente a estos documentos para confrontar el propio camino de fe y de progreso en la fraternidad.

Comunión entre carismas antiguos y nuevos

30. La comunión que los consagrados y consagradas están llamados a vivir va más allá de la familia religiosa o del propio Instituto. Abriéndose a la comunión con los

otros Institutos y las otras formas de consagración, pueden dilatar la comunión, descubrir las raíces comunes evangélicas y juntos acoger con mayor claridad la belleza de la propia identidad en la variedad carismática, como sarmientos de la única vid. Deberían competir en la estima mutua (cf. *Rm* 12, 10) para alcanzar el carisma mejor, la caridad (cf. *ICo* 12, 31).

Se debe favorecer el encuentro y la solidaridad entre los Institutos de vida consagrada, conscientes de que la comunión «está estrechamente unida a la capacidad de la comunidad cristiana para acoger todos los dones del Espíritu. La unidad de la Iglesia no es uniformidad, sino integración orgánica de las legítimas diversidades. Es la realidad de muchos miembros unidos en un solo cuerpo, el único Cuerpo de Cristo (cf. *ICo* 12.12)». ⁹⁵

Puede ser el comienzo de una búsqueda solidaria de caminos comunes para el servicio de la Iglesia. Factores externos como la obligación de adaptarse a las nuevas exigencias de los Estados, y causas internas de los Institutos, como la disminución de los miembros, orientan ya a coordinar los esfuerzos en el campo de la formación, de la gestión de los bienes, de la educación, de la evangelización. También en tal situación podemos acoger la invitación del Espíritu a una comunión siempre más intensa. A esta labor se anima a las Conferencias de Superiores y Superiores Mayores y a las Conferencias de los Institutos seculares, a todos los niveles.

No se puede afrontar el futuro en dispersión. Es la necesidad de ser Iglesia, de vivir juntos la aventura del Espíritu y del seguimiento de Cristo, de comunicar las experiencias del Evangelio, aprendiendo a amar la comunidad y la familia religiosa del otro como la propia. Los gozos y los dolores, las preocupaciones y los acontecimientos pueden ser compartidos y son de todos.

También en relación con las nuevas formas de vida evangélica se pide diálogo y comunión. Estas nuevas asociaciones de vida evangélica, recuerda *Vita consecrata*, «no son alternativas a las precedentes instituciones, las cuales continúan ocupando el lugar insigne que la tradición les ha reservado. (...) Los antiguos Institutos, muchos de los cuales han pasado en el transcurso de los siglos por el crisol de pruebas durísimas que han afrontado con fortaleza, pueden enriquecerse entablando un diálogo e intercambiando sus dones con las fundaciones que ven la luz en nuestro tiempo». ⁹⁶

Finalmente, del encuentro y de la comunión con los carismas de los movimientos eclesiales puede nacer un recíproco enriquecimiento. Los movimientos pueden ofrecer a menudo un ejemplo de frescura evangélica y carismática, así como un impulso generoso y creativo a la evangelización. Por su parte los movimientos, así como las formas nuevas de vida evangélica, pueden aprender mucho del testimonio gozoso, fiel y carismático de la vida consagrada, que guarda un riquísimo patrimonio espiritual, múltiples tesoros de sabiduría y de experiencia y una gran variedad de formas de apostolado y de compromiso misionero.

Nuestro Dicasterio ha ofrecido ya criterios y orientaciones siempre válidas para la inserción de religiosos y religiosas en los movimientos eclesiales. ⁹⁷ Lo que aquí

quisiéramos más bien subrayar es la relación de conocimiento y de colaboración, de estímulo y del compartir que podría establecerse no sólo entre cada una de las personas sino entre los Institutos, movimientos eclesiales y nuevas formas de vida consagrada, en vista de un crecimiento en la vida del Espíritu y del cumplimiento de la única misión de la Iglesia. Se trata de carismas nacidos del impulso del mismo Espíritu, ordenados a la plenitud de la vida evangélica en el mundo, llamados a realizar juntos el mismo proyecto de Dios para la salvación de la humanidad. La espiritualidad de comunión se realiza precisamente también en este amplio diálogo de la fraternidad evangélica entre todos los miembros del Pueblo de Dios.⁹⁸

En comunión con los laicos

31. La comunión experimentada entre los consagrados lleva a la apertura más grande todavía con los otros miembros de la Iglesia. El mandamiento de amarse los unos a los otros, ejercitado en el interior de la comunidad, pide ser trasladado del plano personal al de las diferentes realidades eclesiales. Sólo en una eclesiología integral, donde las diversas vocaciones son acogidas en el interior del único Pueblo de convocados, la vocación a la vida consagrada puede encontrar su específica identidad de signo y de testimonio. Hoy se descubre cada vez más el hecho de que los carismas de los fundadores y de las fundadoras, habiendo surgido para el bien de todos, deben ser de nuevo puestos en el centro de la misma Iglesia, abiertos a la comunión y a la participación de todos los miembros del Pueblo de Dios.

En esta línea podemos constatar que ya se está estableciendo un nuevo tipo de comunión y de colaboración en el interior de las diversas vocaciones y estados de vida, sobre todo entre consagrados y laicos.⁹⁹ Los Institutos monásticos y contemplativos pueden ofrecer a los laicos una relación preferentemente espiritual y los necesarios espacios de silencio y oración. Los Institutos comprometidos en la dimensión apostólica pueden implicarlos en formas de cooperación pastoral. Los miembros de los Institutos seculares, laicos o clérigos, entran en contacto con los otros fieles en las formas ordinarias de la vida cotidiana.¹⁰⁰

La novedad de estos años es sobre todo la petición por parte de algunos laicos de participar en los ideales carismáticos de los Institutos. Han nacido iniciativas interesantes y nuevas formas institucionales de asociación a los Institutos. Estamos asistiendo a un auténtico florecer de antiguas instituciones, como son las Órdenes seculares u Órdenes Terceras, y al nacimiento de nuevas asociaciones laicales y movimientos en torno a las Familias religiosas y a los Institutos seculares. Si, a veces también en el pasado reciente, la colaboración venía en términos de suplencia por la carencia de personas consagradas necesarias para el desarrollo de las actividades, ahora nace por la exigencia de compartir las responsabilidades no sólo en la gestión de las obras del Instituto, sino sobre todo en la aspiración de vivir aspectos y momentos específicos de la espiritualidad y de la misión del Instituto. Se pide, por tanto, una adecuada formación de los consagrados así como de los laicos para una recíproca y enriquecedora colaboración.

Si en otros tiempos han sido sobre todo los religiosos y las religiosas los que han creado, alimentado espiritualmente y dirigido uniones de laicos, hoy, gracias a una siempre mayor formación del laicado, puede ser una ayuda recíproca que favorezca la comprensión de la especificidad y de la belleza de cada uno de los estados de vida. La comunión y la reciprocidad en la Iglesia no son nunca en sentido único. En este nuevo clima de comunión eclesial los sacerdotes, los religiosos y los laicos, lejos de ignorarse mutuamente o de organizarse sólo en vista de actividades comunes, pueden encontrar la relación justa de comunión y una renovada experiencia de fraternidad evangélica y de mutua emulación carismática, en una complementariedad siempre respetuosa de la diversidad.

Una semejante dinámica eclesial redundará en beneficio de la misma renovación y de la identidad de la vida consagrada. Cuando se profundiza la comprensión del carisma, siempre se descubren nuevas posibilidades de actuación.

En comunión con los Pastores

32. En esta relación de comunión eclesial con todas las vocaciones y estados de vida, un aspecto del todo particular es el de la unidad con los Pastores. En vano se pretendería cultivar una espiritualidad de comunión sin una relación efectiva y afectiva con los Pastores, en primer lugar con el Papa, centro de la unidad de la Iglesia, y con su Magisterio.

Es la concreta aplicación del *sentir con la Iglesia*, propio de todos los fieles,¹⁰¹ que brilla especialmente en los fundadores y en las fundadoras de la vida consagrada, y que se convierte en un compromiso carismático para todos los Institutos. No se puede contemplar el rostro de Cristo sin verlo resplandecer en el de su Iglesia. Amar a Cristo es amar a la Iglesia en sus personas y en sus instituciones.

Hoy más que nunca, frente a repetidos empujes centrífugos que ponen en duda principios fundamentales de la fe y de la moral católica, las personas consagradas y sus instituciones están llamadas a dar pruebas de unidad sin fisuras en torno al Magisterio de la Iglesia, haciéndose portavoces convencidos y alegres delante de todos.

Es preciso subrayar cuanto el Papa ya afirmaba en la Exhortación *Vita consecrata*: «Un aspecto distintivo de esta comunión eclesial es la adhesión de mente y de corazón al magisterio (del Papa y) de los Obispos, que ha de ser vivida con lealtad y testimoniada con nitidez ante el Pueblo de Dios por parte de todas las personas consagradas, especialmente por aquellas comprometidas en la investigación teológica, en la enseñanza, en publicaciones, en la catequesis y en el uso de los medios de comunicación social». ¹⁰² Al mismo tiempo no hay que olvidar que muchos teólogos son religiosos y que muchas escuelas de investigación están dirigidas por Institutos de vida consagrada. Son ellos los que llevan elogiosamente esta responsabilidad en el mundo de la cultura. La Iglesia mira con *atención confiada* su compromiso intelectual ante las delicadas problemáticas de frontera que hoy debe afrontar el Magisterio. ¹⁰³

Los documentos eclesiales de los últimos decenios han vuelto constantemente a tomar el escrito conciliar que invitaba a los Pastores a valorar los carismas específicos en la pastoral de conjunto. Al mismo tiempo animan a las personas consagradas a dar a conocer y a ofrecer con nitidez y confianza las propias propuestas de presencia y de trabajo en conformidad con la vocación específica.

Esto vale, de cualquier manera, también en la relación con el clero diocesano. La mayor parte de los religiosos y de las religiosas colaboran diariamente con los sacerdotes en la pastoral. Es por tanto indispensable encauzar todas las iniciativas posibles para un cada vez mayor conocimiento y aprecio recíprocos.

Sólo en armonía con la espiritualidad de comunión y con la pedagogía trazada en la *Novo millennio ineunte*, podrá ser reconocido el don que el Espíritu Santo hace a la Iglesia mediante los carismas de la vida consagrada. Vale también, de forma concreta para la vida consagrada, la *coesencialidad*, en la vida de la Iglesia, entre el elemento carismático y el jerárquico que Juan Pablo II ha mencionado muchas veces refiriéndose a los nuevos movimientos eclesiales.¹⁰⁴ El amor y el servicio en la Iglesia requieren ser vividos en la reciprocidad de una caridad mutua.

Cuarta Parte

TESTIGOS DEL AMOR

Reconocer y servir a Cristo

33. Una existencia transfigurada por los consejos evangélicos se convierte en testimonio profético silencioso y, a la vez, en elocuente protesta contra un mundo inhumano. Compromete en la promoción de la persona y despierta una nueva *imaginación de la caridad*. Lo hemos visto en los santos fundadores. Se manifiesta no sólo en la eficacia del servicio, sino sobre todo en la capacidad de hacerse solidarios con el que sufre, de manera que el gesto de ayuda sea sentido como un compartir fraterno. Esta forma de evangelización, cumplida a través del amor y la dedicación a las obras, asegura un testimonio inequívoco a la caridad de las palabras.¹⁰⁵

Además, la vida de comunión representa el primer anuncio de la vida consagrada, porque es *signo eficaz y fuerza* atractiva que lleva a creer en Cristo. La comunión, entonces, se hace ella misma misión, más aún «*la comunión genera comunión* y se configura esencialmente como *comunión misionera*». ¹⁰⁶ Las comunidades se encuentran deseosas de seguir a Cristo por los caminos de la historia del hombre,¹⁰⁷ con un compromiso apostólico y un testimonio de vida coherente con el propio carisma.¹⁰⁸ «Quien ha encontrado verdaderamente a Cristo no puede tenerlo sólo para sí, debe anunciarlo. Es necesario un nuevo impulso apostólico que sea vivido como compromiso cotidiano de las comunidades y de los grupos cristianos». ¹⁰⁹

34. Cuando se parte de Cristo la espiritualidad de comunión se convierte en una sólida y robusta espiritualidad de la acción de los discípulos y apóstoles de su Reino. Para la vida consagrada esto significa comprometerse en el servicio a los hermanos

en los que se reconoce el rostro de Cristo. En el ejercicio de esta misión apostólica *ser y hacer* son inseparables, porque el misterio de Cristo constituye el fundamento absoluto de toda acción pastoral.¹¹⁰ La aportación de los consagrados y de las consagradas a la evangelización «está (por eso), ante todo, en el testimonio de una vida totalmente entregada a Dios y a los hermanos, a imitación del Salvador que, por amor del hombre, se hizo siervo».¹¹¹ Al participar en la misión de la Iglesia, las personas consagradas no se limitan a dar una parte de tiempo sino la vida entera.

En la *Novo Millennio ineunte* parece que el Papa quiere empujar todavía más allá en el amor concreto hacia los pobres: «El siglo y el milenio que comienzan tendrán que ver todavía, y es de desear que lo vean de modo palpable, a qué grado de entrega puede llegar la caridad hacia los más pobres. Si verdaderamente hemos partido de la contemplación de Cristo, tenemos que saberlo descubrir sobre todo en el rostro de aquellos con los que Él mismo ha querido identificarse: «He tenido hambre y me habéis dado de comer, he tenido sed y me habéis dado de beber; fui forastero y me habéis hospedado; desnudo y me habéis vestido, enfermo y me habéis visitado, encarcelado y habéis venido a verme» (Mt 25, 35-36). Esta página no es una simple invitación a la caridad: es una página de cristología, que ilumina el misterio de Cristo. Sobre esta página, la Iglesia comprueba su fidelidad como Esposa de Cristo, no menos que sobre el ámbito de la ortodoxia».¹¹² El Papa ofrece también una dirección concreta de espiritualidad cuando invita a reconocer en la persona de los pobres una *presencia especial* de Cristo que *impone a la Iglesia una opción preferencial por ellos*. A través de tal opción es donde también los consagrados¹¹³ deben ser testigos del «estilo del amor de Dios, su providencia, su misericordia».¹¹⁴

35. El campo en el que el Santo Padre invita a trabajar es vasto cuanto lo es el mundo. Asomándose a este panorama, la vida consagrada «debe aprender a hacer su acto de fe en Cristo interpretando el llamamiento que Él dirige desde este mundo de la pobreza».¹¹⁵ Armonizar el anhelo universal de una vocación misionera con la inserción concreta dentro de un contexto y de una Iglesia particular será la exigencia primordial de toda actividad apostólica.

A las antiguas formas de pobreza se les han añadido otras nuevas: la desesperación del sin sentido, la insidia de la droga, el abandono en la edad avanzada o en la enfermedad, la marginación o la discriminación social.¹¹⁶ La misión, en sus formas antiguas o nuevas, es antes que nada un servicio a la dignidad de la persona en una sociedad deshumanizada, porque la primera y más grave pobreza de nuestro tiempo es conculcar con indiferencia los derechos de la persona humana. Con el dinamismo de la caridad, del perdón y de la reconciliación, los consagrados se esmeran por construir en la justicia un mundo que ofrezca nuevas y mejores posibilidades a la vida y al desarrollo de las personas. Para que esta intervención sea eficaz, es preciso tener un espíritu de pobre, purificado de intereses egoístas, dispuesto a ejercer un servicio de paz y no de violencia, una actitud solidaria y llena de compasión hacia los sufrimientos de los demás. Un estilo de proclamar las palabras y de realizar las obras de Dios inaugurado por Jesús (cf. Lc 4, 15-21) y

vivido por la Iglesia primitiva, que no puede olvidarse con la terminación del Jubileo o el paso de un milenio, sino que impulsa con mayor urgencia a realizar en la caridad un porvenir diverso. Es preciso estar preparados para pagar el precio de la persecución, porque en nuestro tiempo la causa más frecuente de martirio es la lucha por la justicia en fidelidad al Evangelio. Juan Pablo II afirma que este testimonio, «también recientemente, ha llevado al martirio a algunos hermanos y hermanas vuestros en diversas partes del mundo».¹¹⁷

En la imaginación de la caridad

36. A lo largo de los siglos, la caridad ha sido siempre para los consagrados el ámbito donde se ha vivido concretamente el Evangelio. En ella han valorado la fuerza profética de sus carismas y la riqueza de su espiritualidad en la Iglesia y en el mundo.¹¹⁸ Se reconocían, en efecto, llamados a ser «epifanía del amor de Dios».¹¹⁹ Es necesario que este dinamismo continúe ejerciéndose con fidelidad creativa, porque constituye una fuente insustituible en el trabajo pastoral de la Iglesia. En el momento en que se invoca una nueva *imaginación de la caridad* y una auténtica prueba y confirmación de la caridad de la palabra con la de las obras,¹²⁰ la vida consagrada mira con admiración la creatividad apostólica que ha hecho florecer los mil rostros de la caridad y de la santidad en formas específicas; aún no deja de sentir la urgencia de continuar, con la creatividad del Espíritu, sorprendiendo al mundo con nuevas formas de activo amor evangélico ante las necesidades de nuestro tiempo.

La vida consagrada quiere reflexionar sobre los propios carismas y sobre las propias tradiciones, para ponerlos también al servicio de las nuevas fronteras de la evangelización. Se trata de estar cerca de los pobres, de los ancianos, de los tóxicodependientes, de los enfermos de SIDA, de los desterrados, de las personas que padecen toda clase de sufrimientos por su realidad particular. Con una atención centrada en el cambio de modelos, porque no se cree suficiente la asistencia, se busca erradicar las causas en las que tiene su origen esa necesidad. La pobreza de los pueblos está causada por la ambición y por la indiferencia de muchos y por las estructuras de pecado que deben ser eliminadas, también con un compromiso serio en el campo de la educación.

Muchas antiguas y recientes fundaciones llevan a los consagrados allí donde habitualmente otros no pueden ir. En estos años, consagrados y consagradas han sido capaces de dejar las seguridades de lo *ya conocido* para lanzarse hacia ambientes y ocupaciones para ellos desconocidos. Gracias a su total consagración, en efecto, son libres para intervenir en cualquier lugar donde se den situaciones críticas, como muestran las recientes fundaciones en nuevos Países que presentan desafíos particulares, comprometiendo más provincias religiosas al mismo tiempo y creando comunidades internacionales. Con mirada penetrante y un gran corazón¹²¹ han recogido la llamada de tantos sufrimientos en una concreta diaconía de la caridad. Constituyen por todas partes un lazo de unión entre la Iglesia y grupos marginados que no se contemplan en la pastoral ordinaria.

Incluso algunos carismas que parecían responder a tiempos ya pasados, adquieren un renovado vigor en este mundo que conoce la trata de mujeres o el tráfico de niños esclavos, mientras la infancia, a menudo víctima de abusos, corre el peligro del abandono en las calles y del reclutamiento en los ejércitos.

Hoy se encuentra una mayor libertad en el ejercicio del apostolado, una irradiación más consciente, una solidaridad que se expresa con el saber estar de parte de la gente, asumiendo los problemas para responder con una fuerte atención a los signos de los tiempos y a sus exigencias. Esta multiplicación de iniciativas demuestra la importancia que la planificación tiene en la misión, cuando se quiere actuar no de manera improvisada, sino orgánica y eficiente.

Anunciar el Evangelio

37. La primera tarea que se debe tomar con entusiasmo es *el anuncio de Cristo a las gentes*. Éste depende sobre todo de los consagrados y de las consagradas que se comprometen a hacer llegar el mensaje del Evangelio a la multitud creciente de los que lo ignoran. Tal misión está todavía en los comienzos y debemos comprometernos con todas las fuerzas para llevarla a cabo.¹²² La acción confiada y audaz de los misioneros y de las misioneras deberá responder siempre mejor a la exigencia de la inculturación, así como a que no se nieguen los valores específicos de cada pueblo, sino que sean purificados y llevados a su plenitud.¹²³

Permaneciendo en total fidelidad al anuncio evangélico, el cristianismo del tercer milenio llevará consigo también el rostro de tantas culturas y de tantos pueblos en que ha sido acogido y arraigado.¹²⁴

Servir a la vida

38. Siguiendo una gloriosa tradición, un gran número de personas consagradas, sobre todo mujeres, ejercen su apostolado en el sector sanitario, continuando el ministerio de misericordia de Cristo. A ejemplo de Él, Divino Samaritano, se hacen cercanas a los que sufren para aliviar su dolor. Su competencia profesional, vigilante en la atención a humanizar la medicina, abre un espacio al Evangelio que ilumina de confianza y bondad aun las experiencias más difíciles del vivir y del morir humano. Por eso los pacientes más pobres y abandonados tendrán un lugar privilegiado en la prestación afable de sus cuidados.¹²⁵

Para la eficacia del testimonio cristiano es importante, especialmente en algunos campos delicados y controvertidos, saber explicar los motivos de la posición de la Iglesia, subrayando sobre todo que no se trata de imponer a los no creyentes una perspectiva de fe, sino de interpretar y defender los valores radicados en la naturaleza misma del ser humano.¹²⁶ La caridad se convertirá entonces, especialmente en los consagrados que trabajan en estos ambientes, en un servicio a la inteligencia, para que por todas partes se respeten los principios fundamentales de los que depende una civilización digna del hombre.

Difundir la verdad

39. También el mundo de la educación exige una presencia cualificada de los consagrados. En el misterio de la Encarnación están las bases para una antropología que es capaz de ir más allá de sus propios límites e incoherencias hacia Jesús, «el hombre nuevo» (*Ef* 4, 24; cf. *Col* 3, 10). Porque el Hijo de Dios se hizo verdaderamente hombre, el hombre puede, en Él y por medio de Él, llegar a ser realmente hijo de Dios.¹²⁷

Por la peculiar experiencia de los dones del Espíritu, por la escucha asidua de la Palabra y el ejercicio del discernimiento, por el rico patrimonio de tradiciones educativas acumuladas a través del tiempo por el propio Instituto, consagrados y consagradas están en condiciones de llevar a cabo una acción educativa particularmente eficaz. Este carisma puede dar vida a ambientes educativos impregnados del espíritu evangélico de libertad, justicia y caridad, en los que se ayude a los jóvenes a crecer en humanidad bajo la guía del Espíritu, proponiendo al mismo tiempo la santidad como meta educativa para todos, profesores y alumnos.¹²⁸

Hace falta promover en el interior de la vida consagrada *un renovado amor por el empeño cultural* que consienta elevar el nivel de la preparación personal y favorezca el diálogo entre mentalidad contemporánea y fe, para promover, también a través de las propias instituciones académicas, una evangelización de la cultura entendida como servicio a la verdad.¹²⁹ En esta perspectiva, resulta más que oportuna la presencia en los medios de comunicación social.¹³⁰ Todos los esfuerzos en este nuevo e importante campo apostólico han de ser alentados, para que las iniciativas en este sector se coordinen mejor y alcancen niveles superiores de calidad y eficacia.

La apertura a los grandes diálogos

40. *Recomenzar desde Cristo* quiere decir, finalmente, seguirlo hasta donde se ha hecho presente con su obra de salvación y vivir la amplitud de horizontes abierta por él. La vida consagrada no puede contentarse con vivir en la Iglesia y para la Iglesia. Se extiende con Cristo a las otras Iglesias cristianas, a las otras religiones, a todo hombre y mujer que no profesa convicción religiosa alguna.

La vida consagrada, por tanto, está llamada a ofrecer su colaboración específica en todos los grandes diálogos a los que el Concilio Vaticano II ha abierto la Iglesia entera. «*Comprometidos en el diálogo con todos*» es el significativo título del último capítulo de *Vita consecrata*, como lógica conclusión de toda la Exhortación apostólica.

41. El documento recuerda sobre todo cómo el Sínodo sobre la Vida Consagrada puso de relieve la profunda vinculación de la vida consagrada con la causa del ecumenismo. En efecto, si el alma del ecumenismo es la oración y la conversión, no cabe duda de que los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica tienen un deber particular de cultivar este compromiso. Es urgente que en la vida de las personas consagradas se dé un mayor espacio a la oración ecuménica y al testimonio, para que con la fuerza del Espíritu Santo sea posible derribar los muros

de las divisiones y de los prejuicios.¹³¹ Ningún Instituto de vida consagrada ha de sentirse dispensado de trabajar en favor de esta causa.

Hablando después de las formas del diálogo ecuménico, *Vita consecrata* indica como particularmente aptas a los miembros de las comunidades religiosas el compartir la *lectio divina*, la participación en la oración común, en la que el Señor garantiza su presencia (cf. *Mt* 18, 20). La amistad, la caridad y la colaboración en iniciativas comunes de servicio y de testimonio harán experimentar la dulzura de convivir los hermanos unidos (cf. *Sal* 133 [132]). No menos importantes son el conocimiento de la historia, de la doctrina, de la liturgia, de la actividad caritativa y apostólica de los otros cristianos.¹³²

42. Para el diálogo interreligioso *Vita consecrata* pone dos requisitos fundamentales: el testimonio evangélico y la libertad de espíritu. Sugiere después algunos instrumentos particulares como el conocimiento mutuo, el respeto recíproco, la amistad cordial y la sinceridad recíproca con los ambientes monásticos de otras religiones.¹³³

Un posterior ámbito de colaboración consiste en la común solicitud por la vida humana, que se manifiesta tanto en la compasión por el sufrimiento físico y espiritual como en el empeño por la justicia, la paz y la salvaguardia de la creación.¹³⁴ Juan Pablo II recuerda, como campo particular de encuentro con personas de otras tradiciones religiosas, la búsqueda y la promoción de la dignidad de la mujer, a las que se pide contribuyan de modo particular las mujeres consagradas.¹³⁵

43. Finalmente, se tiene presente el diálogo con cuantos no profesan particulares confesiones religiosas. Las personas consagradas, por la naturaleza misma de su elección, se ponen como interlocutores privilegiados de la búsqueda de Dios que desde siempre sacude el corazón del hombre y lo conduce a múltiples formas de espiritualidad. Su sensibilidad a los valores (cf. *Flp* 4, 8) y la disponibilidad al encuentro testimonian las características de una auténtica búsqueda de Dios. «Por eso —concluye el documento— las personas consagradas tienen el deber de ofrecer con generosidad acogida y acompañamiento espiritual a todos aquellos que se dirigen a ellas, movidos por la sed de Dios y deseosos de vivir las exigencias de su fe».¹³⁶

44. Este diálogo se abre necesariamente al anuncio de Cristo. En la comunión está efectivamente la reciprocidad del don. Cuando la escucha del otro es auténtica, ofrece la ocasión propicia para proponer la propia experiencia espiritual y los contenidos evangélicos que alimentan la vida consagrada. Se testimonia así la esperanza que hay en nosotros (cf. *1P* 3, 15). No debemos temer que hablar de la propia fe pueda constituir una ofensa al que tiene otras creencias; es, más bien, ocasión de anuncio gozoso del don para todos y que es propuesto a todos, aun con el mayor respeto a la libertad de cada uno: el don de la revelación del Dios-Amor que «tanto amó al mundo, que le dio su Hijo Unigénito» (*Jn* 3, 16).

Por otra parte, el deber misionero no nos impide acudir al diálogo íntimamente dispuestos a recibir, porque, entre los recursos y los límites de toda cultura, los consagrados pueden tomar las *semillas del Verbo*, en las que encontramos valores

preciosos para la propia vida y misión. «No es raro que el Espíritu de Dios, «que sopla donde quiere» (Jn 3, 8), suscite en la experiencia humana universal signos de su presencia, que ayudan a los mismos discípulos de Cristo a comprender más profundamente el mensaje del que son portadores».¹³⁷

Los retos actuales

45. No es posible quedarse al margen ante los grandes e inquietantes problemas que atenazan a la entera humanidad, ante las perspectivas de un desequilibrio ecológico, que hace inhabitables y enemigas del hombre vastas áreas del planeta. Los países ricos consumen recursos a un ritmo insostenible para el equilibrio del sistema, haciendo que los países pobres sean cada vez más pobres. Ni se pueden olvidar los problemas de la paz, amenazada a menudo con la pesadilla de guerras catastróficas.¹³⁸

La codicia de los bienes, el ansia de placer, la idolatría del poder, o sea la triple concupiscencia que marca la historia y que está en el origen de los males actuales sólo puede ser vencida si se descubren los valores evangélicos de la pobreza, la castidad y el servicio.¹³⁹ Los consagrados deben saber proclamar, con la vida y con la palabra, la belleza de la pobreza del espíritu y de la castidad del corazón que liberan el servicio hacia los hermanos y de la obediencia que hace duraderos los frutos de la caridad.

¿Cómo se puede, en fin, permanecer pasivos frente al vilipendio de los derechos humanos fundamentales?¹⁴⁰ Se debe prestar especial atención a algunos aspectos de la radicalidad evangélica que a menudo son menos comprendidos, pero que no pueden por ello desaparecer de la agenda eclesial de la caridad. El primero de todos, el respeto a la vida de cada ser humano desde la concepción hasta su ocaso natural.

En esta apertura al mundo y en dirigirlo a Cristo de tal manera que las realidades todas encuentren en Él el propio y auténtico significado, las laicas y los laicos consagrados de los Institutos seculares ocupan un lugar privilegiado: en efecto, en las comunes condiciones de vida participan en el dinamismo social y político y, por su seguimiento de Cristo, les dan nuevo valor, obrando así eficazmente por el Reino de Dios. Precisamente en virtud de su consagración, vivida sin signos externos, como laicos entre laicos, pueden ser *sal y luz* también en aquellas situaciones en las que una visibilidad de su consagración constituiría un impedimento o incluso un rechazo.

Mirar hacia adelante y hacia lo alto

46. También entre los consagrados se encuentran los *centinelas de la mañana*: los jóvenes y las jóvenes.¹⁴¹ Verdaderamente tenemos necesidad de jóvenes valientes que, dejándose configurar por el Padre con la fuerza del Espíritu y llegando a ser «personas cristiformes»,¹⁴² ofrezcan a todos un testimonio limpio y alegre de su «específica acogida del misterio de Cristo»¹⁴³ y de la espiritualidad peculiar del propio Instituto.¹⁴⁴ Reconózcaseles, pues, precisamente como auténticos protagonistas de su formación.¹⁴⁵ Puesto que ellos deberán llevar adelante, por motivos generacionales, la renovación del propio Instituto, conviene que –oportunamente preparados– vayan asumiendo gradualmente tareas de orientación y de gobierno.

Fuertes, sobre todo, en su empuje ideal, lleguen a ser testimonios válidos de la aspiración a la santidad como *alto grado* del ser cristiano.¹⁴⁶ En buena parte el futuro de la vida consagrada y de su misión se apoya en la inmediatez de su fe, en las actitudes que gozosamente han revelado y en cuanto el Espíritu quiera decirles.

Y dirijamos la mirada a María, Madre y Maestra de cada uno de nosotros. Ella, la primera Consagrada, vivió la plenitud de la caridad.

Ferviente en el espíritu, sirvió al Señor; alegre en la esperanza, fuerte en la tribulación, perseverante en la oración; solícita por las necesidades de los hermanos (cf. *Rm* 12, 11-13). En Ella se reflejan y se renuevan todos los aspectos del Evangelio, todos los carismas de la vida consagrada. Ella nos sostenga en el empeño cotidiano, de manera que podamos dar un espléndido testimonio de amor, según la invitación de san Pablo: «¡Tened una conducta digna de la vocación a la que habéis sido llamados!» (*Ef* 4, 1).

Para confirmar estas orientaciones, deseamos tomar, una vez más, las palabras de Juan Pablo II, porque en ellas encontramos el estímulo y la confianza que tanta falta nos hace para afrontar un compromiso que parece superar nuestras fuerzas: «Un nuevo siglo y un nuevo milenio se abren a la luz de Cristo. Pero no todos ven esta luz. Nosotros tenemos el maravilloso y exigente cometido de ser su reflejo ... Ésta es una tarea que nos hace temblar si nos fijamos en la debilidad que tan a menudo nos vuelve opacos y llenos de sombras. Pero es una tarea posible si, expuestos a la luz de Cristo, sabemos abrirnos a su gracia que nos hace hombres nuevos».¹⁴⁷ Ésta es la esperanza proclamada en la Iglesia por los consagrados y las consagradas, mientras con los hermanos y hermanas, a través de los siglos, van al encuentro de Cristo Resucitado.

El 16 de mayo de 2002, el Santo Padre aprobó el presente Documento de la Congregación para los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica.

Roma, 19 de mayo de 2002, Solemnidad de Pentecostés.

Eduardo Card. Martínez Somalo

Prefecto

Piergiorgio Silvano Nesti, CP

Secretario

NOTAS

¹Cf. Juan Pablo II, Exhortación Apostólica postsinodal *Vita consecrata*, Roma, 25 de marzo de 1996, 14.

²Juan Pablo II, Carta Apostólica *Novo millennio ineunte*, 6 de enero de 2001, 9.

³Juan Pablo II, *Discurso a Caritas italiana* (24 de noviembre de 2001): *L'Osservatore Romano*, 25 de noviembre de 2001, 4.

⁴Juan Pablo II, *Mensaje a la Plenaria de la Congregación para los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica* (21 de septiembre de 2001): *L'Osservatore Romano*, 28 de septiembre de 2001, p.9.

⁵*Ibid.*

⁶Cf. *Ad gentes*, 11.

- ⁷Cf. *Lumen gentium*, 1.
⁸*Vita consecrata*, 19.
⁹Cf. *Novo millennio ineunte*, 29.
¹⁰*Vita consecrata*, 4.
¹¹Cf. *Novo millennio ineunte*, 29.
¹²Cf. *Novo millennio ineunte*, 30-31.
¹³Cf. *Novo millennio ineunte*, 32-34.35-39.
¹⁴Cf. *Novo millennio ineunte*, 35-37.
¹⁵Cf. *Novo millennio ineunte*, 43-44.
¹⁶Cf. *Novo millennio ineunte*, 49.57.
¹⁷*Vita consecrata*, 111.
¹⁸Cf. *Vita consecrata*, 16.
¹⁹Cf. *Lumen gentium*, 44.
²⁰*Vita consecrata*, 22.
²¹Cf. *Vita consecrata*, 87.
²²Cf. *Lumen gentium*, 13; Juan Pablo II, Exhortación apostólica postsinodal *Christifideles laici*, 30 de diciembre de 1988, 20; *Vita consecrata*, 31.
²³Cf. *Novo millennio ineunte*, 29.
²⁴Cf. *Novo millennio ineunte*, 45.
²⁵Cf. *Vita consecrata*, 32.
²⁶*Vita consecrata*, 31.
²⁷Cf. *Vita consecrata*, 28.94.
²⁸*Vita consecrata*, 85.
²⁹Cf. *Novo millennio ineunte*, 38.
³⁰Cf. *Novo millennio ineunte*, 33.
³¹Cf. *Vita consecrata*, 103.
³²Cf. *Vita consecrata*, 72.
³³Cf. *Novo millennio ineunte*, 2.
³⁴*Vita consecrata*, 58.
³⁵Cf. *Evangelii nuntiandi*, 69; *Novo millennio ineunte*, 7.
³⁶Cf. *Vita consecrata*, 99.
³⁷Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, *Verbi sponsa*, Instrucción sobre la vida contemplativa y la clausura de las monjas, Ciudad del Vaticano, 13 de mayo de 1999, 7.
³⁸*Ibid.*; cf. *Perfectae caritatis*, 7; cf. *Vita consecrata*, 8, 59.
³⁹S. Agustín, *Sermo* 331, 2: PL 38, 1460.
⁴⁰*Novo millennio ineunte*, 49.
⁴¹Cf. *Novo millennio ineunte*, 25-26.
⁴²Cf. *Vita consecrata*, 110.
⁴³Cf. *Lumen gentium*, cap. V.
⁴⁴*Lumen gentium*, 42.
⁴⁵*Vita consecrata*, 31; cf. *Novo millennio ineunte*, 46.
⁴⁶Cf. Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, *La vida fraterna en comunidad*, «*Congregavit nos in unum Christi amor*», Roma, 2 de febrero de 1994, 50.
⁴⁷Cf. *Vita consecrata*, 92.
⁴⁸Cf. *Novo millennio ineunte*, 45.
⁴⁹Cf. Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, *Orientaciones sobre la formación en los Institutos Religiosos*, «*Potissimum Institutioni*», Roma, 2 de febrero de 1990, 1.
⁵⁰*Vita consecrata*, 65.
⁵¹*Vita consecrata*, 66.
⁵²Cf. *Christifideles laici*, 55.
⁵³Cf. Juan Pablo II, *Homilía en la Vigilia de Torvergata* (20 de agosto de 2000): *L'Osservatore Romano*, 21-22 de agosto de 2000, 3.
⁵⁴Cf. *Vita consecrata*, 1.
⁵⁵Cf. *Vita consecrata*, 65.
⁵⁶*Vita consecrata*, 37.
⁵⁷*Novo millennio ineunte*, 40.
⁵⁸Cf. *Novo millennio ineunte*, 1.
⁵⁹Juan Pablo II, *Homilía* (2 de febrero de 2001): *L'Osservatore Romano*, 4 de febrero de 2001, p.4.

- ⁶⁰Cf. *Mutuae relationes*, 11; cf. *Vita consecrata*, 37.
- ⁶¹*Vita consecrata*, 93.
- ⁶²Cf. *Novo millennio ineunte*, 31.
- ⁶³Cf. *Vita consecrata*, 20-21.
- ⁶⁴Cf. *Novo millennio ineunte*, 38.
- ⁶⁵*Vita consecrata*, 22.
- ⁶⁶*Vita consecrata*, 16.
- ⁶⁷*Vita consecrata*, 18.
- ⁶⁸*Vita consecrata*, 25.
- ⁶⁹*Vita consecrata*, 40.
- ⁷⁰*Novo millennio ineunte*, 16.
- ⁷¹*Vita consecrata*, 94.
- ⁷²*Novo millennio ineunte*, 39.
- ⁷³Cf. *Perfectae caritatis*, 2.
- ⁷⁴Juan Pablo II, *Homilía* (2 de febrero de 2001): *L'Osservatore Romano*, 4 de febrero de 2001.
- ⁷⁵*Vita consecrata*, 37.
- ⁷⁶*Novo millennio ineunte*, 40.
- ⁷⁷Juan Pablo II, *Homilía* (2 de febrero de 2001): *L'Osservatore Romano*, 4 de febrero de 2001.
- ⁷⁸*Novo millennio ineunte*, 43.
- ⁷⁹Juan Pablo II, *Homilía* (2 de febrero de 2001): *L'Osservatore Romano*, 4 de febrero de 2001.
- ⁸⁰*Vita consecrata*, 95.
- ⁸¹Cf. *Vita consecrata*, 18.
- ⁸²*Vita consecrata*, 95.
- ⁸³Cf. *Vita consecrata*, 51.
- ⁸⁴Cf. *Novo millennio ineunte*, 25-27.
- ⁸⁵Cf. *Vita consecrata*, 23.
- ⁸⁶*Vita consecrata*, 38.
- ⁸⁷*Novo millennio ineunte*, 25.
- ⁸⁸Cf. *Novo millennio ineunte*, 37.
- ⁸⁹*Vita consecrata*, 93.
- ⁹⁰*Novo millennio ineunte*, 43.
- ⁹¹*Vita consecrata*, 46.
- ⁹²*Vita consecrata*, 51.
- ⁹³Cf. *Novo millennio ineunte*, 43.
- ⁹⁴*Vita consecrata*, 51.
- ⁹⁵*Novo millennio ineunte*, 46.
- ⁹⁶*Vita consecrata*, 62.
- ⁹⁷Cf. *La vida fraterna en comunidad*, 62; cf. *Vita consecrata*, 56.
- ⁹⁸Cf. *Novo millennio ineunte*, 45.
- ⁹⁹Cf. *La vida fraterna en comunidad*, 70.
- ¹⁰⁰Cf. *Vita consecrata*, 54.
- ¹⁰¹Cf. *Lumen gentium*, 12; cf. *Vita consecrata*, 46.
- ¹⁰²*Vita consecrata*, 46.
- ¹⁰³Cf. *Vita consecrata*, 98.
- ¹⁰⁴Juan Pablo II, en *Los movimientos en la Iglesia*. Actas del II Coloquio internacional, Milán 1987, pp.24-25; *Los movimientos en la Iglesia*, Ciudad del Vaticano 1999, p.18.
- ¹⁰⁵Cf. *Novo millennio ineunte*, 50.
- ¹⁰⁶*Christifideles laici*, 31-32.
- ¹⁰⁷Cf. *Vita consecrata*, 46.
- ¹⁰⁸Cf. Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Ecclesia in Africa*. Yaoundé, 14 de septiembre de 1995, 94.
- ¹⁰⁹*Novo millennio ineunte*, 40.
- ¹¹⁰Cf. *Novo millennio ineunte*, 15.
- ¹¹¹*Vita consecrata*, 76.
- ¹¹²*Novo millennio ineunte*, 49.
- ¹¹³Cf. *Vita consecrata*, 82.
- ¹¹⁴*Novo millennio ineunte*, 49.
- ¹¹⁵*Novo millennio ineunte*, 50.
- ¹¹⁶Cf. *Novo millennio ineunte*, 50.

- ¹¹⁷Juan Pablo II, *Homilía* (2 de febrero de 2001): *L'Osservatore Romano*, 4 de febrero de 2001.
- ¹¹⁸Cf. *Vita consecrata*, 84.
- ¹¹⁹Cf. *Vita consecrata*, Título del Capítulo III.
- ¹²⁰Cf. *Novo millennio ineunte*, 50.
- ¹²¹Cf. *Novo millennio ineunte*, 58.
- ¹²²Cf. Juan Pablo II, Encíclica *Redemptoris Missio*, Roma, 7 de diciembre de 1990, 1.
- ¹²³Cf. Juan Pablo II, Exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in Asia*, Nueva Delhi, 6de noviembre de 1999, 22.
- ¹²⁴Cf. *Novo millennio ineunte*, 40.
- ¹²⁵Cf. *Vita consecrata*, 83.
- ¹²⁶Cf. *Novo millennio ineunte*, 51.
- ¹²⁷Cf. *Novo millennio ineunte*, 23.
- ¹²⁸Cf. *Vita consecrata*, 96.
- ¹²⁹Cf. *Vita consecrata*, 98.
- ¹³⁰Cf. *Vita consecrata*, 99.
- ¹³¹Cf. *Vita consecrata*, 100.
- ¹³²Cf. *Vita consecrata*, 101.
- ¹³³Cf. *Ecclesia in Asia*, 31. 34.
- ¹³⁴Cf. *Ecclesia in Asia*, 44.
- ¹³⁵Cf. *Vita consecrata*, 102.
- ¹³⁶*Vita consecrata*, 103.
- ¹³⁷*Novo millennio ineunte*, 56.
- ¹³⁸Cf. *Novo millennio ineunte*, 51.
- ¹³⁹Cf. *Vita consecrata*, 88-91.
- ¹⁴⁰Cf. *Novo millennio ineunte*, 51.
- ¹⁴¹Cf. *Novo millennio ineunte*, 9.
- ¹⁴²*Vita consecrata*, 19.
- ¹⁴³*Vita consecrata*, 16.
- ¹⁴⁴Cf. *Vita consecrata*, 93.
- ¹⁴⁵Cf. Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, «*Potissimum Institutioni*», Roma, 2 de febrero de 1990, 29.
- ¹⁴⁶Cf. *Novo millennio ineunte*, 31.
- ¹⁴⁷*Novo millennio ineunte*.

**ACADEMIA PONTIFICIA PARA LA VIDA
FEDERACIÓN MUNDIAL DE ASOCIACIONES DE MÉDICOS CATÓLICOS**

**REFLEXIONES SOBRE LOS PROBLEMAS CIENTÍFICOS Y ÉTICOS
RELATIVOS AL ESTADO VEGETATIVO**

1) El estado vegetativo es un estado en el que el individuo no tiene capacidad de respuesta; actualmente se define como una condición caracterizada por: estado de vigilia, alternancia de ciclos de sueño y vigilia, ausencia aparente de conciencia de sí y del ambiente circunstante, falta de respuestas de comportamiento a los estímulos del ambiente, mantenimiento de las funciones autonómicas y de otras funciones cerebrales.

2) El estado vegetativo debe distinguirse de la muerte encefálica, del coma, del síndrome «locked-in» y del estado de conciencia mínima.

El estado vegetativo tampoco puede identificarse simplemente con la muerte cortical, teniendo en cuenta que en los pacientes que se encuentran en estado vegetativo pueden seguir funcionando islas, incluso muy amplias, de tejido cortical.

3) Por lo general, el paciente en estado vegetativo no necesita ayuda técnica para mantener sus funciones vitales.

4) Al paciente en estado vegetativo de ningún modo se le puede considerar un enfermo terminal, dado que su condición puede prolongarse de forma estable incluso durante períodos de tiempo muy largos.

5) El diagnóstico de estado vegetativo permanece hasta el momento eminentemente clínico y requiere una atenta y prolongada observación, realizada por personal especializado y experto, mediante el uso de instrumentos de valoración aptos para este tipo de pacientes, en un ambiente adecuadamente controlado. En efecto, en lo escrito sobre esta materia quedan documentados errores de diagnóstico en un porcentaje de casos bastante alto. Por esta razón, si fuera preciso, se podrían utilizar todas las técnicas modernas disponibles para ayudar al diagnóstico.

6) Las técnicas modernas de *imaging* han permitido documentar en los pacientes que se hallan en estado vegetativo la persistencia de algunas funciones corticales y la respuesta a algunos tipos de estímulos, entre ellos el dolor. Sin embargo, aunque no sea posible conocer la calidad subjetiva de esas percepciones, parecen posibles algunos procesos elementales de discernimiento entre estímulos significativos y no significativos.

7) Actualmente, ningún método determinado de investigación puede permitir predecir, en un caso concreto, cuál de los pacientes en estado vegetativo se recuperará y cuál no podrá lograrlo.

8) Hasta ahora, las valoraciones de pronóstico de tipo estadístico sobre el estado vegetativo se han obtenido mediante estudios limitados en cuanto al número de casos y a la duración de la observación. Por eso, se recomienda renunciar definitivamente a términos equívocos como el de estado vegetativo «permanente», limitándose más bien a la indicación de la causa y la duración del estado vegetativo.

9) Reconocemos que todo ser humano posee dignidad de persona, sin discriminación de raza, cultura, religión, condiciones de salud o situación socioeconómica. Esa dignidad, fundada en la misma naturaleza humana, constituye un valor inmutable e intocable, que no puede depender de las circunstancias existenciales concretas, ni puede subordinarse al juicio de nadie. Aun reconociendo como deber propio de la medicina, al igual que de la sociedad, la búsqueda de la mejor calidad de vida posible para todo ser humano, consideramos que no puede y no debe constituir el criterio definitivo de juicio sobre el valor de la vida de un hombre.

Reconocemos que la dignidad de toda persona puede expresarse también a través del ejercicio de opciones autónomas; sin embargo, la autonomía personal nunca puede llegar a justificar decisiones o actos contra la vida humana propia o ajena, pues sin vida no puede haber libertad.

10) Sobre la base de estas premisas, sentimos el deber de afirmar que el paciente en estado vegetativo es persona humana y, en cuanto tal, tiene derecho al pleno respeto de sus derechos fundamentales, el primero de los cuales es el derecho a la vida y a la tutela de la salud.

En particular, el paciente en estado vegetativo tiene derecho a:

- una valoración correcta y profunda de diagnóstico, con el fin de evitar posibles errores y orientar del mejor modo posible las intervenciones de rehabilitación;
- una asistencia fundamental, que abarque hidratación, alimentación, calefacción e higiene;
- la prevención de las posibles complicaciones y el control de cualquier signo de recuperación;
- un adecuado proceso de rehabilitación, prolongado en el tiempo, que favorezca la recuperación y el mantenimiento de los objetivos alcanzados;
- ser tratado como cualquier otro paciente, con la debida asistencia y con un trato afectuoso.

Eso requiere que se renuncie a decisiones de abandono fundadas en juicios de tipo probabilista, dada la insuficiencia y la incertidumbre de los elementos de pronóstico disponibles hasta hoy.

La posible decisión de suspender la alimentación y la hidratación, cuya suministración al paciente en estado vegetativo es necesariamente asistida, tiene como consecuencia inevitable y directa la muerte del paciente. Por tanto, constituye un auténtico acto de eutanasia, por omisión, moralmente inaceptable.

Del mismo modo, rechazamos cualquier forma de ensañamiento terapéutico en el ámbito de la reanimación, que puede constituir una causa sustancial de estado vegetativo post-anóxico.

11) A los derechos del paciente en estado vegetativo corresponde el deber, por parte de los agentes sanitarios, de las instituciones, y más en general de la sociedad civil, de asegurar todo lo necesario para su tutela, incluso a través de la garantía de suficientes recursos económicos y la promoción de una investigación científica orientada a la comprensión de la fisio-patología cerebral y de los mecanismos sobre los que se basa la plasticidad del sistema nervioso.

12) Es preciso prestar atención especial a las familias en las que uno de sus miembros se halla en estado vegetativo. Sinceramente cercanos a su sufrimiento diario, afirmamos su derecho a la ayuda de todos los agentes sanitarios, a un adecuado apoyo humano, psicológico y económico, que les permita salir del aislamiento, sintiéndose parte de una red de relaciones humanas solidarias.

13) Además, es necesario que las instituciones organicen modelos de asistencia especializados para la atención de estos pacientes (centros de recuperación y de rehabilitación), esparcidos por el territorio, y garanticen la formación de personal competente y especializado.

14) Al paciente en estado vegetativo no se le puede considerar una «carga» para la sociedad; más bien, debería reconocérsele como una llamada a la realización de modelos de asistencia sanitaria y de solidaridad social nuevos y más eficaces.

ACADEMIA PONTIFICIA PARA LA VIDA**COMUNICADO FINAL DE LA X ASAMBLEA GENERAL «LA DIGNIDAD DE LA PROCREACIÓN HUMANA Y LAS TECNOLOGÍAS REPRODUCTIVAS. ASPECTOS ANTROPOLÓGICOS Y ÉTICOS»**

1. Este año, en el que se cumple el X aniversario de su fundación, la Academia pontificia para la vida ha dedicado las tareas de su asamblea general a un tema de gran actualidad y de fuerte impacto social, que queda bien expresado en el título de la reunión: «La dignidad de la procreación humana y las tecnologías reproductivas. Aspectos antropológicos y éticos».

2. Han transcurrido ya más de veinticinco años desde el nacimiento de la primera niña originada por un procedimiento de fecundación *in vitro*. Se calcula que, tras ella y hasta hoy, han nacido en todo el mundo más de un millón de niños obtenidos mediante ese mismo proceder. Durante estos años, el recurso a las técnicas de reproducción asistida ha conocido una progresiva difusión por muchos países, impulsando a los gobiernos de muchas naciones a elaborar normas legislativas específicas que regulen las complejas técnicas vinculadas al empleo de estos procedimientos.

Aunque ciertamente la investigación científica en este sector ha atraído crecientes recursos humanos y económicos con el propósito de hacer más «eficaces» las técnicas de reproducción artificial (ARTs), no ha conseguido, sin embargo, un incremento sustancial de la tasa de niños nacidos por ciclo de tratamiento. Esa tasa sigue siendo tan baja que, si se diera en otros tratamientos médicos, sería interpretada como señal clara de una eficiencia técnica muy pobre. Por otra parte, en el caso de la reproducción artificial, una cifra tan baja de éxitos, además de representar un dato estadístico de ineficacia técnica, a menudo tiene como triste consecuencia mucho sufrimiento y desilusión por parte de las parejas que ven frustradas sus esperanzas de llegar a ser padres. Y, por desgracia, este dato estadístico negativo está trágicamente vinculado a una enorme pérdida de embriones humanos, dado que las mayores dificultades operativas que siguen presentándose en las ARTs se refieren precisamente al proceso de anidación y al desarrollo ulterior del embrión.

3. Hay que señalar que la intervención de la medicina en el ámbito de la procreación se emprendió bajo la égida de una benéfica «curación de la esterilidad», dirigida a muchas parejas afectadas por esa condición y movidas por un sincero deseo de ser padres. Por otra parte, los datos hoy disponibles demuestran que aumenta el porcentaje de parejas estériles, sobre todo en la sociedad occidental, lo que traslada a la ciencia el arduo deber de identificar las causas de la esterilidad y de buscarle remedio. Esa finalidad original ha ido cambiando con el paso del tiempo. Por un lado,

ese cambio se manifiesta en un planteamiento por decirlo así autocomplaciente que, ante el elevado número de casos de esterilidad de causa indeterminada y sin preocuparse de agotar las investigaciones diagnósticas y clínicas, establece el apresurado recurso a las ARTs como única forma de tratamiento útil. Por otro lado, se vislumbra en el horizonte un fenómeno todavía más inquietante: nos referimos a la instalación progresiva de una nueva mentalidad, según la cual el recurso a las ARTs podría representar, con respecto a la vía «natural», el proceder directo y preferencial de traer al mundo un hijo, pues por medio de esas técnicas es posible ejercer un «control» más eficaz de la calidad del concebido para ajustarla a los deseos de quien lo encarga.

Todo ello contribuye a considerar al hijo obtenido mediante las ARTs como si fuera un «producto», cuyo valor depende en realidad de su «buena calidad», sometida a exigentes controles y cuidadosamente seleccionada. La consecuencia dramática de esta nueva actitud es la eliminación sistemática de aquellos embriones humanos que resultan carentes de la calidad considerada suficiente de acuerdo con parámetros y criterios inevitablemente cuestionables.

No faltan, por desgracia, iniciativas científicas y legislativas que contemplan la producción, mediante las ARTs, de embriones humanos para ser «utilizados» exclusivamente con fines de experimentación -lo que equivale a su destrucción-, transformándolos así en *objetos de laboratorio*, víctimas sacrificiales predestinadas a ser inmoladas en aras de un progreso científico que ha de perseguirse «a toda costa».

4. A la luz de todo ello, la Academia pontificia para la vida, de acuerdo con su finalidad institucional, siente el deseo y, a la vez, la responsabilidad de ofrecer a la comunidad eclesial y a la sociedad civil su contribución de reflexión, a fin de presentar a la atención de todas las personas de buena voluntad cuán alta es la dignidad de la procreación humana y de sus significados intrínsecos.

5. La venida a la existencia de cada nuevo ser humano, considerada en sí misma, es siempre un don y una bendición: «Pues don del Señor son los hijos, su gracia es el fruto del seno» (*Sal 126, 3*).

Por consiguiente, todo hombre, desde el primer momento de su vida, es signo tangible del amor fiel de Dios a la humanidad, es la imagen viviente del «sí» del Creador a la historia de los hombres, una historia de salvación que se cumplirá en la plena comunión con él, en la alegría de la vida eterna.

Cada ser humano es, desde su concepción, una unidad de cuerpo y alma, posee en sí mismo el principio vital que lo llevará a desarrollar todas sus potencialidades, no sólo biológicas, sino también antropológicas.

Por ello, la dignidad -que es dignidad de persona humana- de un hijo, de todo hijo, independientemente de las circunstancias concretas en las que se inicia su vida, sigue siendo un bien intangible e inmutable, que exige ser reconocido y tutelado, tanto por los individuos cuanto por la sociedad en su conjunto.

Entre todos los derechos fundamentales que todo ser humano posee desde el momento de su concepción, el derecho a la vida representa ciertamente el derecho *primario*, por cuanto constituye la condición de posibilidad para la subsistencia de todos los otros derechos. Sobre esa base, todo ser humano, sobre todo si es débil y no autosuficiente, debe recibir una adecuada tutela social frente a toda forma de ofensa o violación sustanciales de su integridad físico-psíquica.

6. Precisamente esta dignidad inalienable de persona, que pertenece a todo ser humano desde el primer momento de su existencia, exige que su origen sea consecuencia directa de un gesto humano y personal adecuado: solamente el recíproco don de amor esponsal de un varón y una mujer, expresado y realizado en el acto conyugal, en el respeto de la unidad inseparable de sus significados unitivo y procreador, representa el contexto digno para el surgir de una nueva vida humana. Esta verdad, desde siempre enseñada por la Iglesia, encuentra su plena correspondencia en el corazón de todo hombre, como subrayan las recientes palabras de Juan Pablo II: «Emerge cada vez más el *vínculo imprescindible* de la procreación de una nueva criatura con la unión esponsal, por la cual el esposo se convierte en padre a través de la unión conyugal con la esposa y la esposa se convierte en madre a través de la unión conyugal con el esposo. Este plan del Creador *está inscrito en la misma naturaleza física y espiritual* del hombre y de la mujer y, como tal, tiene valor universal» (Juan Pablo II, Discurso a los participantes en la X asamblea general de la Academia pontificia para la vida, 21 de febrero de 2004, n. 2: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 27 de febrero de 2004, p. 3).

7. Recalcamos, por tanto, la firme convicción de que las ARTs, lejos de ser una terapia real para la esterilidad de la pareja, representan un modo no digno de originarse una nueva vida humana, cuyo comienzo dependería en gran parte de la acción técnica de terceras personas externas a la pareja y que se realizaría en un contexto totalmente separado del amor conyugal. Al recurrir a las ARTs, los esposos no participan, de hecho, en la concepción del nuevo hijo mediante el acto conyugal, esto es, con el don recíproco, a la vez corporal y espiritual, de sus personas. El Papa ha querido expresar esta verdad con las siguientes palabras: «El acto con el que el esposo y la esposa se convierten en padre y madre a través de la entrega recíproca total los hace cooperadores del Creador al traer al mundo un nuevo ser humano, llamado a la vida para la eternidad. Un gesto tan rico, que trasciende la misma vida de los padres, no puede ser sustituido por una mera intervención tecnológica, de escaso valor humano y sometida a los determinismos de la actividad técnica e instrumental» (*ib.*).

8. En las aplicaciones de las ARTs, tal como hoy se practican, se dan, más allá de estas razones de principio, algunas circunstancias concretas que agravan el juicio ético negativo que ellas merecen. Entre esas circunstancias, queremos recordar sobre

todo el enorme número de embriones humanos que se pierden o que son destruidos a consecuencia de estos procedimientos, y que constituye una verdadera «matanza de inocentes» de nuestro tiempo: ninguna guerra o catástrofe ha causado nunca tantas víctimas. A su lado, están también los embriones que, por razones diversas, terminan por ser crioconservados; cuando son abandonados por *quienes los han encargado*, «quedan expuestos a una suerte absurda, sin posibilidad de ofrecerles vías de supervivencia seguras y alcanzables lícitamente» (Congregación para la doctrina de la fe, *Donum vitae* II, 5).

Toda ulterior reflexión sobre este punto, y en particular en torno al problema de la posibilidad (teórica o real) de una eventual adopción prenatal de estos embriones «supernumerarios», exigiría, por lo demás, un análisis profundo de los datos científicos y estadísticos pertinentes, no disponibles todavía en la bibliografía. En consecuencia, la Academia pontificia para la vida ha concluido que es prematuro afrontar directamente el problema dentro de la presente asamblea.

Además, conviene subrayar que la realización y la mejora de las ARTs, cuya tasa de eficacia es objetivamente muy baja, exigen la inversión de importantes recursos sanitarios y económicos, que han de sustraerse a las necesidades de atención de otras enfermedades mucho más graves y difundidas, de las que frecuentemente depende la supervivencia misma de enteros grupos humanos.

Por otra parte, en el caso de la modalidad «heteróloga» de las ARTs (es decir, en los casos en que se recurre a la donación de gametos procedentes de sujetos ajenos a la pareja), estamos en presencia de un ulterior elemento que agrava el juicio ético ya negativo. De hecho, la unidad conyugal de la pareja es ofendida y violada por la presencia de una tercera persona (en ocasiones también de una cuarta), que será en realidad el verdadero progenitor biológico del hijo encargado. Con ello se viola el derecho del neoconcebido a tener por padres a un varón y a una mujer, de los que ha de originarse su propia estructura biológica y que han de tomar a su cargo de modo estable el cuidado de su desarrollo y su educación.

Consideramos, en cambio, moralmente lícita la aplicación, siempre que sean necesarias y eficaces, de las intervenciones técnicas que puedan facilitar, sin reemplazarlo, el acto conyugal realizado naturalmente o que puedan ayudarlo a alcanzar sus objetivos naturales (cf. *ib.*, 6).

9. Para una pareja de esposos que desean encontrar «en el hijo una confirmación y una realización plena de su donación recíproca», (*ib.*, 2), la esterilidad puede constituir indudablemente un motivo real de mucho sufrimiento y fuente de ulteriores problemas. No cabe duda de que tal deseo es, en sí mismo, totalmente legítimo y signo afirmativo de un amor conyugal que quiere crecer y ser completo en todas sus expresiones. Sin embargo, conviene que el comprensible y lícito «deseo de un hijo» no se transforme en un pretendido «derecho al hijo», incluso «a toda costa». Nadie puede pretender un derecho a la existencia de otro hombre, pues de ser así, este último quedaría situado en un plano de inferioridad axiológica con respecto al que invoca

ese derecho. En realidad, el hijo no puede considerarse un «objeto del deseo» que ha de conseguirse a toda costa, sino un regalo muy valioso que, llegue cuando llegue, ha de acogerse con amor. Los esposos están llamados a crear todas las condiciones necesarias, a través de su recíproco don de amor conyugal, para que pueda iniciarse una nueva vida, pero no pueden lícitamente determinar ese inicio mediante el *encargo* de «producirla» en el laboratorio, a manos de técnicos que nada tienen que ver con la pareja misma.

Nos parece, más bien, que deben acogerse con gran interés y apoyarse todos los esfuerzos que la medicina moderna pueda poner en marcha para intentar la curación de las diversas formas de esterilidad conyugal, como el mismo Pontífice ha recordado: «Deseo estimular las investigaciones científicas destinadas a la superación natural de la esterilidad de los cónyuges, y quiero exhortar a los especialistas a poner a punto las intervenciones que puedan resultar útiles para este fin. Lo que se desea es que, en el camino de la verdadera prevención y de la auténtica terapia, la comunidad científica -esta llamada se dirige en particular a los científicos creyentes- obtenga progresos esperanzadores» (Discurso a los participantes en la X asamblea general de la Academia pontificia para la vida, 21 de febrero de 2004, n. 3). Como confirmación de la sinceridad de estos deseos, queremos recordar que, durante esta asamblea general de la Academia pontificia para la vida, se han presentado algunos programas concretos, de notable interés científico, para el tratamiento de algunas formas de esterilidad de la pareja.

De todas formas, el don de la fecundidad conyugal debe concebirse de modo mucho más amplio que su mera dimensión de fertilidad biológica. El amor sponsal, como manifestación concreta del amor de Dios a la humanidad, está llamado siempre a *amar, servir, defender y promover* la vida humana (cf. *Evangelium vitae*, 29) en todas sus dimensiones, también cuando de hecho no pueda generarla biológicamente. Por ello, sintiéndonos profundamente cercanos a las parejas de esposos que todavía no han conseguido encontrar en la medicina una solución a su esterilidad, los animamos fraternalmente a expresar y realizar su fecundidad conyugal, poniéndose con generosidad al servicio de las numerosas situaciones humanas necesitadas de amor y de coparticipación. Entre ellas merecen una mención particular los institutos sociales para la adopción y el apoyo familiar, para los cuales deseamos normativas jurídicas cada vez más adecuadas para asegurar las debidas garantías y, al mismo tiempo, la conveniente celeridad de las gestiones burocráticas.

10. Queremos reservar este último punto para referirnos a la cuestión del papel de los parlamentarios católicos ante las leyes injustas promulgadas en el campo de las ARTs.

Nos declaramos en plena sintonía con la norma moral general, afirmada por la doctrina católica, según la cual una ley intrínsecamente injusta, que viola abiertamente la dignidad de la vida humana -como es el caso, por ejemplo, de la legalización del aborto o de la eutanasia-, debe encontrar en los creyentes una oposición firme

mediante el recurso a la objeción de conciencia. Para un católico nunca es lícito «ni participar en una campaña de opinión a favor de una ley así, ni darle el sufragio del propio voto» (*ib.*, 73).

Sin embargo, la misma *ratio* de la norma obliga a preguntarse qué modalidades de acción pueden considerarse moralmente lícitas, en el caso en el que el voto parlamentario de uno o más católicos resultase determinante para derogar (total o parcialmente) una ley injusta ya en vigor, o para apoyar una nueva formulación de ella que limite sus aspectos perversos. En ese contexto, dar el propio voto -después de haber manifestado públicamente la personal y firme desaprobación de los elementos inicuos de esa misma ley- resulta éticamente justificable, con vistas a obtener en aquel momento el mayor bien posible o la máxima reducción del daño. De hecho, el parlamentario católico, en tales circunstancias, sería moralmente responsable sólo de los efectos que se derivan de la derogación (total o parcial) de dicha ley, mientras que el mantenimiento en vigor de los elementos perversos sería imputable únicamente a los que los han querido y apoyado.

Por lo demás, conviene recordar que toda persona tiene, *hic et nunc*, el deber moral de hacer todo el bien concretamente posible; y es innegable que eliminar o disminuir un mal constituye, de por sí, un bien.

11. En conclusión, la Academia pontificia para la vida desea invitar una vez más a todos los hombres de buena voluntad a considerar la altísima y singular dignidad de la procreación humana, en la que se expresa a su nivel más alto el amor creador de Dios y se realiza del modo más pleno la comunión interpersonal de los esposos. Que el ingenio humano y la capacidad técnico-científica se pongan a su servicio, para el bien de los esposos y de sus hijos, sin pretender jamás sustituir o suplantar esa dignidad.

CONCLUSIONES DEL ENCUENTRO DE MECHELEN (BÉLGICA) CON LOS DIRECTORES NACIONALES DE PASTORAL DE MI- GRACIONES EN EUROPA

Malines /Mechelen, 19 de Septiembre de 2004

Los directores nacionales de la pastoral de migrantes de 24 Conferencias Episcopales se han reunido del 17 al 19 de Septiembre de 2004 en Malines, Bélgica, para su Asamblea General anual. La Asamblea fue preparada y organizada por la CCEE bajo la presidencia de Mons. Louis Pelatre, Vicario Apostólico de Estambul, Turquía. Los Directores nacionales habían elegido como tema de trabajo: “La Europa de los 25: consecuencias para las migraciones en toda Europa”.

La ampliación de la Unión Europea a 25 miembros; bien acogida por las Conferencias Episcopales respectivas, tiene consecuencias evidentes para la sociedad y para la Iglesia en todos los países de Europa. Las consecuencias se manifiestan en los ámbitos siguientes:

- Globalización
- Pluralismo socio-cultural y religioso
- Protección de los derechos de los migrantes, refugiados, personas en situación irregular y nacionales de terceros países

Los directores nacionales de la pastoral de migraciones recuerdan que la complejidad de estos tres ámbitos influye gravemente en la vida de las personas desplazadas. Comparten con las Conferencias Episcopales de Europa que la calidad de acogida al extranjero manifiesta claramente la misión evangélica de la Iglesia, tanto con la sociedad como con los migrantes y refugiados.

RECOMENDACIONES

Es por esto que ellos proponen y piden:

- Sensibilizar a los responsables de la Iglesia de los desafíos pastorales que provoca esta nueva situación, según la Instrucción del Pontificio Consejo para la Pastoral de los migrantes e itinerantes., “Erga migrantes Caritas Christi”
- Elaborar conjuntamente un análisis y unas declaraciones públicas para denunciar los peligros de una armonización reducida a las políticas de la Unión Europea en inmigración y asilo
- Insistir a los gobiernos para que firmen la Convención Internacional para la Protección de los derechos de los trabajadores inmigrantes y sus familias
- Promover la corresponsabilidad de todos los fieles, independientemente de sus orígenes, en la vida de la comunidad eclesial, puesto que la nueva situación implica que esta pastoral no es solo para migrantes sino, sobre todo, con los migrantes

- Considerar las parroquias territoriales, las capellanías y misiones lingüísticas, así como las comunidades de diferentes ritos como necesarias y complementarias valorarlas al mismo nivel en la realización de la misión de la Iglesia
- Promover la colaboración entre las Conferencias Episcopales de los países de salida, de tránsito y de acogida
- Aprovechar la oportunidad de la ampliación de la Unión Europea para reforzar el diálogo ecuménico
- Tener en cuenta que la migración ofrece posibilidades nuevas para el diálogo interreligioso en un contexto intercultural.

CRÓNICA DIOCESANA

31 de agosto al 8 de septiembre.- Novenas en honor de la Santísima Virgen en: “Los Milagros”; “El Portal” en Ribadavia; “La Armada” en Rabal.

Día 7.- Reunión del Consejo Episcopal.

Día 9.- Reunión en el Obispado de los Sacerdotes encargados de la Formación Permanente del Clero.

Día 11.- Profesión Perpetua de Sor Mariana Lorenzo Fariñas, Religiosa de las Hijas del la Divina Pastora (Calasancias) en la Capilla del Santo Ángel, en le barrio del Couto de la ciudad.

Días 14-17.- Jornadas de formación permanente del Clero, en Poio, Pontevedra, organizadas por las Delegaciones del Clero de Galicia.

Día 15.- Inauguración de la exposición “En Olor de Santidad. Relicarios de Galicia” en la S. I. Catedral; la exposición permanecerá en la Catedral hasta el día 4 de noviembre.

Día 18.- Cursillo “Lectura Creyente de la Palabra de Dios”. Este curso se ha centrado en el Libro del Apocalipsis (Ofrecemos en este mismo número un breve esquema de lo tratado).

Día 21.- Reunión del Consejo Episcopal.

Días 27 de septiembre al 1 de octubre.- Cursillo de formación de Catequistas en el Salón “Mundo Novo”.

NUESTRA PORTADA:

Asunción de Nuestra Señora

Retablo Mayor de la Colegiata de
Santa María la Real de Xunqueira de Ambía
Madera Policromada

Renacimiento. Primera mitad del s. XVI

Juanín Sobrelo

Director: MANUEL E. RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

Redacción y Administración: OBISPADO DE OURENSE

Teléfono: 988 36 61 41

Fotocomposición e Impresión: GRUPO SANMARTIN, S. L.

Depósito Legal: OR-13/1958